



dulce
CAMIÑO
espinoso

*Cuanto más luchas
por soltarte,
más te atrapa*

RITA MORRIGAN



RITA MORRIGAN

Dulce Camino Espinoso

Dulce Camino Espinoso (2010)

ARGUMENTO:

Sara Brown es engañada por su madre, que le dice que la salud de su prima Mary, hermana del conde de Rohard, ha empeorado y que sería conveniente que fuera a cuidarla. La señora Brown cree que, si su hija se traslada a la residencia del conde y asiste a

sus esperados bailes, encontrará un buen partido para casarse; y sabe que la enfermedad de su prima es lo único que puede convencerla. Sara se resiste: no quiere abandonar la vida sencilla que lleva en su casa, no le interesan las fiestas, y, a sus veintiséis años, ya no sueña con un esposo. De todos modos, decide ver por sí misma a Mary, incluso cuando no tiene ningún interés en volverse a topar con el presuntuoso conde.

Robert de Rohard, el soltero más codiciado de la costa este de Inglaterra, no cree que Sara sea

una buena influencia para su hermana: el alocado temperamento de la señorita Brown no hace más que, a juicio del conde, poner en riesgo la delicada salud de Mary. Sin embargo, consiente que Sara se instale en su residencia, porque su hermana adora a aquella muchacha rebelde.

A pesar de los reparos que tiene con Sara, el conde no puede dejar de escuchar sus opiniones testarudas durante las largas sobremesas en la mansión, ni puede disentir mucho con ella. No sabe qué tiene la muchacha

que, cuando conversan, cuando la confronta, hace que sienta una inexplicable atracción. A Sara tampoco él le es indiferente: se pone nerviosa cuando la mira, pero desea fervientemente sentirse observada por el conde.

A medida que Robert y Sara pasan más tiempo juntos, la sospecha se cierne sobre la joven: la madre del conde supone que la muchacha es una caza-fortunas y decide alejarla de su hijo. Sara decide huir para salvar su honor, pero una razón más poderosa se lo impedirá.

SOBRE LA AUTORA:



Rita Murrigan sorprendió a su familia desde pequeña por su inclinación a devorar historias: en voz alta, en una película, en una pieza teatral, en una ópera, en una canción. Asombrada por el efecto mágico que las historias

producían en quienes las recibían, tomó la decisión de comenzar a relatar las propias.

En la actualidad vive en una ciudad de ensueño junto al mar con su marido y su gato Fume.

Dulce camino espinoso es su primera novela romántico-histórica publicada.

PRÓLOGO

Estimada prima:

*Ravenhill, 1.^{ro} de enero de
1849*

Para empezar, me gustaría agradecerle en mi nombre y en el de mi hija los encantadores vestidos que tú y la adorable Mary habéis tenido la generosidad de obsequiarnos. Os estamos enormemente agradecidas porque, como sabrás, nuestra situación desde la muerte de

tu primo no es de lo más dichosa.

Pero el motivo de esta carta no es tan solo expresarte mi gratitud, sino también compartir contigo mis recientes inquietudes. Sin duda eres conocedora de que las cosas han cambiado mucho por Ravenville en los últimos tiempos, sobre todo para mi querida hija Sara, que creo no ha conseguido superar el fallecimiento de su padre. Me temo que después de dos años de aquel triste acontecimiento su corazón

aún está de luto: se ha vuelto callada y taciturna; hace meses que la observo vagar por los jardines con algún libro bajo el brazo; se queda despierta hasta altas horas de la madrugada en el estudio de su padre con la cabeza enterrada en números, tarea que, como convendrías, no es nada apropiada para una dama; pero lo peor de todo es que hace tiempo que se empeña en que no la vea mientras ayuda a la criada en la casa. ¡Imagínate, querida Helen! La

hija de tu primo John Brown realizando las tareas de una sirvienta.

Sara pronto cumplirá veintiséis años y, aunque ya es considerada por muchos como una solterona, goza todavía de una apariencia más que aceptable. Por eso me temo que si no consigo sacarla de su ensimismamiento jamás se casará, ni tendrá hijos; hecho que me rompería el corazón.

Conociendo el gran afecto que profesabas a mi esposo y

a Sara, seguro te parecerá todo tan preocupante como a mí. Así que aprovecho estas letras para solicitar tu ayuda para alejar a Sara de Ravensville y de todos los recuerdos que tanta tristeza le causan. Si pudiera ser recibida durante un tiempo en Sweet Brier Path, seguramente su estado de ánimo mejoraría en tu compañía y en la de tus hijos. Sobre todo, teniendo en cuenta el gran amor que tu hija Mary y Sara se tienen desde pequeñas. Además,

durante su estancia en tu casa tendría la oportunidad de asistirá distinguidas fiestas en las que haría buenas amigas y puede que hasta logre encontrar un buen pretendiente bajo tu protección y la de tu hijo, lord Luton.

Deseando que tu maravillosa familia y tú gocéis de salud y felicidad este nuevo año, me despido reiterándote mi eterna gratitud por todas tus atenciones.

*Mi hija y yo te ofrecemos
nuestros respetos y
quedamos como siempre
ansiando complacerte.*

*Tu atenta prima. Lydia
Brown, viuda de John Brown.*

CAPÍTULO 01

Sweet Brier Path, Condado de Rohard.

MARY ELIZABETH LUTON
LEVANTÓ LA VISTA DE SUS
LABORES DE COSTURA Y OBSERVÓ
el ceño fruncido de la condesa.

—¿Es importante, madre?

Sorprendida por la pregunta,
Helen Luton dobló
inmediatamente la carta que
acababa de leer.

—No es nada, hija.

—¿Quién le escribe? Me

pareció ver el sello de Ravenille.
¿Alguna noticia de la prima Sara?

Robert Luton, conde de Rohard, bajó el diario que estaba leyendo y miró a su madre y a su hermana. Todas las noches luego de la cena se reunía con ellas en una de las salas donde, sentado junto al resplandor de la chimenea, compartía los pocos momentos familiares que su atareada agenda le permitía.

Después de la muerte de su severo padre, Robert había establecido pequeñas rutinas con su familia que lo reconfortaban

enormemente. Con certeza, si eso a lo que llamaban felicidad existía, debía de parecerse a aquella sensación apacible que lo embargaba cuando veía a su hermana bordar algún paisaje campestre o mientras observaba a su madre leer y repasar su correspondencia.

—Efectivamente, es carta de Lydia Brown —admitió la condesa incapaz de engañar a su hija.

—Oh, y ¿cómo están? ¿Dice algo de la prima Sara? Hace más de un mes que no recibo correspondencia suya.

—Pues por lo que me cuenta su madre parece que no ha estado muy bien últimamente.

Robert se concentró en el diálogo sin poder evitar que un ligero desasosiego lo asaltara, como siempre que Sara Brown aparecía en alguna conversación.

—¿Qué es lo que le pasa? —preguntó, fingiendo indiferencia.

La condesa se ajustó los anteojos sobre su pequeña nariz y leyó la carta en voz alta para sus hijos.

"... un buen pretendiente bajo tu protección y la de tu hijo, lord

Luton". Robert puso los ojos en blanco. Como si fuera tan fácil. Ningún hombre en su sano juicio tomaría por esposa a Sara Brown, ni siquiera por una suculenta dote, que no era el caso.

Hacía casi tres años que no la veía, pero la recordaba como la mujer más irritante que conocía. Todos los momentos que había compartido con ella durante las veladas familiares había escuchado sus conversaciones con atención, lo que le permitió formarse una opinión bastante acertada de la señorita Brown: era chillona, hablaba todo el

tiempo gesticulando con las manos y tenía la imperiosa necesidad de emitir una opinión acerca de todo, que solía coincidir con lo primero que pasaba por su cabeza expresado sin la menor reflexión. Lo que para su hermana Mary significaba pura honestidad y sinceridad, para él representaba un fuerte defecto de carácter en cualquier dama.

No, desde luego que Sara Brown no era la mujer ideal para ningún hombre al que Robert llamase amigo.

Pero, pese a todo, había una diferencia entre ella y las demás: ella era la única que parecía comprender y hacer feliz a su hermana.

—Oh, pobre Sara. Por supuesto que tiene que venir. Mamá, podemos prepararle una habitación al lado de la mía y...

—Mary, no es un animal de compañía —intervino indulgentemente el conde reprendiendo a su hermana.

—¡Oh, cállate Robert! Ya sé que no es un animal de compañía —exclamó Mary molesta al

mismo tiempo que se inclinaba a acariciar la peluda cabeza de su gato *Smokie*, que descansaba enrollado en un mullido sillón al lado de su ama—. Sara es mi amiga, y yo, como os habréis dado cuenta, no tengo amigos. Se portó muy bien conmigo y me ha tratado siempre como a una persona normal.

—Hija mía —musitó incómodamente la condesa, como hacía siempre que se trataba de hablar de la incapacidad física de su hija—. Tú eres una persona normal.

—No, madre. Yo no puedo caminar como todo el mundo. He pasado toda mi vida en esta silla de ruedas y, aunque ni tú ni Robert os deis cuenta, la gente no me trata como a uno más: en las reuniones nadie se acerca a hablarme y cuando se tropiezan conmigo se les cae la cara de lástima, no saben qué hacer ni qué decir; ni siquiera saben a dónde mirar. Pero Sara nunca se comportó así, de hecho, le molestaba tanto como a mí esa forma de actuar y las dos nos reíamos de todo eso. Sería tan agradable tenerla aquí. Oh, por

favor, Robert... —Mary se dirigió implorante a su hermano, recurriendo a aquella mirada a la que sabía que él no podía resistirse.

Robert bajó el periódico y miró a Mary molesto, más incómodo por su autocompasión que por sus súplicas.

—No tengo ningún inconveniente en que la señorita Brown venga a vivir con nosotros, siempre y cuando no incendie nada —declaró con una sonrisa que restó dramatismo a las palabras de su hermana.

Mary se rió al recordar el episodio al que Robert se refería.

—Aquello fue un accidente y lo sabes perfectamente.

—Yo solo sé que el día en que mi hermana cumplía veintitrés años la mesa de pasteles comenzó a arder y la pirómana responsable fue nuestra querida señorita Brown.

Mary lo miró con falso disgusto.

—Cuando Sara se disponía a rellenar su plato recriminó a la idiota de Margaret Hindley por haberse reído de mi vestido; ella

aprovechó que nuestra prima tenía las manos ocupadas para propinarle un empujón que la lanzó contra la mesa e hizo que el candelabro se volcara. Así fue como comenzó el incendio, y te acuerdas perfectamente — amonestó Mary.

—Yo lo que recuerdo es que una treintena de jóvenes aristócratas corrían por mi casa gritando desaforadamente mientras mi hermana pequeña y su amiga hacían frente a un incendio arrojándole tacitas de té.

Mary no podía dejar de sonreír ante el ceño fruncido de Robert y su tono de falso reproche. Recordaba aquel suceso como una de las cosas más emocionantes que le habían ocurrido nunca. Sobre todo porque pudo participar de la confusión sin que nadie la apartara por culpa de su delicada salud. Por eso le gustaba tanto Sara. Ella siempre la dejaba intervenir en todo lo que hacía, nunca la dejaba de lado por su seguridad como hacían todos, su querido hermano el que más. No, desde luego que aquel incendio

no estropeó para nada su vigésimo tercer cumpleaños, sino todo lo contrario, lo convirtió en la mejor fiesta de su vida.

La condesa escuchaba la animada tertulia de sus hijos mientras doblaba la carta de la esposa de su primo y se quitaba los anteojos. A sus sesenta años de vida, la vista era lo único que a Helen Luton comenzaba a resentírsele. Aunque su larga cabellera, otrora del color del trigo, se había teñido con algunos mechones blancos, todavía era capaz de andar perfectamente erguida y su corsé abrochaba

igual de bien que cuando era joven.

—Creo que, como dice tu hermano, no sería una buena influencia para ti. Carece de buenos modales y de una buena educación. No es de tu clase, Mary querida. Lo único que mi primo les dejó fue una casa desvencijada sin apenas servicio y un montón de deudas — murmuró lady Luton dejando la carta y sus anteojos sobre el pequeño escritorio.

—Pero eso es injusto. Robert — imploró Mary con lágrimas en los

ojos—, tú siempre dices que el honor de una persona está más allá de su cuna y del color de su sangre.

Robert se revolvió incómodo en el sofá debido al giro que había tomado la conversación. No podía resistir las lágrimas de Mary. Era algo que lo superaba. Suspirando, dobló el periódico a cuya lectura ya había renunciado por esa noche.

—Madre, creo que sería poco cristiano negarle nuestra ayuda a la hija de su primo, ¿no cree?

La condesa recordaba a John

Brown como a un buen hombre, aunque insoportablemente soñador y romántico. A pesar de haber sido muy infeliz en su matrimonio, estaba orgullosa de haber escogido aquel camino. Como hija de un vulgar comerciante, Helen jamás soñó con la posibilidad de convertirse en la condesa de Rohard. Pero supo explotar bien su belleza y no se dejó arrastrar por sentimentalismos estúpidos e inútiles. Por eso despreciaba secretamente a su primo John, cuyo romanticismo no le había traído más que necesidades.

Casado por amor con la hija de un pobre abogado, al final de sus días ni siquiera podía comprarle un modesto vestido a su hija.

Convencida de que Sara había heredado los defectos de su padre, la condesa no la creía en absoluto una buena influencia para Mary. Su pobre hija no necesitaba sueños. En su difícil situación poco podía esperar de la vida. Helen Luton sabía que Mary jamás podría hacer un buen casamiento, ya que ningún heredero tomaría a una mujer enferma para ser la madre de sus hijos. Pero ella ya parecía

resignada ante ese hecho. El que realmente preocupaba a la condesa era su hijo. Ostentando uno de los títulos más importantes de Inglaterra ya debía haber concebido un heredero a sus treinta y cinco años. La sacaba de quicio su falta de interés por todas las muchachas que ella le presentaba. Su verdadero martirio era pensar que a Robert podía pasarle algo sin haber tenido descendencia. Si eso acontecía, el título pasaría al siguiente varón en la línea sucesoria, y todos los sacrificios

realizados en su vida no habrían servido de nada. Mary y ella tendrían que abandonar para siempre Sweet Brier Path.

La voz sofocada de su hija arrancó a lady Luton de sus cavilaciones.

—Madre, por favor. Si Sara no puede venir, me moriré de verdad.

Al contemplar el llanto de su hermana, Robert se levantó impulsado por un invisible resorte. Rebuscó en su chaqueta, sacó un pañuelo y, después de agacharse a su lado, le secó

torpemente la cara.

—Ya basta, Mary —suplicó, invadido por una ansiedad indescriptible.

Observó la cara de su hermana surcada de lágrimas, y un recuerdo penetrante le sacudió el alma: la noche que Mary llegó al mundo. Él era un niño de nueve años cuando aquella tormentosa madrugada entró al cuarto del bebé, iluminado de tanto en tanto por el resplandor de los relámpagos, se acercó cauteloso a la cuna y contempló aquel cuerpecito que lo miraba

asustado con sus enormes ojos azules. No muy lejos de allí, su padre gritaba e insultaba a su madre, que lloraba desconsoladamente por haber dado a luz a una niña. *"A mí tampoco me quieren, así que no te preocupes"* murmuró extendiendo con cuidado la mano hacia su hermana, temeroso de lastimarla. *"Te prometo que nunca dejaré que te hagan daño"*. Mary sonrió y emitió un gorgorito de júbilo al mismo tiempo que rodeaba con su manita el dedo de su hermano mayor.

Lo peor fue descubrir un año después del nacimiento de su hermana que la bebé no podía mover las piernas. Mary fue vista por los mejores médicos de Inglaterra, pero ninguno de ellos supo dar con un remedio para su extraña dolencia. Aun así, la pequeña Mary parecía tener una infancia feliz; siempre riendo e ideando nuevas aventuras. Su falta de movilidad le había agudizado el ingenio y la imaginación. A Robert le gustaba escuchar las historias que se inventaba y en las que siempre aparecía él en el papel de héroe

victorioso.

Cada vez se le hacía más difícil mantener aquella promesa de hermano protector hecha tantos años atrás. Mary parecía más infeliz cada día, se cansaba pronto de cualquier distracción y estaba cada vez más inquieta y menos resignada a su situación. Lo peor era que había empezado a utilizar su enfermedad para manipular a todos los que la rodeaban; y eso lo enfadaba enormemente, aunque no sabía cómo conseguir que su hermana dejase de hacerlo.

Mary tomó el pañuelo que le ofrecía su hermano y, tras sonarse, lo miró directamente a los ojos.

—Te juro que me muero, Robert.

Atormentado, Robert se giró hacia su madre.

—Madre, escriba a Lydia Brown e infórmele que su hija será bien recibida en Sweet Brier Path durante el tiempo que sea necesario.

"Lo ha conseguido otra vez", pensó él resignado.

Renunciando a seguir con la

discusión, la condesa viuda se levantó con aire cansado.

—Entonces se hará como decís. Le contestaré mañana. Buenas noches, queridos.

—Buenas noches, madre.

Los dos contemplaron a la condesa hasta que abandonó la estancia.

Todavía emitiendo hipitos, Mary no pudo evitar que un bostezo escapase por entre sus labios.

Robert miró su reloj de bolsillo y comprobó que ya era más de medianoche.

—Ya es muy tarde y estás cansada. Te llevaré a la cama.

Robert tomó en brazos a su hermana para llevarla hasta su habitación como cada noche. No le costó ningún esfuerzo levantar el pequeño cuerpo de Mary, que se acomodó perfectamente a su abrazo.

Cuando comprobó que su ama se marchaba, *Smokie* saltó del sofá y corrió escaleras arriba delante del conde.

Aunque las dos mujeres de su vida mantenían un enorme parecido, Mary era mucho más

menuda que su madre. Ambas tenían el mismo color de pelo rubio, una cara triangular coronada por una pequeña nariz, y en la que reinaban dos enormes ojos azules capaces de revelar todas las emociones que las asaltaban. Pero, a diferencia de su madre, que apenas se reía, Mary sonreía todo el tiempo a pesar de su penosa situación.

Obsequiándole una afectuosa mirada con la que le daba las gracias por permitirle recuperar a su amiga, Mary rodeó el fuerte cuello de su hermano con los brazos y le estampó un sonoro

beso en la mejilla.

—Gracias, hermanito —
ronroneó, zalamera.

—Pequeña manipuladora.

—Sé que no te gusta mucho
nuestra prima, pero si le das una
oportunidad verás lo buena que
es.

No era exactamente que la
señorita Brown no le gustara. Lo
que sentía en su presencia se
parecía más a un estado de
permanente alerta que lo dejaba
agotado durante todo el día. Y,
después de la acalorada discusión
que habían tenido tras la fiesta

de Mary, la imagen de la salvaje señorita Brown excitada de irritación y tiznada de carbón, lo mantenía despierto o lo atormentaba en sueños por la noche.

—Sí, ya. Me conformaré con que la casa se mantenga en pie tras su estancia.

—Bah, tonterías —desestimó Mary.

Pese al enorme parecido físico con su padre, el noveno conde de Rohard no se semejaba, afortunadamente en nada, a su difunto progenitor. Mary no era

capaz de recordar ningún aspecto amable de su padre. La inquietante presencia del viejo conde impregnaba Sweet Brier Path de una pesada sensación de miedo que invadía desde la condesa y sus hijos, hasta el último criado.

Mary recordaba que su padre pasaba largas temporadas en Londres en las que perdía ingentes cantidades de dinero, y de las cuales regresaba casi siempre arremetiendo contra todo aquello que no satisfacía sus exigencias. Si Mary debía agradecer algo a su enfermedad

fue el permitirle escapar a la cruel atención de su padre para siempre. A ella la despreció desde su nacimiento por ser mujer, y más tarde por la tara física que la imposibilitaba para cualquier buen casamiento.

Los más castigados por el conde eran su esposa y su heredero. Aunque sus notas fueran siempre excelentes y sus habilidades deportivas extraordinarias, el viejo conde nunca pareció satisfecho con su vástago. Mary recordaba las continuas críticas y los gritos que Robert soportaba sin inmutarse.

Tampoco vio nunca cómo golpeaba a su hermano, pero estaba segura de que aquellas prácticas no habían sido ajenas.

Después de todos esos años, Mary estaba segura de que el objetivo de su padre no fue alcanzar la excelencia de su sucesor; pues eso ya había tenido lugar. Tan siniestro y atroz como él mismo, su propósito fue el de exterminar el amor y la ternura del corazón de su hijo. Pero pese a poner todo su empeño, el conde no consiguió matar la innata inclinación de Robert por todo aquello que era bueno y

honorable; y por eso Mary no podía estar más orgullosa de su querido hermano mayor.

Robert no parecía participar de los vicios que afectaban a otros nobles ingleses. No frecuentaba las casas de juego ni otros lugares de mala reputación; y su nombre, a diferencia del de otros pares del reino, no se había relacionado nunca con ningún escándalo. A sus treinta y cinco años, los únicos vicios del conde de Rohard parecían ser los negocios. Desde que heredara el título nueve años atrás, Robert había hecho crecer la mermada

fortuna familiar de una manera abrumadora.

Pero aunque las virtudes de su hermano eran muchas, Mary reconocía que a veces era un auténtico incordio. Para proteger a sus seres queridos, Robert no tenía ningún inconveniente en comportarse como un auténtico tirano hasta que todos acataban sus órdenes. Esta era la única razón de los enfados que tenía con él. Se afanaba tanto en protegerla y alejarla de cualquier peligro, que conseguía hacerla explotar de rabia. Por este motivo debía recurrir algunas

veces a lo único que él no parecía ser inmune: sus lágrimas y su discapacidad.

Ligeramente arrepentida por atormentar a su hermano, Mary volvió a abrazarse a su cuello y, tras un breve suspiro, apoyó la cabeza en su fuerte hombro. Cerró los ojos. Feliz. Y se dejó conducir hasta su habitación agradeciendo a Dios la presencia de aquel maravilloso hombre en su vida.

CAPÍTULO 02

SARA SE AGARRÓ FUERTEMENTE AL ASIDERO DE CUERO CUANDO EL CARRUAJE QUE la conducía al Condado de Rohard dio otro bandazo. Habían pasado dos horas desde la última parada en una posada de Stamford en la que había aprovechado para estirar las piernas y desayunar. Tras un día entero en aquel reducido habitáculo, y considerando lo intransitables que se volvían las carreteras inglesas en febrero, Sara estaba segura de que si no

llegaban pronto, terminaría tan lisiada que no podría volver a sentarse en su vida. Tanto ella como sus dos acompañantes, una pareja de ancianos de Londres que se dirigía a Rohardshire para visitar a su hijo y nuera, llevaban más de un día dando tumbos en el coche de pasajeros. La mujer murmuraba dolorida y se abrazaba a su marido que miraba a Sara con conmisericordia cada vez que tropezaban con otro bache.

Su madre había insistido en que Rose, la única criada que conservaban, viajara con ella.

—Sara, una dama decente no debe viajar sola.

—Mamá, Rose tiene casi sesenta años. Obligarla a que me acompañe a Rohardshire para luego regresar sola, es una crueldad.

Cuando Lydia comprendió que enviar a Rose significaría realizar todo el trabajo de la casa durante más de una semana, desistió de su empeño y dejó que Sara hiciese su voluntad.

Sara miró por la ventanilla y una sonrisa acudió a sus labios al recordar a su familia. Hijo de un

oficial de la armada inglesa, su padre había sido siempre un joven enfermizo y débil, hecho que pronto truncó su carrera militar. Su delicada salud lo llevó sin embargo a transformarse en un ratón de biblioteca desde su más tierna infancia. Lo que con los años le sirvió para convertirse en uno de los profesores más aclamados de la universidad de Oxford; ciudad en la que se casó y formó una familia, hasta que enfermó tiempo después. Su dolencia se manifestó de forma progresiva: primero olvidó pequeñas cosas, luego sus

lecciones, después la dirección de su casa y, por último, ya no fue capaz de recordar la cara de su mujer ni la de su hija.

Debido a la delicada salud de su padre, decidieron mudarse al pueblecito de Ravenville cuando Sara tenía quince años. Pero, al quedarse sin el sueldo de la universidad, pronto llegaron los primeros problemas económicos. Sara había gozado de una buena educación supervisada por su padre, por eso pensó en varias ocasiones en emplearse como institutriz para alguna familia. Pero pronto descartó la idea ante

la imposibilidad de dejar a su padre enfermo, además de toparse con la firme negativa de su madre, quien creía vivir en un ilusorio estatus social muy superior al real.

A pesar de las protestas de Lydia, Sara aceptó un empleo a tiempo parcial en la librería del pueblo que consistía en clasificar y ordenar los nuevos envíos de libros y revistas. Esto les permitió conservar la casa, lo que, sumado al compromiso de todos por reducir gastos y aunque sin grandes lujos, facilitó que los Brown vivieran decentemente

mientras la universidad enviaba el pequeño honorario correspondiente a su padre.

Cuando su madre se enteró de que la condesa de Rohard era prima de su marido, se afanó con todas sus fuerzas en alimentar la relación con la "prima Helen", como le gustaba llamarla. Ante la pasividad de John Brown, que dejaba hacer a su mujer, a Sara siempre le molestó un poco el indecente servilismo con el que su madre trataba a aquella pariente lejana que nunca había manifestado el más mínimo aprecio por ellos.

Lo único positivo de frecuentar a los Luton fue conocer a la encantadora Mary, con la que compartía edad, esperanzas, sueños, inquietudes y mucho más. De hecho, Sara siempre había heredado la ropa de Mary, que era recibida con euforia por su madre cada temporada.

De lo que nadie pareció nunca darse cuenta era que Sara era mucho más alta que su prima, lo que la obligaba a ampliar las faldas de todos sus vestidos con un trozo de tela de unos doce centímetros que casi nunca coincidía con el color de la

prenda original. De esta forma, la imagen que Sara había dado desde su adolescencia había sido la de una niña larguirucha que parecía andar siempre pisándose las enaguas. Este hecho, unido a su indomable cabellera de rizos negros y a sus enormes ojos oscuros, legado de su abuela, confería a Sara el aspecto de una cingara perdida en medio de la fría campiña inglesa.

Las malas lenguas de Ravenville llamaban a Sara "la extravagante": en primer lugar por su aspecto y, después, por su actitud algo distante. "Y qué

culpa tengo yo", respondía Sara cuando su madre la regañaba por no relacionarse con los vecinos y los muchachos de su edad. ¿Qué culpa tenía ella de que no le interesaran lo más mínimo los chismorreos del pueblo, ni las reuniones sociales a donde las mujeres solo acudían a suspirar, pestañear y agitar el abanico? ¿Qué culpa tenía si prefería mil veces dar un paseo a solas, o hablar con su padre, o leer algún libro que la hiciese participar de alguna apasionante aventura?

La casita que ocupaban en Ravenille era una de las más

grandes del pueblo. Por eso contrataron a Rose, una mujer viuda y sin hijos para que ayudara a su madre a cambio de habitación, comida, y una pequeña asignación que no alcanzaba ni para pagar al trapero.

Pese a ser la hija de un abogado que nunca había conseguido hacer fortuna, Lydia Brown jamás sintió gran inclinación por el trabajo, por lo que la ayuda de Rose pronto se convirtió en tareas de todo tipo a tiempo completo. Sara compadecía a la pobre criada, a

quien intentaba ayudar siempre que su madre no estaba cerca. Si Lydia la descubría sacando el polvo o ayudando en la cocina, se enfurruñaba tanto que terminaba marchándose a la cama aunque fuese la hora del almuerzo.

—¡Ay de mí! —se lamentaba su madre una y otra vez—. La prima del conde de Rohard trabajando como una vulgar fregona.

Por todo esto, cuando Lydia recibió la carta con la contestación de la condesa, se dio cuenta enseguida de que no podría decirle la verdad a Sara. Si

su hija se enteraba de que había escrito a la prima de su marido para pedirle que la acogieran en Sweet Brier Path, se enfadaría tanto con ella que no le volvería a hablar en mucho tiempo, además de no querer marcharse de Ravenhill. Y, si Sara no se iba de aquel pueblucho, jamás conseguiría un marido rico que las sacara a ambas de su estrechez económica.

Lydia sabía que utilizar el parentesco de su esposo con la condesa de Rohard era la última baza que podía jugar en su situación.

Así que, cuando llegó el momento de hablar con su hija, Lydia recurrió al único argumento al que sabía que Sara no podría resistirse: Mary.

—¡La pequeña Mary se siente tan sola! La condesa dice en su carta que el estado de salud de tu prima ha empeorado y cree que tu presencia a su lado podría hacerla mejorar mucho.

A Sara se le encogió el corazón con aquella noticia. Ella y Mary Luton no solo tenían vestidos en común, sino que compartían muchos rasgos de personalidad.

Sara era invitada siempre a las fiestas que se celebraban en Sweet Brier Path en honor de la hermana del conde gracias a la intercesión de esta. Durante aquellas estancias, Sara se escapaba a la habitación de Mary, donde las dos charlaban intercambiando gustos y sueños hasta altas horas de la madrugada. Por ello, Sara sabía que, a pesar de su enfermedad, lo que más deseaba Mary era enamorarse y ser correspondida.

Era tan encantadora, buena y hermosa, que Sara estaba convencida de que algún hombre

pronto se daría cuenta de ello y conseguiría pasar por alto el hecho de que Mary no pudiera caminar. A fin de cuentas, ella misma no se percataba la mayor parte del tiempo de la incapacidad de su amiga.

Sara sabía que los padres de Mary no habían sido un matrimonio con amor. Helen Luton, prima lejana de su padre, había sido una mujer excepcionalmente bella y, aun careciendo de fortuna, esto le sirvió para casarse con el conde de Rohard, quien quedó prendado de ella nada más verla.

—Pero, ¿cómo voy a irme ahora? —protestó Sara—. ¿Quién llevará las cuentas de la casa?

—Pues yo misma —contestó Lydia, molesta porque su hija pensara que no era capaz de administrar su propia casa.

—Mamá... —replicó Sara con un tono que distaba mucho de transmitir confianza.

Lydia desestimó enseguida la dirección que estaba tomando aquella conversación y miró a su hija con gravedad antes de desplegar todas sus artes de manipulación.

—Piensa en la pobre Mary y en que si le pasa algo, Dios no lo quiera, no dejaremos de sentirnos nunca culpables. Hija mía, cuando alguien de la familia te necesita debes acudir en su ayuda.

Sara sabía que su madre exageraba, como casi siempre. Lo que más necesitaba su familia en esos momentos era que alguien se encargara de pagar todas las facturas que se acumulaban en el escritorio de su padre. Pero, a pesar de esto, y a que su parentesco con los Luton era casi inexistente, había llegado a amar

a Mary como a una hermana y no soportaba la idea de su sufrimiento.

Resignada, Sara decidió que tendría que viajar al Condado de Rohard. Pero, antes de su partida, tendría que ocuparse de la economía familiar. Lydia tenía tendencia a gastar más de lo que tenía, además de no haber prestado atención a un libro de cuentas en su vida. Como no sabía el tiempo que Mary iba a necesitarla, debía asegurarse de que su casa no se fuese a la ruina durante su ausencia. Así que Sara decidió confiarle a Rose los libros

y el dinero, a pesar de todas las protestas y enfurruñamientos de su madre.

—¡Ay! —exclamó Sara cuando el coche dio otro fuerte bandazo y su frente se estampó contra el frío cristal de la ventanilla.

—¿Está bien, querida? —preguntó la anciana desde el asiento delantero.

Sara se agarró de nuevo al asa de su puerta y, con la otra mano, se frotó la dolorida frente.

—Sí, gracias. Pero me va a salir

un buen chichón.

Mirando por la ventanilla comprobó que el sol había salido y estaba casi vertical, por lo que ya debía de ser mediodía. A través del cristal comprobó que ya habían dejado atrás el paisaje agreste y montañoso que los había acompañado durante casi todo el viaje desde Ravenville. Atravesaban un verde valle cruzado por un río caudaloso y azul. Desde la carretera se podían ver algunas granjas cercanas compuestas por la casa principal de piedra y otras edificaciones anexas de madera que servían

como almacén y cuadra para los animales. También se podían distinguir a lo lejos, en las orillas del río, las ruedas de varios molinos que eran utilizados para bombear agua y obtener las mejores harinas. Varias ovejas pacían plácidamente en las laderas de una pequeña colina. Y los campos no dejaban de ofrecer un aspecto verde y fecundo. Algunos árboles frutales, cuyas ramas eclosionarían con la llegada de la próxima primavera, se extendían a lo largo de la carretera.

Sin duda, ya habían llegado al

Condado de Rohard. La prosperidad del condado era conocida en todo el este de Inglaterra, y la dedicación del conde por el bienestar de sus arrendatarios trascendía más allá de las fronteras comarcales.

Sus compañeros de viaje le contaron a Sara que lord Luton había establecido una serie de medidas para que los jóvenes regresaran a las abandonadas granjas del condado. Ofrecía crédito a muy bajo interés durante los primeros años. De esta forma, cuando el conde recuperaba su inversión, la granja

ya aportaba beneficios a sus dueños, y ambas partes salían ganando.

Gracias al parloteo de sus compañeros de viaje, Sara también supo que el conde había establecido toda una red de escuelas a lo largo de su territorio, así como la obligatoriedad de enviar a los niños y niñas a la escuela. Algunos caseros a los que todavía les resultaba difícil renunciar a la mano de obra de los más pequeños, incumplían la norma hasta que eran penalizados con fuertes multas por el señor. Poco

a poco, todos comprendieron que era más rentable mandar a los niños a la escuela que desafiar al conde.

Estas y otras alabanzas dedicadas a lord Luton por los ancianos, llevaron a Sara a pensar que quizá debía replantearse su opinión acerca de él.

CAPÍTULO 03

LAS VISITAS DE SARA A SWEET BRIER PATH HABÍAN COMENZADO HACÍA NUEVE AÑOS, después de la muerte del antiguo conde de Rohard. Al parecer, su mal carácter impedía que su esposa e hijos recibiesen invitados.

Después de la tenaz insistencia de Lydia en presentar condolencias personalmente a la prima de su marido, los Brown pisaron por primera vez la mansión de Sweet Brier Path unos meses después del funeral

del conde.

La primera vez que Sara vio a lord Luton tenía diecisiete años. Él era un hombre de veintiséis que parecía mucho mayor. Hablaba a todo el mundo con excesiva formalidad y en presencia de otros siempre se mantenía erguido y arrogante.

Mientras permaneció en su casa, el conde nunca se dirigió a ella y, cuando no podía evitar cruzársela, jamás la llamaba "prima", como lo hacía Mary, sino que realizaba un altivo movimiento de cabeza a modo de

saludo y murmuraba un casi inaudible: "señorita Brown".

En los posteriores viajes de Sara al Condado de Rohard, la actitud del conde no cambió mucho con respecto a ella. En su opinión, Luton toleraba su presencia en Sweet Brier Path debido al amor que su hermana le profesaba. Por su parte, la condesa parecía igual de resignada que su hijo a las visitas de la advenediza prima lejana.

Durante el tiempo que permanecía allí, Sara y Mary pasaban la mayor parte del día

juntas. El conde las acompañaba a menudo, pero siempre se mantenía callado y distante. Pese a que Sara intentaba que le resultara tan indiferente como ella lo era para él, jamás consiguió del todo su propósito.

El estado de ánimo de Sara, relajado en compañía de Mary, se veía alterado en cuanto su hermano aparecía en cualquier estancia. Por más que intentara convencerse de que debía permanecer impasible, por algún motivo que iba más allá de su entendimiento, no podía mantenerse ajena a la figura de

lord Luton; quizás fuera simple curiosidad, compasión, o puro masoquismo. Pero lo cierto era que no lograba permanecer indiferente a su primo, y eso le ocurría desde la primera vez que lo había visto.

Por una parte, su portentoso físico hacía imposible pasarlo por alto: medía casi metro noventa y poseía unos fuertes hombros que lo alejaban de los cánones de belleza aristocrática del momento. En cuanto a su cara, Sara nunca habría dicho que era guapo: mandíbula fuerte, pómulos altos, y una nariz larga y

recta que terminaba sobre un labio superior bien delineado y un poco más voluminoso que el inferior, lo que aportaba todavía más gravedad a su semblante. A diferencia de su madre y hermana, el conde tenía el cabello negro, pero a la luz del día parecía casi castaño.

Si hubiera que destacar algo de su aspecto serían, sin duda, sus felinos ojos azul cobalto. Aunque en ellos brillaba casi siempre un destello de humor, Sara se había sorprendido en más de una ocasión observándolo furtivamente y preguntándose

cómo serían de hermosos si su dueño sonriera.

Con su rictus siempre serio y silencioso, parecía el hombre con mayor autocontrol emocional del mundo. Salvo por las ocasiones en que lo había observado mirar a Mary con infinito amor, habría creído que era un ser humano sin emociones. De hecho, durante un tiempo, Sara había fantaseado con verlo enfadado y fuera de sus cabales. Deseo que se hizo realidad el día en que Mary cumplió veintitrés años, cuando, después de un empujón de lady Hindley, derribó un candelabro

que prendió fuego al mantel de la mesa de pasteles.

Mientras el resto de las invitadas salía gritando y corriendo del salón, Sara, muerta de abochornamiento, intentaba por todos sus medios aplacar el incendio. La única que se quedó a su lado fue la encantadora Mary quien, aun en aquellas circunstancias, continuó sonriéndole indulgente.

El conde apareció de repente rojo de ira. Empujó la silla de su hermana fuera de la sala sin hacer el menor caso a sus

protestas. Mientras fulminaba a Sara con la mirada, ordenó a uno de los criados que subiera a Mary a su habitación, y volvió a entrar en el comedor donde Sara seguía afanada en apagar las llamas.

Cuando Robert contempló a su sonriente hermana en medio del fuego, el pánico se apoderó de él y casi de inmediato concentró toda su furia en la nerviosa figura que acompañaba a Mary en sus intentos por sofocar el pequeño incendio. Tras alejar a su hermana de aquel caos, se dirigió a grandes zancadas hasta el centro del salón, arrancó el lienzo

de la mesa con un fuerte tirón y lo lanzó a la chimenea donde continuó ardiendo hasta consumirse.

Veloz, se giró hacia Sara alcanzándola en dos zancadas. Echaba chispas por los ojos y todos sus movimientos delataban lo enormemente enfadado que estaba.

—¿Se puede saber qué se supone que hace? —exclamó mientras la agarraba con fuerza del brazo.

—Lo... lo siento muchísimo, pero me... me tropecé y no pude

evitar que el candelabro cayera —Sara tartamudeó atormentada por la ferocidad de su mirada.

Robert redujo la presión, pero no llegó a soltarla.

—Me refiero a por qué no ha sacado a Mary de aquí inmediatamente.

—Yo... no pensé. —Sara respiraba agitada.

—¡Ja! No pensó —siseó él muy cerca de su cara—. Usted no pensó, y mi hermana casi se quema viva.

Completamente irritada, Sara forcejeó sin resultado.

—No exagere ¿quiere? — replicó, molesta con las acusaciones del conde—. Yo solo pretendía salvar su casa.

—¿Y cree usted que la casa es más importante que la vida de Mary?

—Por supuesto que no — bramó, indignada.

Robert bajó la vista y comprobó que la piel de su escote estaba manchada por el humo y que su pecho bajaba y subía rápidamente por la agitación. También tenía hollín en las mejillas. En un acto reflejo

subió la mano que tenía libre y le limpió la cara con el dedo. Los ojos castaños de Sara se agrandaron ante aquel contacto.

En su empeño por eliminar el tizne de su cara, Robert percibió la suavidad de su piel.

Sorprendido por su propia reacción, Robert la soltó tan rápido que a punto estuvo de perder el equilibrio.

—Es usted una imprudente —sentenció con un gesto tajante—. Y, si vuelve a poner en peligro a mi hermana, la mandaré tan lejos de aquí que las dos tendrán que

recurrir a palomas mensajeras bien adiestradas para comunicarse.

El conde se giró y salió a toda prisa de la habitación.

Sara se quedó paralizada y perpleja mirando la puerta. Su corazón todavía latía desbocado. Habían estado tan cerca que pudo hasta contar las pequeñas pecas que bañaban el puente de su nariz o las arruguitas que se formaban alrededor de sus fríos ojos.

Era la primera vez que la tocaba, y aquella efímera caricia

había prendido una chispa de fascinación en algún punto de su ser. Algo completamente nuevo. Y no es que ella fuera una mojigata: Henry Burton —el hijo del librero— había intentado besarla en un par de ocasiones. Pero las torpes demostraciones amorosas de Henry jamás removieron nada en su interior.

Desestimando inmediatamente aquellas sensaciones absurdas, Sara se concentró de nuevo en el verdadero motivo de su enfrentamiento con él: Mary.

"Asno engreído. Si la

observaras bien, verías que es más capaz que todas esas estúpidas que han salido corriendo", pensaba mientras suspiraba extenuada y subía a su habitación.

Aquella noche, Sara no pudo dormir: el brillo de unos diabólicos ojos azules y el abrasador recuerdo de una caricia, se presentaron sin invitación una y otra vez en sus sueños.

CAPÍTULO 04

SWEET BRIER PATH ERA EL NOMBRE DE LA PROPIEDAD EN LA QUE SE ENCONTRABA la residencia habitual del conde de Rohard y su familia. Se extendía a lo largo de innumerables hectáreas de colinas, frondosos bosques, y fecundas praderas en las que pastaban un buen número de cabezas de ganado. La propiedad era atravesada por el caudaloso río Welland que, a su vez, estaba bañado por pequeños arroyos en los que abundaba la buena pesca, deporte que varios

reyes de Inglaterra habían practicado allí en múltiples ocasiones.

El conde contaba con posesiones en Londres, Escocia e Irlanda, pero permanecía en Sweet Brier Path buena parte del año. Lord Luton únicamente visitaba la capital del reino cuando lo exigían sus innumerables negocios o alguna cuestión política reclamaba su atención en el Parlamento.

Sara observó cómo sus manos entrelazadas eran bañadas por los rayos del sol de la mañana

que se colaban por el cristal del coche privado del conde. Cuando se bajó de la diligencia, comprobó que un coche lacado en negro y con el blasón de los Luton había ido a recogerla a la posada. Una sonrisa afloró a sus labios al recordar la cara de desconcierto de los dos ancianos cuando se dieron cuenta de que el oscuro carruaje la esperaba a ella. "Con este aspecto que llevo, seguro que nunca se imaginaron que me dirigía a la casa de su admirado conde", pensó mientras se alisaba la desgastada falda gris de su viejo vestido de viaje.

El lujoso interior de su nuevo transporte no se parecía en nada al que la había conducido hasta allí. Aquel vehículo era mucho más grande y cómodo, estaba totalmente tapizado en terciopelo de color crema y dorado, y dos cortinillas rematadas con flecos y borlas cubrían parcialmente los cristales de las ventanillas. Sara se recostó en el mullido asiento prestándole un poco de descanso a su cuerpo, todavía dolorido por su odisea anterior. No solo el transporte era mejor, sino que el camino también había mejorado

considerablemente, por lo que el trayecto hasta Sweet Brier Path fue rápido y muy confortable.

Cuando Sara volvió a mirar a través de la ventanilla pudo comprobar que ya enfilaban el sendero que conducía a la gran mansión. Tras unos altos árboles apareció el enorme edificio de piedra oscura con sus dos torreones medievales mirando al cielo. La parte antigua de la casa había sido demolida y completamente reconstruida. La vivienda estaba formada por el edificio principal que unía las dos formidables torres, únicos

vestigios de la construcción original. Dos edificaciones se erguían a los lados de la principal, lo que le confería una forma de U al conjunto residencial.

La mansión de Sweet Brier Path poseía más de ciento sesenta habitaciones, en las que existían modernos sistemas de calefacción, luces a gas que funcionaban al presionar un botón, además de cuartos de baño forrados de azulejos y equipados de un sistema de cañerías por las que circulaba el agua caliente.

Dado los incontables negocios en los que Luton participaba, su casa estaba siempre preparada para acoger a un amplio número de invitados. No era de extrañar que el conde ofreciera grandes fiestas o recepciones con la intención de favorecer alguno de sus intereses comerciales. Su hospitalidad era conocida en toda Inglaterra, y una invitación a Sweet Brier Path era cotizada entre las jóvenes aristócratas y sus madres, incluso durante la temporada londinense.

Cuando el carruaje se detuvo frente a la enorme escalinata de

entrada, el corazón de Sara dio un vuelco al distinguir a la pequeña figura sentada en la silla de ruedas que esperaba afuera: Mary había salido a recibirla.

Deseando ver por fin a su amada prima, Mary había salido de la casa y empujado su silla hasta el borde del primer escalón.

Nada más descender del vehículo, Sara corrió escaleras arriba y se arrojó en los brazos abiertos de su prima. Las dos se abrazaron riendo.

Después de un rato, Sara

levantó la cabeza y observó con preocupación la pálida tez de Mary.

—¿Cómo te encuentras?

—Muy bien. Encantada de tenerte aquí, ¿y tú? —respondió Mary sonriendo.

—Pues un poco dolorida del viaje —contestó Sara levantándose y llevándose ambas manos a la cintura para estirar sus agarrotados músculos—. Pero se me pasará en unos días.

Mary rió abiertamente.

—¡Cómo me alegro de tenerte aquí! Te he echado mucho de

menos.

—Y yo a ti —dijo Sara.

Las dos volvieron a abrazarse hasta que después de unos instantes, Mary se dirigió a uno de los lacayos que bajaba el equipaje de Sara.

—Colin, lleve el equipaje de mi prima a la señora Russell. Ella ya sabe lo que hay que hacer.

—Sí, milady.

El joven asintió y se alejó con las maletas de Sara.

—¿Te llevo? —preguntó Sara, pues sabía lo mucho que valoraba Mary su independencia.

—Tú, sí.

Sara empujó la silla de Mary hasta la puerta. Era tan delgada y menuda que casi no le costó ningún esfuerzo.

—Tienes que perdonarme por no ir a recibirte a la posada —dijo Mary mirando hacia arriba para verle la cara—. Mi madre se indispuso esta mañana, y el pesado de mi hermano no ha querido ni hablar de la idea de que viajara sola.

—No te preocupes. Desde Ravenville he compartido viaje con dos entusiastas admiradores

de tu hermano —explicó Sara poniendo los ojos en blanco—. Y la verdad es que necesitaba un poco de soledad y silencio.

Mary volvió a sonreír ampliamente. Le encantaba la honestidad de su amiga. Acostumbrada a que otras damas la adularan y la alabaran con el ánimo de ganarse el afecto de la hermana del conde de Rohard, Sara siempre la había preferido a ella antes que a Robert. Además, parecía compartir la misma antipatía que su hermano demostraba hacia ella. Aunque lo cierto era que a Mary le

preocupaba que Robert, siempre preocupado por su seguridad, discutiera con Sara y terminara por alejarla otra vez de allí.

La voz de su amiga sacó a Mary de sus cavilaciones.

—Espero que la condesa se encuentre bien —dijo Sara con interés.

—Solo es una jaqueca. Últimamente le pasa mucho. Creo que se debe a que mi hermano no decide sentar cabeza —explicó Mary con una sonrisa maliciosa.

Dos figuras masculinas cruzaron el enorme vestíbulo

justo en el momento en que ambas atravesaron la puerta de entrada. Los dos hombres, que caminaban absortos en su conversación, no se percataron de la presencia de las recién llegadas.

Sara fue consciente enseguida de la descarga de energía que la atravesó cuando reconoció al conde. Fastidiada por no haber tenido tiempo para arreglar su desaliñado aspecto antes de encontrarse con él, contempló embelesada que su atractivo no se había reducido en esos años: se había sacado la chaqueta y el

oscuro chaleco contrastaba con las blancas mangas de su camisa, los pantalones grises se ajustaban perfectamente a sus largas piernas descendiendo hasta perderse bajo unas botas de montar bien lustradas. Bajo la luz del sol que entraba a raudales por las enormes vitrinas que conducían al jardín, su cabello castaño refulgía con algunos reflejos dorados.

—¡Robert, mira quién ha llegado!

Al oír a Mary, Sara no pudo evitar una sacudida al ser

arrancada violentamente de su ensoñación. Las cabezas de los dos hombres se giraron al mismo tiempo hacia ellas y Sara, abochornada por la indiscreción de su amiga al interrumpirlos, notó cómo el rubor comenzaba a teñir sus mejillas.

Al girarse, Sara reconoció al acompañante del conde: el señor Lezcano era socio y amigo de lord Luton desde hacía años.

Robert se volvió al oír la voz de su hermana e inmediatamente su mirada voló hasta la figura que estaba a su lado. Sara Brown

llevaba su rebelde melena oscura peinada en un recogido del que se habían escapado algunos rizos que enmarcaban su cara. Pese a su poco atractivo atuendo, pudo constatar que su figura se había vuelto más voluptuosa. Evaluando a Sara de arriba abajo, Robert tuvo que reconocer que ya no ofrecía la imagen desgabada y larguirucha de unos años atrás.

Tras unos momentos de silencio en que los cuatro permanecieron mirándose entre sí, Robert se percató de que todos esperaban su reacción.

—Señorita Brown —dijo en tono neutro y formal mientras atravesaba el salón hasta llegar a su lado—. Ya está usted aquí.

El conde se inclinó y depositó un ligero beso en su mano. Sara sintió que la breve caricia traspasaba la desgastada tela de sus guantes de viaje, transformándose en un suave hormigueo que trepó por su brazo hasta arracimársele en la boca del estómago.

Se había aflojado el nudo de la corbata de lino y la blancura de su camisa contrastaba con su

bronceado cuello. Su pelo, que ya necesitaba un corte, le caía en desordenados mechones sobre la frente. Llevaba la camisa remangada hasta los codos, lo que permitía la visión de unos fuertes y bronceados antebrazos cubiertos de fino vello rubio.

Incluso vestido informalmente, un halo de distinción aristocrática lo envolvía otorgándole un dominio y seguridad en sí mismo que muchos otros de su clase no lograban ni con los atavíos más selectos.

—Sea bienvenida. Supongo que

querrá descansar y...

Al mirarla de cerca observó que un pequeño hematoma le cruzaba la sien.

—¿Qué le ha pasado? — preguntó, señalándose a la cabeza.

Sara miró hacia arriba recordando el chichón de su frente.

—Oh —exclamó tocándose la herida—, no es nada. Unos salteadores atacaron la diligencia con la intención de robarnos. Pero ofrecimos resistencia y no consiguieron llevarse el oro.

El conde observó desconcertado la sonrisa que se dibujó en los labios de la joven.

—Es una broma —aclaró Sara—. Me di contra la ventanilla cuando el coche cayó en un agujero del camino.

Él permaneció allí de pie observándola, sin decir nada. ¿Por qué siempre que se ponía nerviosa la asaltaba aquella verborrea que no le hacía más que decir tonterías? ¿Y por qué la perturbaba tanto la actitud de Luton? Ya debería estar acostumbrada a sus silencios

solemnes y miradas penetrantes. "Oh, ¡qué fastidio de hombre!", pensó Sara, disgustada.

Mary no había dejado de sonreír mientras miraba de hito en hito a su hermano y a Sara.

—A mí me gusta más la historia de los ladrones —dijo divertida.

Las palabras de Mary desviaron la atención de ambos hacia ella.

—Muy bien, pues esa es la que contaremos —sentenció Sara devolviéndole la sonrisa a su amiga.

Otro silencio volvió a extenderse por la estancia.

—Sara, ¿conoces al socio de mi hermano, el señor Lezcano? — preguntó Mary cuando se percató de que se habían olvidado del otro hombre—. Señor Lezcano, esta es mi prima Sara Brown.

Diego Lezcano se aproximó hasta ellas desde el otro lado de la sala y, tras lanzarle una mirada suspicaz al conde cuando pasó a su lado, le extendió la mano a la recién llegada.

—Nos conocimos hace tres años. En su fiesta de cumpleaños, milady.

La voz del señor Lezcano era

profunda y grave. Pese a hablar un perfecto inglés, un ligero acento extranjero todavía le hacía arrastrar el sonido de algunas consonantes. A diferencia del conde, él vestía un elegante traje gris oscuro de perfecto corte. Era algo más bajo que Luton, pero sus anchos hombros denotaban una fuerza extraordinaria.

—¿Cómo está usted, señorita Brown? —dijo solícito, besándole la mano.

—Bien, muchas gracias. Me alegro de volver a verlo, señor

Lezcano.

—Señor Lezcano —intervino Mary—, la abuela de Sara era española, igual que usted.

El hombre volvió a mirar a Sara.

—¿Ah, sí? ¿Y cómo llegó hasta esta isla? —preguntó con interés.

—Mi abuelo sirvió a las órdenes de Sir Robert Calder en la batalla de Finisterre. Al parecer, su navío quedó gravemente dañado y tuvieron que arribar a la costa. Allí conoció a mi abuela, y surgió el amor.

Sara le devolvió la sonrisa.

—Los hombres de mar suelen dejar una estela de corazones rotos de costa a costa. Su abuelo debe de ser un hombre de honor.

—Oh, hace años que falleció —explicó Sara restándole importancia—. Pero, al parecer, así era. Y mi abuela era una mujer de lo más temperamental, jamás se habría quedado esperándolo pasivamente.

La sonrisa del señor Lezcano se ensanchó todavía más.

Diego Lezcano era un hombre muy apuesto. Tenía una espesa mata de pelo color ébano y los

ojos del mismo color. Una pequeña cicatriz le cruzaba la ceja izquierda confiriéndole el aspecto de un misterioso corsario.

Mary le había hablado de él en alguna de sus cartas. Por lo visto, nadie conocía mucho acerca del pasado del señor Lezcano. Dejó su país huyendo de la guerra y después fue marino. Conoció a Luton en el puerto donde, tras sufrir un asalto, el español le salvó la vida. Y solamente por este hecho, y aunque se hubiese tratado del mayor truhán del continente, se había ganado el afecto y aprecio de Mary para

siempre.

La voz impaciente de Luton arrancó a Sara de sus pensamientos.

—Señoras, si nos disculpan — dijo tras aclararse la garganta con un leve carraspeo—. Probablemente tendrán mucho de que hablar.

Girándose hacia ellas, ambos se despidieron con una ligera inclinación de cabeza. Y por un momento, a Sara le pareció que la oscura mirada del señor Lezcano permanecía en Mary algo más del tiempo debido.

CAPÍTULO 05

LUTON ENTRÓ A GRANDES ZANCADAS EN SU DESPACHO Y SE DEJÓ CAER pesadamente en el sillón que había tras su gran escritorio de madera labrada. Con el ceño fruncido, apoyó los codos en la mesa y comenzó a hojear los grandes pliegos en los que había estado trabajando.

Diego Lezcano entró tras él y cerró la puerta. De pie al otro lado de la habitación, observó divertido a su amigo.

—¿Quieres un trago? —

preguntó acercándose al mueble de los licores.

—Por favor —murmuró Robert con hastío.

Lezcano tomó dos vasos mientras observaba a su amigo reclinarsse en el asiento y descansar los codos en los brazos del sillón. Aunque detestaba a todos los miembros de la nobleza inglesa por igual, tenía que reconocer que con Luton hacía una excepción. Otro en su lugar, se habría limitado a conservar la riqueza que había heredado. Pero el conde, en cambio, había

demostrado una inteligencia y arrojo para los negocios que rivalizaban con los suyos propios. Tremendamente honesto, todavía consideraba que lo más importante que un hombre poseía era el valor de su palabra. Y, a pesar de que para un cínico como él, Luton pecaba a veces de ingenuo, Diego Lezcano tenía que reconocer que sentía gran estima por aquel atípico y honorable lord inglés.

Comenzaron su asociación con la compra de un astillero en ruinas; seis años después poseían la naviera más importante del

Reino Unido, se habían hecho con gran parte de las acciones del ferrocarril y varias fundiciones al sur del país. Pero ninguno de los dos parecía estar satisfecho, su olfato para los asuntos comerciales los había llevado a extender sus tentáculos sobre algunos bancos londinenses, y a invertir en unos laboratorios químicos en los que se trabajaba en el desarrollo un nuevo componente para la construcción: el hormigón.

Aunque la fortuna de Diego Lezcano era de las mayores del país, la aristocracia inglesa

rehusaba sencillamente a incluirlo en su selecto grupo social. Era extranjero, de dudosos orígenes, carecía de modales y era más ambicioso de lo que cabía esperar en un hombre de su categoría. Pero, aún siendo despreciado sin apenas disimulo, su dinero y amistad con lord Luton le valieron la entrada a aquel selecto círculo social.

Lezcano le pasó la copa de coñac a su amigo.

—Ten, tienes aspecto de necesitarla.

—Gracias —respondió

pensativo.

Robert tomó la copa y dio un buen trago. Su socio hizo lo mismo mientras se sentaba frente a él y le lanzaba una mirada divertida por encima del vaso.

Sin poder resistirlo más, Diego decidió provocar al conde.

—Tu prima parece una dama muy agradable —murmuró con aparente indiferencia.

Robert pareció volver a la realidad.

—No es mi prima —musitó.

—¿Ah, no? Yo tenía

entendido...

—Su padre era primo lejano de mi madre. No hay apenas parentesco —aclaró Robert.

—Yo creí que... bueno, como lady Luton se refiere a ella siempre como "prima Sara"...

Robert miró a su amigo con cansancio.

—A mi hermana le gusta llamarla así porque, por alguna razón que desconozco, la aprecia de manera excesiva.

—¿De manera excesiva? —repitió Lezcano con curiosidad.

Robert parecía ahora mucho

más cansado.

—En exceso para su propio bien —respondió malhumorado—. Esa "dama agradable", como tú la llamas, posee una tendencia natural a los accidentes. Y tiene por costumbre dejar participar a Mary en todos ellos, sin preocuparse lo más mínimo por su seguridad.

Diego se removió inquieto, perturbado por la idea de que Mary Luton pudiera correr algún peligro. Mientras, Luton continuaba con su diatriba.

—Y cuando no está poniendo

en peligro la integridad física de mi hermana, se dedica a meterle fantasías y falsas esperanzas en la cabeza. —Dio otro trago—. Créeme, esa mujer es una horrible influencia para la pobre Mary. Jamás la habría invitado si no fuera porque mi hermana parece necesitar su compañía.

Convencido de que tras del discurso de Luton existía algo más que lógica preocupación fraterna, Diego decidió lanzar un anzuelo a su amigo.

—De todas maneras, es una mujer tan excepcional que

cualquier caballero querría tenerla cerca.

El conde le lanzó una furibunda mirada que habría hecho desdecirse hasta al más osado.

—No digas tonterías —rugió—. Ya has visto cómo se comporta, por el amor de Dios. Jamás he conocido a una persona más maleducada en mi vida.

Sin poder evitar recordar el brillo en los ojos de Sara mientras ella le tomaba el pelo, Robert señaló con el dedo a su socio lanzándole una mirada de lo más intimidatoria.

—Más te vale permanecer lejos de ella.

Lezcano levantó las manos en señal de rendición.

—Discúlpame —dijo con fingida aflicción—, no sabía que tenías algún interés.

—¿Interés? —musitó resoplando—. ¿Qué interés puedo tener yo en esa mujer? Lo digo por ti, imbécil.

—Pero no me puedes negar que una carita de ángel como la suya, unida a ese cuerpo pecaminoso...

—¡Lezcano! —tronó el conde

irguiéndose tras la mesa en toda su envergadura—. Sigue por ahí y te cerraré esa boca de un puñetazo.

Diego lo miró con incredulidad regocijado ante aquella explosión de ira. El pez había mordido el anzuelo. Por fin, descubría una debilidad en el dominante e inmutable lord Luton.

Sara contemplaba con afecto a Mary, mientras servía el té con exquisita delicadeza.

—¿Sigues tomándolo sin azúcar

y con limón?

Sara asintió dedicándole una sonrisa a su amiga.

Mary había adelgazado un poco desde la última vez que se vieron, esto hacía que sus grandes ojos azules parecieran aun más grandes. Llevaba un bonito y favorecedor vestido verde de manga larga, y su abundante melena rubia iba recogida en un sofisticado peinado que dejaba caer algunos mechones alrededor de su cara. Después de observar a su amiga con atención y, salvo por la

blancura habitual de su piel, a Sara no le parecía que su salud fuera tan mala como le había asegurado su madre.

Después de su llegada, Mary la acompañó hasta una bonita habitación próxima a la suya. Todas las veces que se había hospedado en Sweet Brier Path, lo había hecho en el ala de alojamiento para invitados; lo que le había costado más de una caminata a medianoche para llegar hasta el cuarto de su amiga, donde permanecían conversando hasta el amanecer.

Una vez instalada, Sara se deleitó con un baño caliente en la enorme bañera de su habitación, que hizo resucitar a sus doloridos músculos. Después de devorar el almuerzo que Mary ordenó que le subieran, se tumbó en la mullida cama y se durmió durante unas horas. Nadie la molestó hasta la tarde, cuando una de las doncellas de Mary llamó discretamente a la puerta y le dijo que, si había reposado suficiente, lady Luton la esperaba para tomar el té en su salita privada.

—Aquí tienes, querida.

Sara volvió a la realidad y tomó la taza que le ofrecía su amiga. Sabía que Mary siempre ponía reparos para hablar de su salud. Odiaba que la gente estuviera más pendiente de su condición física que de ella.

—Y bien, cuéntame, ¿qué has hecho últimamente? —preguntó Sara sin interés aparente—. ¿Cómo has estado?

Mary bebió un sorbito de su taza y acarició la cabeza de *Smokie* que descansaba a su lado en el sillón.

—Muerta de aburrimiento —

exclamó poniendo los ojos en blanco—. Si no hubieras venido, habría fallecido en pocas semanas de puro hastío.

—Mary, no hables así —dijo Sara en tono reprobador.

—Te digo la verdad. Mi vida es un asco, y a nadie parece importarle un comino. Las jóvenes nobles de mi edad que antes venían a visitarme se han casado y tienen hijos. Ahora mi madre no permite que me vea con ellas porque sus conversaciones de mujeres casadas podrían perturbar mis

inocentes oídos —explicó con ironía—. Así que invita a señoritas solteras a tomar el té para que compartan conmigo sus castas charlas.

Sara se revolvió molesta en el canapé en el que estaba sentada.

—Pero eso no significa que tu vida sea un asco.

—Créeme, si tuvieras que compartir todas las tardes con un montón de crías de quince años cuya máxima preocupación es que el rosa no les sienta bien, tú también te estarías muriendo de asco.

Sara no pudo reprimir una sonrisa ante el comentario de Mary.

—Pero Mary, puedes hacer muchas otras cosas.

—Ay, mi querida Sara —murmuró lastimera—. Mi enfermedad no solo me impide andar, sino que me imposibilita para lo que más deseo: casarme y tener niños.

—Pero eso no tiene por qué ser así.

—Pues así es —replicó tristemente—. En cualquier fiesta, y pese a la fortuna de mi

hermano, todos los jóvenes salen huyendo en cuanto ven esta silla de ruedas. A veces me acomodo en un sillón para despistar. Entonces aparece el noble caballero de turno y me invita a bailar; le digo que no puedo; me pregunta que si mi familia no me lo permite; yo le digo que no, que son mis piernas las que me lo impiden. Y ya está, lo siguiente que veo es la estela que deja al marcharse.

Tras la perorata de Mary, Sara se quedó mirándola fijamente. Permanecieron en silencio hasta que, después de unos segundos,

las dos prorrumpieron al unísono en sonoras carcajadas.

Asustado por el ruido, *Smokie* se levantó y se marchó molesto de la habitación.

—¿Ves por qué me alegro de tenerte aquí? —dijo Mary todavía sonriendo—. Hace siglos que no me reía así.

Sara se limpió las lágrimas de risa con su servilleta y miró a su amiga afectuosamente.

—Me niego a pensar que tienes que renunciar a tus sueños solo por no poder andar.

—Es un problema bastante

grave para cualquier hombre que espere a una esposa complaciente, que además le proporcione hijos sanos y fuertes.

Después de otro momento en silencio, Mary miró a su amiga, que parecía llevar un rato cavilando en algo.

—¿Vas a soltarlo de una vez?

La voz de Mary arrancó a Sara de su breve trance.

—Verás, Mary, hace algunas semanas leí un libro en el que se describían los tratamientos que se habían seguido con algunas personas impedidas. —Mary la

observaba con atención—. Según los experimentos del médico que lo escribió, dos de cada diez impedidos volvían a andar tras realizar periódicamente una serie de ejercicios con los que lograban fortalecer los músculos entumecidos. Así recuperaban gran parte de la movilidad.

Mary la miró con cautela.

—¿Y tú crees que yo...?

—A lo mejor... —Sara abandonó su asiento y se arrodilló frente a su amiga tomándole las manos—. Mary, yo no quiero que albergues falsas

esperanzas, porque a lo mejor tu caso es diferente, pero podríamos intentarlo. No tenemos nada que perder.

Mary se agachó y le dio un beso en la frente.

—Me pongo en tus manos. No sé si servirá de algo, pero durante el proceso, seguro que nos divertiremos. ¿Qué tengo que hacer? —exclamó decidida.

—Iré a mi cuarto a buscar el libro.

Mary vio a su prima salir apresurada de la salita. Suspirando, entrelazó sus manos

en el regazo y tras cerrar los ojos, dio gracias a Dios por permitirle tener a su lado a aquella mujer alocada que colmaba su aburrida existencia con ilusiones y nuevas aventuras.

CAPÍTULO 06

LOS DÍAS EN SWEET BRIER PATH SE CONVIRTIERON POCO A POCO EN UNA FELIZ rutina para Sara.

Todas las mañanas, ella y Mary se levantaban muy temprano para comenzar con las tablas de ejercicios. Siguiendo las ilustraciones del libro, debían disponer de dos barras paralelas en las que el enfermo se asía para levantarse hasta que sus piernas lo sostenían, y para comenzar a dar pequeños pasos. Decidida a intentarlo, Mary

mandó construir dos barras iguales en su habitación.

—¿Y qué haremos si la condesa o tu hermano se enteran de lo que planeamos y se oponen? —preguntó Sara.

—Si sienten alguna curiosidad, les diré que es un juego. Y como creen que todavía soy una niña, no se extrañarán —fue la sarcástica respuesta de Mary.

Para fortalecer los brazos del impedido y que estos sostuvieran el peso de todo el cuerpo en las barras, el libro proponía primero el ejercicio de levantar pesas.

Pero decidieron enseguida que sería poco creíble que Mary levantara pesas para divertirse. Así que Sara ideó un balón que resultara más pesado de lo normal. Para llevar a cabo su invento, una mañana subió a una de las torres de la mansión donde una vez había visto balas de cañón, tomó una de las menos pesadas y la envolvió con trapos y, por último, cosió una fina capa de cuero alrededor del conjunto para impedir que el improvisado balón se deshiciera.

Así fue como cada mañana, al llegar la primavera, Sara y Mary

salían al jardín a fortalecer los brazos lanzándose mutuamente el balón. Un inocente juego de chiquillas a ojos del conde y su madre, quienes desayunaban observándolas a través de las galerías del comedor que la familia usaba durante el día.

Lord Luton solía almorzar en su estudio, mientras que la condesa lo hacía en su ala privada de la mansión. Esto les permitía a Mary y a Sara hablar durante la comida de los avances que iban logrando en el tratamiento.

Después del almuerzo, Mary se

retiraba a descansar unas dos horas, lo que permitía a Sara disfrutar de algunos momentos a solas. Le encantaba pasear por los bosques de Sweet Brier Path mientras oía a la naturaleza despertar de su invernal letargo. Caminaba a través del sendero de tierra que transcurría entre los árboles, y que a esas horas era bañado por los fulgurantes rayos de sol que se colaban entre las copas. Maravillada por la sensación de paz que la envolvía, Sara se detenía de vez en cuando a contemplar cómo los pájaros preparaban sus nidos para la

primavera.

Cuando Mary se despertaba de su siesta tomaban el té en su salita privada y charlaban hasta la hora de la cena, que se servía temprano y en el comedor principal. A diferencia del almuerzo, la cena era la única comida que se hacía en familia. El conde ocupaba la cabeza de la gran mesa con su madre y hermana a ambos lados y, como invitada y parte de la familia, Sara se sentaba al lado de su amiga.

Mary casi siempre iniciaba la

conversación preguntándole a su hermano por alguno de sus asuntos; era entonces cuando se iniciaba un animado diálogo en el que Sara intervenía a menudo. Después de lo cual, y tras varios minutos de intercambio de pareceres, surgía el inevitable debate en el que Robert y Sara se enzarzaban cada noche. Circunstancia que convertía la cena en uno de los momentos favoritos de Mary, que disfrutaba lo indecible con los altercados verbales de ambos.

La única que permanecía en silencio era la condesa, que los

observaba ceñuda mientras comía.

—Yo no entiendo cómo en un país como el nuestro, donde la tierra nos ofrece generosamente tantos alimentos, la gente se muere de hambre —comentó Mary conmovida después de la descripción que su hermano había hecho de una fábrica de Londres.

—Eso no tiene nada que ver con la cantidad de riqueza, Mary, sino con la distribución que se hace de ella —exclamó Sara sin pensar.

—¿Qué quieres decir? — preguntó Mary mientras se llevaba un bocado a la boca.

—Nada —susurró intimidada al convertirse de nuevo en el centro de atención de la mesa—. No me hagas caso.

El conde posó lentamente su cubierto y apoyó los codos en la mesa. Su mirada era de máxima atención mientras entrelazaba las manos bajo su barbilla.

—Por favor, señorita Brown, no nos deje con esta incertidumbre —replicó Robert con ironía—. A todos nos gustaría conocer la

solución al mayor problema que atañe al país.

Sara notó cómo la mirada atenta de los tres pares de ojos azules se concentraba en ella.

—Yo no he dicho que tenga la solución a todos los problemas de Inglaterra. Pero según mi parecer...

"¿Cómo no?", pensó Robert. "Allá va otra de las famosas opiniones de nuestra querida señorita sabelotodo."

—... si los comerciantes están preocupados porque los mercados coloniales se han

reducido —continuó Sara—, quizás deberían mirar más adentro que afuera. Puede que hayamos perdido colonias, pero tras finalizar la guerra con Europa, el comercio con el continente se ha reactivado. Hace años que abolimos la esclavitud y, sin embargo, Inglaterra se muere de hambre porque en las ciudades faltan productos necesarios para vivir. En mi opinión, si los dueños de las fábricas subieran los salarios, los obreros emplearían parte de ese dinero en adquirir bienes con los que vivir más dignamente y, por

lo tanto, la riqueza revertiría otra vez en fabricantes y comerciantes. Como les decía, no creo que falte riqueza, sino que está mal distribuida.

Mary la miraba fascinada con la boca abierta y sin pestañear. Y el ceño de la condesa se había ido haciendo cada vez más profundo a medida que el discurso de Sara avanzaba.

Luton continuaba mirándola imperturbable desde su posición de cabeza de familia. Había provocado a la señorita Brown esperando alguna exposición

ingenua sobre ricos y pobres. Pero después de escucharla atentamente, y por más que deseara refutarla —y lo deseaba con todas sus fuerzas—, no podía sino estar en total acuerdo con aquella irritante mujer. Un ligero desconcierto emocional provocado por un arranque repentino de admiración por ella, lo hizo revolverse incómodo en la silla.

Sara volvió la atención recatadamente a su plato. Llevaba un vestido color verde oscuro con un escote que dejaba al descubierto la delicada línea

de su garganta y que descendía en una hilera de pequeños botoncitos negros hasta su cintura. Se había recogido la larga melena en un sencillo moño en la nuca del que ya se habían soltado un par de rebeldes rizos.

Robert observó detenidamente su cara a la luz de las velas: el perfil de su mandíbula desembocaba en un obstinado mentón que revelaba una gran fuerza de carácter. Sus labios eran gruesos y bien delineados y sus grandes ojos negros presentaban una línea ligeramente rasgada hacia las

sienes. Tenía la nariz respingona y los pómulos altos y bien marcados. No, no podría decirse que fuera una cara de hermosas proporciones para una dama, pero sin duda poseía un poderoso atractivo oculto que no le permitía ser indiferente.

—Sara —recriminó la condesa —, me parece de muy mal gusto que una dama hable de política y menos aún si hay un caballero presente. Con esa actitud jamás encontrará marido, querida.

Contrita, Sara bajó la cabeza.

—Discúlpeme, señora.

Pero Helen Luton pareció no quedarse conforme.

—¿Acaso no quieres casarte?
—continuó, visiblemente irritada
—. ¿Es que tus padres no te hablaron sobre normas sociales y decoro?

Los dos hermanos miraron a su madre sorprendidos por aquel comentario poco afortunado si tenían en cuenta que, según la carta de la madre de Sara, la joven no había superado la pérdida del padre.

Robert fue el primero en reaccionar:

—Madre, no me parece...

—Oh, créame, mis padres intentaron enseñarme todas las reglas de buena conducta — interrumpió Sara con tono jovial —. Sobre todo mi madre, que hizo unos esfuerzos titánicos para que aprendiera todo lo que una dama debe saber. Una vez me obligó a caminar durante todo el día con un libro en la cabeza para que mantuviera la postura erguida.

—¿Durante todo el día? — preguntó Mary con una enorme sonrisa dibujada en la cara.

—Bueno, solo hasta que me dejó sola —puntualizó Sara devolviéndole la sonrisa—. Luego me senté a leerlo.

—Así jamás encontrarás un marido —sentenció la condesa visiblemente disgustada.

Sara se aclaró la garganta e intentó que su tono fuera lo más respetuoso posible.

—Si me permite, señora, hace tiempo que sobrepasé la edad óptima para el casamiento. Además, y no es mi intención contrariarla, no creo que el matrimonio sea un fin; yo lo veo

más como un medio para conseguir la felicidad. Por eso me gustaría casarme con alguien que no pretendiera cambiarme. Me gustaría encontrar un hombre con el que poder hablar de todo, que me comprendiera y compartiera mi forma de ver la vida.

La estancia se quedó tan silenciosa que solo se oía el tictac del reloj que había sobre la repisa de la chimenea.

A Robert no le parecían demasiadas exigencias. Después de todo, lo que la señorita Brown

deseaba era lo que él siempre había buscado en una compañera. Por eso, y a pesar de todos los sermones de su madre acerca de la necesidad de un heredero, todavía seguía buscando. No era nada fácil encontrar una joven con la que compartir, puesto que todas las damas de su clase estaban educadas para consentir. "Extraordinaria", pensó Robert mientras observaba a Sara con suma atención.

Las sospechas de la condesa habían sido confirmadas: Sara era igual que su primo: una soñadora

y una insolente. Con aquellas ideas, y sin el menor reparo en exponerlas, estaba segura de que era una influencia horrible para su inocente Mary.

—Que el matrimonio no es un fin, ¡menuda tontería! —exclamó indignada, dando por concluida la conversación.

Mary miró a su amiga con una gran sonrisa de admiración, y le dio una palmadita en la pierna por debajo de la mesa en señal de ánimo.

Lord Luton guardó silencio mientras la miraba fijamente

desde el otro lado de la enorme mesa de caoba.

Otra de las costumbres en Sweet Brier Path que más reconfortaba a Sara eran las veladas en familia después de cenar. La condesa acostumbraba a revisar su correspondencia y retirarse temprano. Mientras Mary bordaba preciosos paisajes con la aguja, Sara leía alguno de sus libros o respondía a las cartas que su madre y Rose le escribían poniéndola al día de la vida en Ravenville. Entretanto, el conde ojeaba algún diario sentado en su gran sillón de cuero al lado de la

chimenea, cuyo crepitar irradiaba un juego de luces y sombras que danzaba por su semblante y que le otorgaban el aspecto de un ángel oscuro que las vigilaba impasible desde su distante trono de fuego.

Sara no podía dejar de constatar las grandes diferencias que existían entre los dos hermanos Luton; distinciones que iban más allá del mero aspecto físico. Mientras Mary era pura dulzura y naturalidad, lord Luton era un hombre indiferente, crítico y algo huraño. "Seguramente su educación fue muy distinta a la

de su hermana", pensaba Sara cuando lo observaba en ciertas ocasiones. Las diferencias de carácter entre ambos quizás se debían a que su severo padre había sido mucho más duro en la formación e instrucción de su heredero.

Aquella misma noche, después de que la condesa se retiró, Mary se dispuso a coser con *Smokie* enrollado en su regazo, mientras Sara leía un panfleto sobre locomotoras que había encontrado en una mesita de la sala.

—¿Y bien, señorita Brown?

La profunda voz del conde quebró el silencio, lo que sobresaltó a Sara, sorprendida por el hecho de que se dirigiera a ella.

—¿Y bien qué, milord?

Sara devolvió el folleto a su lugar y lo miró con atención.

—¿De dónde ha sacado usted esas ideas tan innovadoras con las que nos ha deleitado durante la cena?

Animada ante el hecho de que su tono careciera de la censura habitual y mostrara un interés

que parecía genuino, Sara respondió con una sonrisa complacida.

—En mis libros suelo encontrar bastantes cuestiones que me hacen reflexionar. Cuando mi padre cayó enfermo, me habitué a leerle los diarios, y casi todos los días se describían los motines de las ciudades y sus posibles causas. —Sara hizo una pausa, mientras los dos hermanos la miraban con atención—. Tomaba un poquito de aquí, otro poquito de allá, hasta que me formaba mi propia idea acerca de cualquier situación.

Luton la contempló en silencio durante unos instantes. Tras levantarse, tomó el diario que estaba leyendo y lo depositó en el regazo de Sara.

—Mary, ¿quieres irte a la cama? —preguntó.

Su hermana negó con la cabeza.

—Bien, avisas al servicio para que te suban. No te acuestes tarde —dijo mientras abandonaba la estancia—. Buenas noches.

—Buenas noches —murmuraron las dos a la vez.

Sara tomó el diario y miró interrogante a su amiga, que le contestó negando con la cabeza y con una sonrisa brillando en la mirada.

Al volver la cabeza en la dirección por la que el conde se había marchado, Sara comprendió: aquel gesto había sido un discreto cumplido. Una cálida emoción invadió su interior y se le arracimó en el estómago. Abrió el periódico y leyó, mientras una sonrisa crecía lentamente en sus labios.

CAPÍTULO 07

AQUELLA SOLEADA MAÑANA DE ABRIL, MARY Y ELLA SALIERON TEMPRANO A "disparar la bola de cañón", que era el nombre con el que Mary había bautizado a su entrenamiento matutino.

Mary llevaba un buen rato observando a Sara, deseosa de conocer la opinión que su prima tenía acerca de Robert.

—Mi hermano es un hombre de pocas palabras, ¿no te parece?

—Y que lo digas —corroboró Sara divertida—. Pero, sin embargo, posee un amplio

repertorio de gruñidos, de los cuales suelo ser objeto.

Mary rió con ganas.

—Es un hombre de hechos —arguyó—. No suele entregar su amistad y su respeto fácilmente. Pero, una vez que los concede, lo hace por completo y para siempre.

—Bueno, espero ganármelos entonces durante este tiempo —contestó Sara circunspecta al percibir el gran amor de Mary por su hermano.

Mary se quedó mirándola con el balón en la mano.

—Ya lo has hecho —respondió enigmática antes de lanzarle la pelota.

Sorprendida por aquel comentario, Sara no logró atrapar la bola que resbaló de sus manos y se fue rodando sendero abajo; hasta que se perdieron de vista.

—Iré a buscarla —dijo Sara, mientras se remangaba la falda y salía corriendo en la dirección del balón.

Mary se quedó contemplándola. La adoraba. Gracias a ella estaba disfrutando de los momentos más felices de

su vida. Tenerla allí le permitía iniciar cada día con una renovada motivación y ese hecho, en sus circunstancias, era de vital importancia. Además, intuía que entre Robert y Sara había empezado a surgir algo de lo que únicamente ella parecía darse cuenta. Y, si Sara se casaba con su hermano, se convertiría automáticamente en su hermana y jamás se marcharía de Sweet Brier Path.

Aquella era una idea tan inmensamente tentadora, que apenas podía pensar en algo más que no fuese hacerlos descubrir

lo perfectos que eran el uno para el otro. Conseguir que Sara se enamorara de él no podría resultar tan difícil, lo complicado iba a ser que Robert no metiese la pata con aquel carácter tan terrible que tenía a veces. Mary contaba con que la comprensión de Sara le permitiera atravesar las barreras de severidad y dureza con las que su hermano enmascaraba su timidez.

Sabía de buena mano que Robert no era un célibe varón; de hecho, en alguna ocasión había oído chismes acerca de alguna que otra discreta amante de lord

Luton. Pero, en lo que al amor se refería, Mary estaba segura de que Robert nunca se había enamorado; intuía que su hermano jamás se casaría si no era por amor, porque, probablemente, el desdichado matrimonio de sus padres había herido el espíritu de su hermano tanto como el suyo.

Absorta en sus cavilaciones, Mary levantó la cabeza para recibir agradecida la calidez del sol en el rostro. Fue entonces cuando una fuerte brisa sopló arrancándole el sombrero de paja con margaritas incrustadas que

llevaba puesto. Mary se llevó las manos rápidamente a la cabeza pero no fue capaz de atraparlo. Impotente, vio cómo su sombrero favorito terminaba prendido en un rosal cercano.

Buscó a su prima con la mirada, pero Sara se había perdido en busca del balón. Suspirando con fastidio, Mary empujó su silla de ruedas a través del jardín hasta la base del matorral donde se había enganchado su sombrero. Apoyándose con una mano en la silla y haciendo un esfuerzo por estirar la otra para llegar hasta él, logró incorporarse ligeramente

hasta alcanzarlo. Pero la mala fortuna hizo que la manga de su vestido se prendiera en las espinas del rosal. Forcejeó intentando soltarse, pero en el esfuerzo solo consiguió que su corpiño y falda terminaran también enganchados. No podía soltar la silla para intentar desprenderse con la otra mano porque terminaría con todo su cuerpo sobre las puntiagudas espinas.

—¡Sara! —gritó nerviosa, anticipando ya el dolor de los arañazos en su piel.

Diego Lezcano había viajado desde Londres durante dos días y había llegado justo antes del amanecer a Sweet Brier Path. Su presencia allí había sido requerida por el conde, que necesitaba su ayuda y consejo en un proyecto de ley de lo más ambicioso que pretendía presentar en el Parlamento. Se trataba de una propuesta para la reducción de la jornada laboral a diez horas, una reforma del código penal por la que no se castigaría el ausentismo laboral justificado con la prisión, y un

programa higienista, que serviría para la difusión de algunos hábitos básicos de aseo personal entre los trabajadores de las fábricas. Ambos creían que esto último serviría para erradicar gran parte de las enfermedades que aquejaban a los obreros y que por momentos reducían sus plantillas de forma casi insostenible.

A su llegada a la mansión, Robert ya lo estaba esperando en el estudio con la cabeza enterrada en un montón de mamotretos. Tres horas después, todavía seguían allí. El conde

caminaba con brío de un lado a otro de la habitación, mientras Diego lo observaba derrumbado en un sillón, incapaz de seguir su enérgico discurso.

— Si favorecemos la calidad de sus vidas, Diego, trabajarán más y mejor. Y lo que ahora invirtamos, revertirá en nuestros bolsillos en el futuro —proclamó—. En la Cámara tendrán que oírme. Muchos también son empresarios y, a los otros, no les interesan las revueltas. El fantasma de la Revolución Francesa todavía sobrevuela sus cabezas, amigo mío.

—Sabes que estoy completamente de acuerdo — dijo Diego con aire abatido —. Pero ¿no podríamos hablar mientras desayunamos?

Robert llevaba tiempo tramando la elaboración de aquel proyecto. Hacía años que visitaba los barrios obreros pensando en las reformas arquitectónicas que se necesitarían para mejorar la calidad de vida de sus residentes. Hacía mucho que deseaba hacer algo importante para elevar las condiciones de habitabilidad de los guetos londinenses, y el pequeño sermón de la señorita

Brown había servido para espolear su conciencia. Aquella mujer tenía razón, eran los más afortunados, como él, los únicos que podían cambiar el futuro.

Robert miró contrito a su amigo, dándose cuenta al fin de su cansancio. Como siempre, su brío apasionado había arrollado al pragmático y escéptico español.

—Ya he desayunado. Me levanté antes del amanecer —explicó—. Tienes razón, perdona. Te he secuestrado aquí sin ofrecerte nada. Por favor, ve al

comedor y luego sube a descansar el tiempo que necesites.

—Muy bien, mi estimado explotador —exclamó Diego en un tono de mofa que los hizo sonreír a ambos—, voy a comer algo y después saldré a estirar un poco las piernas. El aire de la mañana será suficiente para despejarme las ideas. En cuanto regrese del paseo me seguiré poniendo al día.

Diego atravesó el sendero del jardín con las manos metidas en los bolsillos de su chaqueta.

—¡Socorro!

Aquel grito de auxilio lo arrancó bruscamente de sus pensamientos. Achicó los ojos y giró la cabeza para poder identificar su procedencia.

— ¡Que alguien me ayude, por favor!

Efectivamente, provenía del otro lado del jardín. Aquella era una voz familiar. No estaba seguro, pero podría ser...

—¡Socorro!

Mary. La información atravesó la mente de Diego con la velocidad de un látigo que atizó

todos sus sentidos y lo hizo salir corriendo en la dirección del grito.

"¡Oh, Dios mío!", pensó Mary aturdida, mientras se agitaba violentamente con la intención de liberar su vestido de las zarpas del espino. De repente, una enorme mano la asió por la cintura proporcionándole por fin un punto de apoyo en el que descansar su extenuado cuerpo. Un grito de alivio se ahogó en su garganta. Se dejó caer por completo sobre aquella figura salvadora y se dejó envolver por el calor que manaba de él. Por

fin, su amado hermano había acudido a la llamada de auxilio.

— ¡Por el amor de Dios! ¿Se puede saber qué está haciendo?
—gruñó una voz ronca cerca de su oreja derecha.

Pero aquel sonido que arrastraba las consonantes no era la voz de Robert. Mary se volvió rápidamente hacia la oscura figura que la había abrazado por detrás y parpadeó varias veces para asegurarse de que era real. Desde luego que aquellos enormes ojos negros rodeados por unas formidables pestañas

no eran los de su hermano.

—Señor Lezcano —susurró, abrazándose a su fuerte cuello con la mano que tenía libre—. No sabía que estuviese aquí.

—He llegado esta mañana —dijo mientras la rodeaba firmemente por la cintura y comenzaba a dar pequeños tirones para soltar su vestido—. Pero creo que eso no es lo más importante en estos momentos, ¿no le parece? ¿Se puede saber qué estaba haciendo?

—Mi sombrero salió volando y se quedó atrapado ahí —

respondió ella señalando con un movimiento de cabeza—. Solo quería recuperarlo.

Diego sujetaba el pequeño cuerpo de Mary con el brazo izquierdo, mientras con la mano derecha intentaba soltar su vestido del espino. La delicada tela apenas podía soportar los tirones y se rasgaba por todas partes. Diego fruncía el ceño intentando concentrarse en la complicada tarea. Mientras, el cálido aliento de Mary en su mejilla izquierda distraía una y otra vez su atención.

—¡Ay! —exclamó ella al sentir el arañazo—. Tenga cuidado, ¿quiere?

—Lo intento —su voz denotaba un enorme esfuerzo—. No sé cómo se le ocurre trepar por un espino por un estúpido sombrero. Y encima en su situación.

—En mi situación —repitió ella, comprendiendo con irritación que se refería a su enfermedad—. Usted límitese a sacarme de aquí y no me dé sermones.

—¿Sermones? Lo que debería darle son unos azotes.

—¿Pero cómo se atreve? —
Mary forcejeó con él tratando de apartarlo—. Usted no tiene derecho a... ¡Ay!

Una afilada espina se enterró en su antebrazo produciéndole un agudo dolor. Diego consiguió liberar por fin su brazo y torso. Sin embargo, ella no dejaba de pelear con él.

—Si no se está quieta —dijo mientras evitaba un manotazo—, volverá a...

Con un último tirón, Diego liberó por completo la falda.

—... pincharse.

El sonido de la tela al rasgarse hizo que Mary se calmara. Respirando entrecortadamente comprobó que parte del tafetán de su vestido se había quedado en el arbusto mientras el encaje de sus blancas enaguas asomaba por el hueco que había quedado.

—Mire lo que ha hecho —dijo tocando con lástima la maltrecha falda.

La visión de la ropa interior de Mary produjo en Diego una descarga eléctrica que le sacudió las entrañas. Había visto cientos de enaguas, corsés, bragas y

demás ropa íntima femenina; y no solo de las mujeres que ofrecían sus cuerpos en los puertos, sino también de las distinguidas y bien dispuestas nobles damas inglesas. Pero un simple vistazo a la enagua de lady Luton había bastado para que le hirviera la sangre.

Diego la tomó en brazos. Pesaba muy poco y se adaptaba perfectamente a su abrazo. La miró directamente a los ojos. Tenía la piel blanca y radiante, una pequeña naricita respingona, unos ojos de un azul tan claro como el mar en un

resplandeciente día soleado, y una boca carnosa que se curvaba formando dos encantadores hoyuelos a ambos lados. "Dios mío, es preciosa", pensó conmovido.

Mary estaba realmente disgustada. Respiraba agitada y emitía pequeños jadeos debido a sus esfuerzos por soltarse.

Diego se descubrió observando detenidamente su boca entreabierta y deseando probarla por fin. Le soltó las piernas, y sus pies tocaron el suelo. Rodeó su cintura firmemente con las dos

manos para evitar que perdiera el equilibrio y los dos quedaron envueltos en un íntimo abrazo.

Mary intentó tranquilizarse.

—Señor Lezcano, desconocía esta faceta suya de...

Tenía que mirar hacia arriba para verle la cara.

—¿De? —preguntó Diego mientras apretaba todavía más el abrazo.

Los esfuerzos de Mary por permanecer tranquila eran inútiles. Su corazón latía a toda velocidad. En su vida había estado tan cerca del cuerpo de un

hombre que no fuera el de su hermano. Y su intuición le decía que los brazos de Diego Lezcano eran mucho más peligrosos para ella que las afiladas espinas del rosal. Pero aun así, en lo más hondo, sentía un arrebató de fascinación extraordinaria. Como si se encontrase por fin a las puertas de un apasionante universo al que le hubieran vetado la entrada durante toda la vida.

Mary puso las dos manos en su fuerte pecho e intentó inútilmente separarlo.

—De bruto —contestó por fin.

La boca de él se torció en una cínica sonrisa.

—Es mucho más que una faceta, milady. Yo diría que es toda una forma de vida.

Y antes de depositarla en la silla con delicadeza, añadió sarcásticamente:

—Efectivamente, soy un bruto y un tosco. Muy diferente, seguro, a los considerados caballeros a los que estará acostumbrada. Una bestia ordinaria que acaba de librarla de unos cuantos arañazos —terminó

por espetarle bruscamente.

El trasero de Mary aterrizó en el asiento. Se removió para acomodarse, mientras Diego mantenía las manos apoyadas en los brazos de la silla y su cara muy cerca de la de ella. Mary le devolvió con severidad la mirada ceñuda y malhumorada que él le dirigía.

Ambos respiraban entrecortadamente mirándose fijamente a los ojos. Era la primera vez que estaba tan cerca de él, así que lo observó detenidamente preguntándose

por qué nunca se había dado cuenta de lo atractivo que era: sobre su amplia frente caían algunos ondulados mechones negros como el carbón, del mismo color que sus grandes ojos y espesas pestañas. Tenía una nariz larga con una pequeña protuberancia en el centro que confería a su perfil un aspecto ligeramente aguileño. Los labios eran finos, pero bien delineados, y su mandíbula era ancha y parecía extremadamente fuerte. La cicatriz que cruzaba su ceja izquierda, lejos de restarle atractivo, otorgaba a su rostro

una indómita elegancia que no hacía más que aumentar el halo de misterio que rodeaba siempre a aquel hombre.

Aunque todavía era temprano, una leve sombra de barba cubría sus mejillas, y Mary tuvo que agarrarse fuertemente a la silla reprimiendo las enormes ganas de acariciarle la cara y sentir aquella aspereza contra la palma de su mano.

Un ruido próximo pareció sacarlos a ambos del trance.

Sara apareció sofocada y con las manos vacías. Su mirada vagó

del señor Lezcano a Mary, para luego posarse en su maltrecho vestido. Se quedó petrificada por un instante contemplándolos a ambos.

—Pero ¿qué ha pasado? — balbuceó.

Diego se incorporó inmediatamente e hizo una breve reverencia.

—Su prima se lo explicará todo, señorita Brown —dijo mientras le lanzaba una última mirada a Mary antes de marcharse. Preocupada, Sara no le quitaba ojo a su amiga.

—¿Mary?

—Mi sombrero se escapó con el viento y se enganchó en ese rosal —explicó cansada, como si llevara toda la mañana contando la misma historia—. Solo intentaba recuperarlo.

Sara vio la prenda en lo alto del arbusto y comprendió inmediatamente por qué el vestido de Mary estaba hecho jirones. "Oh, Mary", pensó muerta de culpabilidad por haberse ido y no estar cuando la necesitaba. Miró a su amiga, invadida por un fuerte instinto de

protección.

—Tienes que cambiarte y debemos curar esos arañazos — afirmó diligentemente al comprobar que de los antebrazos de Mary brotaban pequeñas gotas de sangre—. Iré a buscar a algún criado para que nos ayude a subir a tu habitación.

Mary la observó caminar deprisa hacia la casa, mientras se frotaba los doloridos brazos. Disgustada consigo misma, volvió la cabeza en la dirección por la que su liberador se había marchado.

—Gracias —susurró, sintiendo todavía la fuerza y calidez del cuerpo de él.

CAPÍTULO 08

TENDRÍAS QUE HABERME ESPERADO, MARY. SARA UTILIZABA UN PAÑO EMPAPADO en agua y vinagre para limpiarle las heridas.

—¡Uf! —exclamó Mary cuando la tela rozó su brazo.

—¿Duele?

—No, pero escuece.

Se sacó el maltrecho vestido y Sara la ayudó a ponerse una bata antes de tumbarse en la cama. Los arañazos eran muy pequeños y apenas sangraban. Lo que sí

había quedado completamente destrozado era el vestido, que descansaba hecho un guiñapo en una de las butacas de su habitación.

—¿Y el balón?

—No pude encontrarlo —respondió Sara con un ligero mohín de fastidio—. Pero haremos otro. No te preocupes ahora por eso.

Mary miraba a Sara en silencio mientras esta curaba poco a poco sus rasguños.

Recordaba la noche en la que conoció a Diego Lezcano. Aquella

madrugada en que llegó a la mansión Luton frente a Grosvenor Square en Londres, cargando a su hermano malherido.

Una criada la despertó y la ayudó a levantarse. Cuando llegó hasta las escaleras, lo primero que vio fue a un hombre que sostenía el cuerpo ensangrentado de Robert. El brazo de su hermano pasaba alrededor del cuello del hombre, que lo sujetaba por el antebrazo y la cintura. Los pies de Robert se arrastraban laxos por el suelo. Debía de ser muy fuerte para

cargarlo de aquella forma.

—Pero ¿qué le ha pasado a mi hermano? —consiguió preguntar Mary en un susurro.

El extraño la miró fijamente durante casi un minuto y después respondió.

—Lo han atacado unos ladrones, milady.

Hablaba con acento extranjero, pero se expresaba con corrección y amabilidad. Tenía unos marcados rasgos masculinos y algunas cicatrices en la cara que le daban aspecto de pirata. Aunque no llevaba ropas lujosas,

su abrigo negro y el traje del mismo color denotaban cierta distinción. Tal vez fuera un caballero.

—¿Y a quién debemos el favor de devolverlo a su casa?

Robert, que recuperaba por momentos la conciencia, contestó por él.

—Es Diego Lezcano. Y me ha salvado la vida.

Y a partir de aquel momento, Mary firmó con él un pacto silencioso de agradecimiento que duraría para siempre. Desde aquel día, y por orden expresa de

su hermano, Diego Lezcano comenzó a frecuentar su casa. Primero visitó al conde hasta que se hubo recuperado y, meses después, comenzaron su trayecto comercial que tanto éxito y riqueza había reportado a ambos.

Pero Mary sabía que su relación iba más allá de los intereses comerciales que pudieran compartir. Desde la noche del ataque había surgido un profundo sentimiento de lealtad y amistad entre ellos. Era como si dos espíritus semejantes se hubieran reencontrado tras un largo viaje perdidos.

Mary volvió al presente afectada todavía por el crítico momento que había vivido. Se sorprendía rememorando una y otra vez la fortaleza del cuerpo del señor Lezcano, sus rasgos bien esculpidos y la calidez de su aliento en la mejilla. Pero, pese al cosquilleo que le recorría las venas, no podía dejar de pensar en las palabras que él le había dicho antes de marcharse. La había salvado de caerse en las espinas y ella ni siquiera se lo había agradecido.

Exhaló un suspiro apesadumbrado.

—Ni siquiera le he dado las gracias.

—¿A quién? —preguntó Sara depositando la tela en la palangana y mirando suavemente a su amiga.

—Al señor Lezcano. Él me salvó de caer sobre el rosal y yo...

Mary se cubrió los ojos con el antebrazo mientras unas lágrimas se le escaparon de los párpados y resbalaron por su mejilla.

Sara se sentó en la cama y le tomó la mano.

—Mary, cariño, ¿te he hecho daño? —preguntó amable.

—No, tú no lo entiendes. —El llanto ahora brotaba con libertad—. Él me salvó a mí y salvó a mi hermano aquella noche y yo... yo lo he insultado.

Sara, preocupada, no dejaba de darle palmaditas tranquilizadoras en la mano.

—¿Por qué no me cuentas lo que ha pasado y así veremos cómo solucionarlo?

Mary le contó entre hipitos su encuentro con el señor Lezcano en el jardín.

—Lo llamé bruto, Sara — exclamó martirizada—. Bruto.

Sara la miraba confusa.

—Pero Mary, la próxima vez que lo veas podrás disculparte y...

—¡No! —interrumpió—. A lo mejor si lo hubiera llamado otra cosa. Pero lo menosprecié por ser de una clase social diferente. Y él me salvó a mí y a Robert. Soy tan esnob como todas esas niñas tontas a las que me he cansado de criticar.

Mary parecía completamente abatida por los remordimientos. Sara estaba segura de que una buena parte de aquel disgusto se debía a la delicada situación que

acababa de vivir. Así que rápidamente buscó algún argumento con el que poder ayudarla.

—Pero ¿no me dijiste que estabas completamente enganchada y que estuviste a punto de caer sobre el espino?

Mary asintió compungida.

—Bueno —continuó Sara—, en ese caso, el señor Lezcano podrá comprender que tus nervios estaban muy afectados y que no pensabas lo que decías.

Mary la miraba ahora con más atención.

—La próxima vez que lo veas, debes dejarle claro que te arrepientes de tus palabras y que le estás muy agradecida por lo que hizo por ti.

Mary ya había dejado de llorar y la miraba en silencio considerando sus palabras.

—Tienes razón —asintió finalmente, entusiasmada con su razonamiento—. En cuanto me recupere iré a buscarlo y me disculparé.

—Sea entonces —dijo Sara levantándose poco a poco de la cama para dejarla descansar—.

Después de reposar lo verás todo desde una óptica diferente.

Pero Mary la retuvo apretando su mano. La miró profundamente intentando no volver a llorar.

—Gracias —murmuró emocionada—. Te quiero. Lo sabes, ¿verdad?

Sara asintió con la cabeza y se inclinó para darle un beso en la frente.

—Yo también a ti. Ahora duerme.

Ocurrió con la velocidad de un rayo. La puerta del cuarto de Mary se abrió de golpe

sobresaltándolas a ambas por el estruendo de la madera al chocar contra la pared. Una ráfaga de aire frío penetró en la habitación precediendo a una gran figura malhumorada. La enorme silueta de Luton pareció invadir todo el espacio y consumir el aire existente. Su acerada mirada recorrió velozmente todo el habitáculo deteniéndose brevemente en Sara hasta que se posó en la pequeña figura de su hermana tumbada. Su semblante pareció suavizarse levemente.

Mary reaccionó enseguida y, levantando la cabeza de la

almohada, le lanzó una sonrisa tranquilizadora. —Hola, Robert, ¿cómo estás?

Él la observó derrumbada sobre la cama. Sus ojos llorosos y las pequeñas heridas ensangrentadas de sus brazos estuvieron a punto de pulverizarle el corazón.

—¿Quiere alguien decirme qué ha pasado aquí? —siseó conteniendo la rabia mientras se llevaba ambas manos a la cintura en actitud de espera.

Robert fulminó a Sara con la mirada.

—He tenido que enterarme por los cuchicheos de los criados de que mi hermana estaba herida.

"De modo que no ha sido el señor Lezcano el que le ha ido con el cuento", pensó Mary todavía más agradecida con aquel hombre formidable.

—Robert, ven —dijo mientras le hacía una seña con la mano—. Si te sientas aquí, podré contarte con calma todo lo que ha sucedido.

Reticente, Robert se acercó hasta la cama y se sentó con cuidado al lado de su hermana.

—¿Estás bien? —preguntó con tono dolorido mientras le tomaba el brazo y examinaba los arañazos.

Mary le contó apaciblemente lo estúpida que había sido al intentar recuperar ella misma el sombrero, para luego pasar a quitarle importancia a aquellos "insignificantes rasguñitos de nada", que fue como definió a sus heridas. Todo ello, intentando no mencionar la aparición de Diego Lezcano y el pequeño altercado que había mantenido con él.

Entretanto, Sara tomó la palangana con el agua de la cura y se dispuso a abandonar silenciosamente la estancia para dejarlos hablar a solas.

—¿Adonde cree que va? — prorrumpió Robert mientras todavía miraba a Mary.

—Yo iba a... —Sara miró hacia la palangana y luego a los dos hermanos—. Llevar esto a la cocina. Robert clavó sus ojos en ella.

—¿Qué hacía usted mientras mi hermana se destrozaba viva?

"Qué manía con exagerarlo

todo", pensó Sara con fastidio.

—Había ido a buscar el balón —respondió suavemente intentando no poner los ojos en blanco.

Mary le lanzó una mirada suplicante a Sara con la que la exhortaba a que callara.

—Yo mandé a la prima Sara a buscar el balón que perdimos —intervino Mary—. El sombrero salió volando después, y decidí no esperarla. Así que es todo culpa mía. Sara, querida, ¿puedes traerme una taza de té?

Robert, dándose cuenta de la

táctica de su hermana, volvió su atención de nuevo a Sara.

—Lleve eso a la cocina e informe a alguna criada para que suba el té —dijo lacónico—. A usted quiero verla en la biblioteca en cinco minutos.

Mary tironeó ligeramente de la mano de su hermano para obtener de nuevo su atención.

—Robert, por favor —rogó mientras las lágrimas volvían a empañar sus ojos azules—. Te he dicho la verdad. Sara no tuvo nada que ver con lo que pasó. Fue todo culpa mía.

Robert se removió intranquilo.

—Y yo te creo —dijo en tono tranquilizador.

—Entonces, ¿por qué quieres hablar con ella?

Él la miró de medio lado como siempre que se disponía a reprenderla.

—Mary...

— ¡No, está bien! — interrumpió—. No hace falta que me lo digas. Pero, Robert, prométeme una cosa.

Mary lo miraba suplicante.

—¿Sí? —preguntó él con desconfianza.

—Prométeme que Sara no se irá de aquí. Por favor, Robert. Si Sara se marcha, yo me moriré prontísimo.

— ¡Mary! —exclamó Sara enfadada, todavía sosteniendo el recipiente con agua.

Los dos hermanos se giraron sorprendidos hacia ella. Parecían haber olvidado su presencia en la habitación.

La voz de Sara era de profunda irritación.

—Si sigues hablando así, te prometo... no, te juro que seré yo misma la que me marche, ¿de

acuerdo?

Mary asintió en silencio y miró a Sara visiblemente arrepentida.

El conde no pudo pasar por alto la reacción de ambas. Sabía que su hermana llevaba tiempo necesitando una buena reprimenda por utilizar su salud para manipularlos a todos y hacer siempre su voluntad. Y él, pese a tener fama de frío y calculador en los negocios, era incapaz de resistirse a las tácticas de Mary. Su corazón parecía volverse de algodón cuando ella lloraba o se compadecía. "A lo

mejor la influencia de la señorita Brown no es tan mala, después de todo", meditó detenidamente.

—Señorita Brown, vaya, y espéreme en la biblioteca —dijo con aplomo volviéndose hacia ella.

Sara asintió y salió cuidadosamente de la habitación.

Robert devolvió la atención a su hermana, que los observaba en silencio, y le tomó la mano de nuevo entre las suyas.

—Menudo genio tiene nuestra señorita Brown —exclamó divertido para restar seriedad al

momento.

Mary lo miró con una sonrisa asomando a los labios.

—Sí, es estupenda, ¿no te parece? —Su semblante se tornó grave nuevamente—. Prométeme que no se irá.

Robert levantó la palma derecha para enfatizar su juramento.

—Te lo prometo.

CAPÍTULO 09

SARA CAMINABA DE UN LADO AL OTRO DE LA ENORME BIBLIOTECA.

Las estanterías ocupaban toda la pared y estaban repletas de libros. El techo estaba ricamente decorado con una serie de relieves y dibujos de las nueve musas representando algunas escenas de la mitología griega. La luz penetraba a raudales a través de los enormes ventanales permitiendo distinguir las pequeñas motitas de polvo que flotaban en los rayos de sol. Sara

paseaba inquieta y la gran alfombra de Aubusson amortiguaba el sonido del tacón de sus botas. Se detenía de tanto en tanto para leer alguno de los títulos que había allí recogidos. Había miles de libros y muchos eran auténticas obras de coleccionista. Pasó la mano por los encuadernados ejemplares mientras pensaba entristecida que no iba a tener tiempo para leer ninguno de ellos.

Su padre habría disfrutado muchísimo en un sitio como aquel. Durante toda su vida acumuló una enorme cantidad de

libros que los acompañaron cuando se mudaron a Ravenville donde, a pesar de la oposición de su madre, habían encontrado una gran habitación toda para ellos. Su lugar favorito de la casa: el estudio.

Sara tenía un montón de recuerdos de su padre y casi todos estaban relacionados con los libros. El conocimiento, la razón, la ciencia y sobre todo, la profunda fe en el ser humano y en sus facultades, eran las características más singulares de aquel hombre pequeño que miraba el mundo con amplitud y

esperanza a través de sus viejos anteojos de gruesos cristales.

Con solo tres años, Sara trepaba a su regazo y aprendía a leer mientras él pasaba las hojas de alguno de sus enormes y envejecidos mamotretos de Historia del Mundo. Nunca dejó de responder a ninguna de las cuestiones que le planteaba su hija. No importaba la delicadeza de la pregunta, Sara siempre obtenía una respuesta. Cuando su madre los oía hablar, solía montar un pequeño escándalo: tomaba a Sara tapándole los oídos con las manos y la

encerraba en su habitación hasta que juraba haber olvidado todo lo que su padre decía. Luego reprendía a su marido y no le hablaba durante una semana, hasta que cedía de nuevo a sus continuas caricias y muestras de afecto. "Lydia, cariño", explicaba él, "debemos preparar a nuestra hija para el mundo; no esconderla de él".

Sara sonrió al recordar la bonita pareja que hacían sus padres: tan diferentes y sin embargo, tan complementarios. ¿Existiría para ella alguien así? Tenía veintiséis años y no poseía

dote, así que hacía tiempo que se había resignado a no casarse jamás. Sin embargo, a veces la asaltaba aquella extraña nostalgia; un profundo sentimiento de pérdida al renunciar a un compañero con el que compartir sus sueños y esperanzas. Alguien que la abrazara y la dejase llorar en su hombro mientras le aseguraba que todo iría bien.

Sara apartó aquellos pensamientos de su mente para volver al presente y concentrarse en su delicada situación. "A usted quiero verla en la biblioteca en

cinco minutos", caviló, rememorando una y otra vez las palabras del conde. "Bonito eufemismo, pensó con ironía, cuando lo único que quiere es echarme de aquí mientras me grita que yo soy la culpable de todas las desgracias del mundo".

La gruesa puerta de madera se abrió y Robert entró en la biblioteca. Cuando se topó con la figura de Sara en medio de la gran estancia, pareció sorprenderse, como si no la hubiera citado allí. Iba en mangas de camisa y con la corbata de lino poco apretada. Su cabello estaba

desordenado; parecía que se habría pasado las manos por él varias veces después de abandonar la habitación de su hermana. Permaneció de pie al lado de la puerta mientras su mirada azul recorría a Sara de arriba abajo.

Robert se aclaró la garganta y se acercó a ella vacilante. Lo cierto era que cuando le había pedido que lo esperara en la biblioteca había tenido la intención de echarle un buen sermón y enviarla de nuevo a su condenado pueblo. Pero, después de observar la actitud de Sara con

su hermana, no estaba tan seguro de que la influencia de aquella mujer fuera del todo negativa para Mary.

—¿Y bien, señorita Brown? — dijo mientras pasaba a su lado dirigiéndose a la ventana.

Sara se quedó inmóvil como un pajarito hipnotizado por una serpiente a punto de devorarlo. Se movía como un felino hambriento en su jaula, y Sara se temía que ella iba a servir de almuerzo aquella mañana.

—¿Y bien, qué, milord? — exclamó Sara poniéndose todavía

más nerviosa.

Él pareció disgustado con la pregunta.

—¿Cómo que qué? —Resopló de mal humor mientras se giraba hacia el ventanal—. ¿Qué ha ocurrido esta mañana?

"Allá vamos. ¡Que comience el sacrificio!", pensó Sara con sarcasmo.

—Su hermana se lo contó todo. No sé más que ella, ya que no estaba allí.

A Sara no se le pasó por alto que Mary no había mencionado al señor Lezcano en la explicación

que habría dado a su hermano. Así que intentó no traicionar a su amiga.

—Esa es precisamente la cuestión. ¿Por qué no estaba allí?

—El balón se nos escapó y fui a buscarlo.

— ¡A Mary no se la puede dejar sola! —exclamó él con furia contenida mientras se volvía y la miraba de frente.

Era suficiente. Iba a regresar a Ravenhill en el próximo coche, pero antes le diría al conde lo que llevaba años pensando.

— ¡Mary es una mujer

adulta, señor! —Estalló con rabia mientras agitaba un dedo en el aire para enfatizar su discurso—. Ella s3lita es capaz de tomar determinaciones y decidir sobre sus actos. Ella es la 3nica responsable. Solo ella decidi3 ir en busca del sombrero y, afortunadamente, solo se llev3 un buen susto. Pero...

Robert se dej3 caer abatido en una de las butacas de cuero que hab3a cerca del cristal y, con gesto infinitamente cansado, apoy3 los codos en las piernas y se cubri3 la cara con ambas manos.

Sara enmudeció de repente. ¿Por qué no había comenzado a chillarle y cuál era el motivo para parecer tan abatido? Pasaron varios minutos, pero él no cambió de posición.

Una sensación de angustia comenzó a apoderarse gradualmente de ella. ¿Estaría enfermo? Atravesó la estancia y fue hacia el conde con cautela.

Sara se agachó frente a él.

—¿Milord? —dijo, tocándole levemente el brazo—. ¿Se encuentra bien?

Robert notó el tacto de la

mano de Sara sobre su antebrazo tan suave como una pluma. Lentamente apartó las manos de la cara y se sorprendió al verla tan cerca y con el semblante ligeramente turbado. Ansioso por sentir su contacto de nuevo, atrapó la mano de Sara entre las suyas y la miró con desesperación.

—Me atormenta que pueda sucederle algo malo —exclamó.

Sara casi perdió el equilibrio por la sorpresa. Se habría caído hacia atrás hasta dar en el suelo, si no hubiera sido porque el

conde la asió de repente. Su mano parecía infinitamente pequeña entre las de él. Tenía las manos fuertes, con los dedos largos y bien formados. Desde tan cerca podía percibir su olor a lino almidonado, sándalo y tierra mojada. Una extraña languidez pareció invadirla. Mientras, un ligero cosquilleo fue extendiéndosele por el brazo y despertando cada una de las terminaciones nerviosas bajo su piel.

—¿Milord? —musitó confusa.

—Últimamente parece no estar

complacida con nada. Se ha vuelto caprichosa y consentida. —Su tono revelaba gran frustración e impotencia—. Y cuando algo no le conviene, nos aflige con sus lágrimas y su desgracia.

Un rayo de luz pareció atravesar la espesa niebla en la mente de Sara y comenzó a comprender lo que sucedía. Ahora entendía a lo que Luton se refería y por qué parecía tan angustiado.

—Sí, ya me he dado cuenta de que Mary tiende a auto

compadecerse a menudo.

Robert la observó detenidamente, como si la viera por primera vez.

—¿Y por qué piensa que lo hace?

—Pues para conseguir lo que quiere —dijo con evidencia—. Y creo que esa actitud es fruto de un exceso de protección.

—O sea, que la culpa es mía —contestó enfurruñado.

—Yo no he dicho eso. —Sara sonrió para restarle gravedad—. Pero creo que es un error tratar a Mary como a una niña pequeña.

Todos la hemos protegido en exceso por su enfermedad, y eso ha impedido que aprendiera a hacerse responsable de sus acciones.

Robert se levantó de la butaca y, sin soltar su mano, la ayudó a incorporarse mientras la miraba con atención.

—¿Y usted propone...?

—Mary debe aprender de sus errores como todo el mundo —dijo con suavidad—. Pero, para eso, hay que dejar que los cometa. Mi padre siempre decía que equivocarse es un derecho

de todo ser humano.

El conde la observó pensativo.

—Lo único que quiero es protegerla —murmuró angustiada, como si en realidad no supiera cómo hacerlo.

Aquella confesión casi derritió de ternura a Sara. Siempre había pensado que Luton era una persona fría y sin corazón. Pero solo era un hombre que trataba de salvaguardar a aquellos a los que quería y que creía, tal vez erróneamente, que Mary necesitaba ser protegida del resto del mundo.

Robert bajó la vista hasta su mano y la contempló con detenimiento. Era una mano pequeña y, aunque suave al tacto, presentaba algunos endurecimientos por el trabajo y unas manchas de tinta antiguas que todavía no habían desaparecido. Sin darse cuenta, comenzó a trazar pequeños círculos con el pulgar en el dorso de su muñeca. Nada le había parecido tan grato como el tacto de aquella sedosa piel.

La intimidad del contacto y la suavidad de la caricia casi la hicieron gritar. Sara quiso apartar

la mano de un tirón, pero él se la atrapó lanzándole una mirada de reproche.

Algunos rizos negros se habían escapado de su improvisado moño enmarcándole el rostro. Sus pestañas eran tan largas que proyectaban pequeñas sombras en sus mejillas. Y su boca... Robert estuvo a punto de relamerse. Era como estar ante el más delicioso manjar del mundo.

La piel de Sara se tiñó lentamente con un suave rubor delator. Aquel inocente gesto lo conmovió en lo más hondo al

comprender que su contacto la afectaba tanto como a él. Robert tiró suavemente de su mano y la aproximó todavía más. Un ligero aroma a flores y a jabón llegó hasta sus fosas nasales. Deseaba tanto tocarla que le hormigueaban los dedos.

A Sara se le hacía difícil respirar. Estaba tan cerca de él que tenía que alzar la vista para verle la cara. Era un hombre tan grande y viril que parecía dominar cualquier estancia con solo entrar. Con sus altos pómulos, sus brillantes ojos azul cobalto y su poderosa mandíbula,

irradiaba más fuerza y poder que cualquier otro hombre que hubiera conocido.

Robert siguió acercándose hasta que sus cuerpos chocaron.

Sara tuvo que agarrarse con la mano libre a su antebrazo para no perder el equilibrio. Él soltó sus manos y le rodeó la cintura atrapándola entre sus fornidos brazos. Sus piernas se tocaron en un contacto íntimo. La cintura de Sara estaba completamente arqueada y pegada a la de él, y sus pechos se aplastaban contra su fuerte torso con cada

respiración. Sara notó su aliento cálido en los párpados.

—Dígame una cosa, señorita Brown, ¿la han besado alguna vez?

Una fría sensación de pánico la asaltó. Iba a besarla. Eufórica, Sara introdujo sus brazos entre los dos cuerpos y se revolvió bruscamente.

—¡Suélteme ahora mismo!

—Primero, conteste a mi pregunta. —Su voz era suave, tentadora, y no mostraba el menor signo de esfuerzo.

Sara comprendió que no podía

hacer nada contra su fuerza. Cuanto más se agitaba, más cerca estaba de él y mayor intimidad adquiriría el abrazo. Así que levantó la vista y lo miró directamente a los ojos.

—Me han besado más de un millón de veces —dijo alzando ligeramente el mentón con orgullo—. Y soy yo quien elige a los hombres que beso, y usted, milord, no está en mi lista.

Un extraño brillo atravesó las profundidades de aquellos ojos azules. Subió la mano hasta la parte posterior de la cabeza de

Sara y la empujó hacia él. Su boca buscó la de ella hasta que se unieron en una caricia inesperada y deliciosa. Sus labios, calientes y húmedos, se movían sobre los de ella suavemente, tentándola e instándola a que abriera la boca y lo dejara penetrar en su sedosa intimidad.

Sara cerró los ojos, sofocada. Paralizada por el electrizante cosquilleo que recorrió todo su cuerpo, apretó los labios con fuerza en un último y angustioso intento por mantener el control. Las altas estanterías, los libros, las sillas... la biblioteca entera

pareció desintegrarse a su alrededor. Algo en su interior despertó, algo que había permanecido aletargado durante mucho tiempo. Todo su ser fue sacudido por un urgente deseo, tan intenso e infernal que no pudo resistirlo. Se puso de puntillas y deslizó sus manos a lo largo de su fuerte torso. Era demasiado alto, pero al inclinarse sobre ella le permitió rodearle el cuello con los brazos. Sara abrió tímidamente los labios y emitió un ronco gemido cuando sintió la cálida invasión de su lengua. Notó entonces el violento

estremecimiento que recorrió el cuerpo del conde y cómo contenía el aliento.

Robert incrementó la presión de su abrazo todavía más. Sus manos le temblaban al contener el deseo de arrancarle el vestido allí mismo. Quería estar más cerca de ella, envolverla por completo, saborearla y tomarla de mil maneras distintas. Ahogando un gemido contra su boca, aumentó la profundidad del beso. Deseaba más, más... Los dedos de Sara se enredaban y jugueteaban con su pelo produciéndole pequeñas

descargas eléctricas con cada caricia. Si no se detenía de inmediato iba a volverse loco.

Los fornidos brazos de Luton recorrían frenéticos su espalda y la aprisionaban con ardor contra su recio cuerpo. La cabeza de Sara daba vueltas y el pulso le martillaba violentamente contra las sienas. Las piernas le temblaban y no habrían podido sujetarla si no hubiese sido por que permanecía enganchada a su musculoso cuello. Sara nunca había imaginado un beso parecido. Desde luego, aquello no era nada comparable a los

tímidos e inexpertos besuqueos que había compartido en la trastienda de la librería con el señor... el señor... ¿cómo se llamaba? ¡Burton! Su apreciado y buen amigo Henry Burton.

A lo lejos, unos ligeros toques en la puerta parecieron expulsarlos con violencia del hechizo en el que ambos habían caído. Incapaz todavía de apartarse de ella, el conde se colocó de espaldas a la puerta y ocultó a Sara tras él.

Los dos respiraban agitados y con dificultad.

—¿Quién es? —preguntó él con irritación. La tímida voz de un lacayo llegó desde la otra punta de la habitación.

—Milord, nos dijo que le avisáramos cuando el señor Lezcano regresase del paseo. Lo espera en el estudio, señor.

Robert suspiró resignado.

—Gracias. Iré enseguida.

El suave clic de la puerta al cerrarse devolvió a Sara a la realidad y se revolvió furiosa entre sus brazos.

—¿Está loco? —siseó—. ¿Se da cuenta de lo que habría pensado

si me hubiese visto? ¿Cómo se le ha ocurrido?

Robert bajó la cabeza y le cerró la boca con un ligero, pero contundente beso.

—Nunca le habría permitido acercarse —murmuró conciliador.

Fatigada y mareada por todas las sensaciones que aún la acometían, Sara lo empujó con fuerza. Pero su cuerpo, duro como una roca, no se movió ni un milímetro.

—¡Suélteme de una vez!

—Está bien, la soltaré —dijo sonriente—. Pero antes,

reconozca que no han sido tantas.

—¿Tantas qué?

Una sonora carcajada escapó de la garganta de Robert mientras la estrechaba todavía más.

—Creo que, y valiéndome de la respuesta a mis caricias —su tono era eficiente, como el de un científico explicando su tesis—, no la han besado más de... ¿una, dos veces?

Sara abrió los ojos y la boca sobrecogida, como si le hubieran arrojado agua helada. De modo

que todas aquellas demoledoras caricias no habían tenido otro propósito que evidenciar su falta de experiencia. Había ido allí esperando gritos y que la echara de su casa, pero nunca se habría imaginado que pretendiera humillarla de una forma tan horriblemente dolorosa. Luchó con todas sus fuerzas, braceando y pataleando hasta que el conde la liberó.

Sara trastabilló hacia atrás, pero la poderosa ira que sentía le devolvió enseguida el equilibrio. Y levantando su brazo derecho, le propinó un sonoro bofetón.

La mejilla de Luton se enrojeció al instante. Sorprendido, se llevó la mano a la cara.

—No vuelva a tocarme nunca más. Mis besos son asunto mío y de los caballeros a los que decido concedérselos. Y a usted, estúpido arrogante presuntuoso, no se los he concedido. —Su voz era grave y sentía su interior arder de rabia—. ¡No se los concederé jamás!

Todavía temblando, Sara se recogió las faldas y abandonó rápidamente la biblioteca dando un sonoro portazo al salir.

CAPÍTULO 10

MIENTRAS TANTO, MARY DORMÍA PLÁCIDAMENTE BAJO LA CÁLIDA COLCHA DE SU cama. En cuanto se tomó el té y su hermano salió de la habitación, su intención fue llamar a alguna criada para que la ayudara a ir hasta su salita particular. Allí podría escuchar lo que Robert le decía a su prima con solo pegar la oreja al tabique, ya que el conducto de la chimenea francesa de la biblioteca ascendía a través de la pared de sus estancias privadas. No tenía otra forma de

enterarse de las cosas que pasaban en aquella casa. Siempre la apartaban de todo lo que ocurría, de cualquier decisión. Así que solo para mantenerse informada de aquello que la afectaba, aprendió a "poner la oreja"; y, para eso, las chimeneas del primer piso de la mansión siempre habían sido sus aliadas: la de la biblioteca ascendía por su salita privada, mientras que la del estudio de Robert lo hacía por su habitación. Con su sistema de escucha controlaba la biblioteca y el estudio de su hermano: las habitaciones de la casa en las que

se trataban los temas más importantes.

Pero aquella mañana de fuertes emociones, no le quedaba ni siquiera un ápice de energía para tirar del cordón que había sobre el cabecero de la cama y llamar a su doncella. Estaba agotada, cada músculo de su cuerpo se resistía a obedecerla. Lentamente, sus párpados se fueron aflojando y cerrando hasta que se quedó sumida en un reconfortante sopor.

Su penúltima reflexión antes de quedarse completamente

dormida fue que podía estar tranquila por la permanencia de su prima allí. Robert le había prometido no echar a Sara, y sabía que su hermano era un hombre de palabra y jamás rompería una promesa. No obstante, y contra toda voluntad, dos penetrantes ojos negros se colaron en su último pensamiento antes de abandonar la conciencia.

Mary soñó que alguien llamaba levemente a su puerta y, después de unos momentos de espera, una sinuosa sombra se deslizaba en el interior de su dormitorio.

Sus pasos eran ligeros como el aire y apenas dejaban huella en la mullida alfombra del suelo. Se movía sigilosamente y depositaba algo cerca de ella. Pero después no se marchaba, permanecía de pie a su lado observándola mientras velaba sus sueños.

Mary abrió los ojos sobresaltada. Respiraba aguadamente y unas pequeñas gotitas de sudor perlaban su frente. Se incorporó rápidamente clavando los dedos en el colchón. Pero no vio a nadie. Allí no había ninguna sombra. Gracias a Dios, todo había sido una pesadilla.

Volvió a recostarse decidida a llamar a la criada para darse un baño. Pero cuando volvió la cabeza algo llamó su atención: su sombrero favorito yacía sobre la mesilla. Creyó que todavía seguía soñando y decidió comprobarlo. Así que alargó el brazo y tomó la prenda. No, era real, tan real como la lluvia que en aquel momento escurría por el cristal. Lo estudió de cerca y comprobó que le faltaba una de las margaritas de tela que llevaba incrustadas, y que seguramente se había quedado enganchada en las espinas.

"Pero, ¿quién?", pensó. Pudo ser Sara, pero ella también era demasiado bajita para alcanzarlo, o algún criado; o Robert, que salió en busca del espino en la que estaba prendido, se lo devolvió, y después fue a hablar con su prima. "No, poco probable". O quizá fuera...

Un escalofrío le recorrió el cuerpo al recordar su pesadilla. Paralizada, su nombre le salió en un susurro: "el señor Lezcano".

La idea de que Diego Lezcano entrara en su habitación para contemplarla mientras dormía la

alteraba de forma desproporcionada. Desde luego que no era ético que un caballero que no fuera de la familia entrase en el dormitorio de una dama, pero su desazón iba más allá de las buenas formas del decoro. El hecho de que regresara al espino para recoger su sombrero favorito para devolvérselo, después de haberlo insultado, la colmaba de una extraña calidez y despertaba en su cuerpo emociones que una mujer como ella no debía ni tan siquiera pensar. De repente, una profunda lástima de sí misma embargó su

alma y la dejó prácticamente sin aliento. Observó sus inertes piernas cubiertas por la colcha y lloró, lloró desconsoladamente abrazada a su pobre sombrero sin margarita.

A Robert le hervía la sangre mientras recorría a grandes zancadas el largo corredor hasta su estudio. Y no era debido a las duras palabras de la señorita Brown, ni al bofetón, que bien merecido se lo tenía; su enfado monumental era consigo mismo. Había ido a la biblioteca con la

intención de darle un pequeño sermón sobre la seguridad de Mary, y había terminado... Robert se detuvo en seco atormentado por su actitud con la joven. Se había comportado como un loco. La besó y acarició como un cretino en celo. Y si no llegan a ser interrumpidos, Dios sabía adónde habría llegado. Aquel pensamiento lo hizo gruñir enfadado mientras se pasaba la mano por el pelo.

Ella lo había provocado, eso era cierto. Nunca le dijo que fuera a besarla; solo le preguntó cuántas veces lo había hecho y,

sin embargo, ella lo desafió para que no se acercara. Pero, aun así, debía reconocer que se moría de ganas de besarla. Llevaba mucho tiempo deseándolo, soñándolo. La chica lo había fascinado profundamente desde el día en que la conoció. Pero desde hacía tres años su ansia había crecido más cada día; y ahora que compartía su casa no dejaba de pensar en ella ni por un instante.

Aquel comportamiento escandaloso no era propio de su carácter justo. Si quería hacer honor a su sentido de decoro y de justicia, no le quedaba otra

alternativa: tendría que disculparse con ella y prometerle que no volvería a pasar. Bueno, quizá no prometérselo, pero asegurarle que haría cuanto estuviera a su alcance para mantener sus manos apartadas de ella. "Absurdo", pensó Robert indignado mientras entraba en el estudio. "Esto es completamente absurdo".

—Ponme otra a mí, ¿quieres?

Lezcano se servía una copa tras el mueble de los licores. Tenía aspecto cansado y contempló ceñudo entrar a su amigo.

—Cómo no —dijo con una media sonrisa sarcástica—, tú pareces necesitarlo tanto o más que yo. ¿Qué te sucede?

Robert atravesó la estancia y, frotándose los ojos, se dejó caer pesadamente en el gran sillón del escritorio.

—Mi hermana —contestó, omitiendo el resto de preocupaciones—, se cayó sobre un rosal.

El ceño de Lezcano se hizo más profundo.

—Sí, ya lo sé.

Robert lo miró con aire

cansino.

—¿Y cómo lo sabes?, si puede saberse.

Diego le tendió su copa y se sentó frente a él.

—Porque yo la ayudé a soltarse —explicó antes de dar un buen trago a su brandy.

El fuerte líquido le quemó la garganta y lo ayudó a mitigar los pensamientos indecorosos acerca de cierta señorita, unas espigas, un sombrero y unas enaguas; y la misma señorita dulcemente dormida, con el doloroso aspecto de una princesa de cuento

completamente inalcanzable para él.

—¿Ah, sí? —preguntó Robert entrecerrando los ojos con suspicacia.

Lezcano asintió. Tragó saliva intentando que Luton no percibiera su turbación.

—Me la encontré cuando salí a pasear, vi que estaba en apuros —continuó rápidamente— y la ayudé a desengancharse el vestido.

Robert lo miraba en silencio.

—¿Y se puede saber por qué no viniste a contármelo

inmediatamente? Por una vez me gustaría ser el primero en enterarme de las cosas que le pasan a mi hermana —exclamó dándole a la palabra "mi" una entonación poco sutil.

—Seguí con mi paseo —mintió—. Después de todo, tu hermana ya estaba a salvo.

No podía decirle que había vuelto al rosal a recoger el sombrero, y que luego había ido al dormitorio de ella para devolvérselo; y, como dormía, había entrado a hurtadillas y había observado a su hermana

dormir mientras lo asaltaban unas ganas indomables de tumbarse junto a ella, abrazarla y despertarla con suaves caricias. "Diego, se dijo a sí mismo, tú sigue así y Luton te romperá la cara; y con toda la razón del mundo."

Robert trataba de dar con alguna explicación para el hecho de que Mary decidiera ocultarle que había sido Lezcano el que la había ayudado. Tomó un trago y miró a su socio por encima de la copa.

—Supongo entonces que debo

darte las gracias.

—De nada —dijo restándole importancia con un gesto de la mano—. Pero debo admitir que tenías razón con respecto a la señorita Brown: es una descuidada. Mira que dejarla sola.

Robert se movió incómodo.

—No, Diego, la culpa fue de Mary —murmuró apesadumbrado—. Debemos dejar de achacarle a otro sus errores o la convertiremos en una malcriada insoportable.

Diego lo miró sorprendido por

su cambio de actitud con respecto a Sara Brown. Aunque debía reconocer que su amigo tenía razón en lo que respectaba al carácter de su hermana. Todavía recordaba lo desagradable que había sido con él cuando solo quiso ayudarla. Sí, lady Luton ya no era la dulce señorita que había conocido años atrás. Se había convertido en una consentida desagradecida con una lengua muy afilada.

Diego se metió la mano en el bolsillo de su chaqueta y jugueteó con la pequeña flor de tela que había arrancado del

sombrero de paja. Absorto en sus cavilaciones, consideró detenidamente cuál sería la mejor forma de enseñarle a la condesita un poco de educación y disciplina.

CAPÍTULO 11

EN SWEET BRIER PATH SE DABA TODA UNA CELEBRACIÓN DE VIDA ANTES DE LA llegada del verano: brotaba en las flores de los árboles, desnudos en el invierno, que resucitaban durante aquellos meses primaverales; los animales se afanaban en la búsqueda de pareja y preparaban los nidos para las futuras familias; el clima se volvía inestable y, después de un buen chaparrón que apenas duraba unos minutos, el sol salía otra vez con fuerza de entre las nubes haciendo refulgir los

campos de arco iris cuando sus rayos se colaban a través de las gotas de lluvia atrapadas entre la verde hierba.

A Sara le encantaba aquel lugar. Puso una mano en el cristal, melancólica, y continuó observando la bonita vista desde la ventana. Había llegado a adorar las pequeñas rutinas de la mansión, sus charlas con Mary y sus largas caminatas por los maravillosos alrededores de la gran finca. Pero una extraña desazón la envolvía desde aquel día en la biblioteca. El recuerdo del beso de Luton se colaba en

sus pensamientos constantemente y, lo que era peor, había comenzado a apoderarse también de sus sueños. Solía despertarse empapada en sudor y jadeante, sacudida por violentas y desconocidas sensaciones arracimadas en el interior de su vientre.

Su gran enfado estaba más relacionado con su propia reacción que con la del conde; al fin y al cabo era un hombre y, aunque pareciera tímido y distante, quería lo mismo que todos: dominar y conquistar. Pero

su respuesta... Sara se mordió el labio inferior. Se había abalanzado en sus brazos como si se hubiera estado ahogando y él le ofreciese un poco de aire. Prácticamente lo había devorado devolviéndole todas las caricias con su misma pasión y ardor. Gimió de mortificación al recordar.

—¿Estás bien?

La voz de Mary la arrancó de sus pensamientos. Soltó el fino encaje blanco de la cortina de la habitación de su amiga y se volvió hacia ella.

Mary la miró con preocupación.

—¿Qué te pasa? Llevas unos días muy rara —su tono era suave—. Pareces triste. ¿Echas de menos tu casa?

Sara le sonrió y negó con la cabeza. No podía decirle cuáles eran los pensamientos que la atormentaban.

—No, debe de ser la primavera.

Su amiga le lanzó una mirada pícaro.

—Que la sangre altera.

Sara no pudo evitar ruborizarse ante el comentario de Mary. Sí, eso debía de ser: la primavera.

Porque desde luego que su sangre estaba de lo más alborotada últimamente.

—¿Vamos otra vez? —preguntó Mary.

Sara asintió sonriente y la tomó por la cintura para ayudarla a incorporarse mientras se sujetaba en las barras paralelas con las manos.

Desde el accidente en el jardín, Mary se había esforzado mucho más con sus ejercicios. Después de perder el balón fortificante, ambas habían comenzado a encerrarse durante toda la

mañana en su habitación para practicar con las barras. Mary se agarraba con las manos a los extremos de madera e intentaba, sin mucho éxito, incorporarse por sí misma. Sara la tomaba entonces por la cintura para ayudarla y, una vez de pie, Mary se sujetaba con fuerza a las barras intentando que sus piernas la obedecieran y dieran su primer paso. Sara se agachaba a los pies de su amiga y le tomaba los tobillos colocándole uno delante del otro hasta que recorrían toda la longitud de los barrotes.

Sara finalizaba las sesiones de ejercicio despeinada y con el vestido arrugado. Pero los titánicos esfuerzos de Mary, la hacían transpirar hasta que las gotitas de sudor le caían por la cara y le empapaban la ropa. Cuando terminaban, su bonito pelo rubio se le pegaba empapado a la cabeza, y permanecía jadeante de cansancio durante varios minutos después de cada sesión.

Sara, preocupada, intentó convencerla en varias ocasiones para que bajaran el ritmo de los ejercicios. Pero su petición fue

siempre descartada por su amiga y su energía renovada, tras su accidente en el jardín. Sara suponía que aquel susto había alarmado a Mary y la había llevado a intentar ganar mayor movilidad con todas sus fuerzas.

Desde su encuentro en la biblioteca, Sara había visto al conde solo un par de veces. Aquella misma semana, él y el señor Lezcano habían trabajado en un proyecto que los había mantenido ocupados durante la mayor parte del tiempo. Únicamente en dos ocasiones Luton y su socio habían acudido a

cenar al comedor con el resto de la familia. Durante aquellas cenas, Mary se comportó de forma nada habitual en ella: callada y distante. Lo que convirtió ambas veladas en unos silenciosos encuentros en los que cinco comensales se observaban con el único acompañamiento sonoro del tictac del reloj y de los cubiertos al chocar con los platos. La condesa se sentaba frente a Mary y miraba con desconfianza cómo la muchacha no levantaba los ojos del plato. El lugar que ocupaba Sara en la mesa estaba frente al señor Lezcano que la

observaba con desinterés mientras lanzaba suspicaces miraditas a Mary por el rabillo del ojo. Y Luton, a la cabeza de la mesa, contemplaba ceñudo a todos; ceño que se volvía más profundo cuando sus ojos se posaban en Sara.

Una mañana llegó un correo de Londres para el conde con la noticia de que un accidente en una de las fábricas de su compañía había costado la vida a dos hombres. Este hecho obligó a Luton y a su socio a viajar hasta la ciudad para iniciar una investigación y conocer de

primera mano las causas del suceso.

Habían pasado ya varias semanas desde la partida de los dos hombres y los hábitos en Sweet Brier Path no habían sufrido grandes variaciones. Desde antes del amanecer las dos muchachas se afanaban en sus actividades hasta el mediodía, que era cuando daban por finalizada la sesión de ejercicios y Mary se daba un baño previo al almuerzo. Después de comer, Mary se retiraba agotada a descansar durante unas horas. Sara agradecía esos momentos a

solas en los que se dedicaba a recorrer la enorme finca y a descubrir sus encantadores rincones. Casi siempre llevaba algún libro para su paseo y, cuando encontraba algún lugar propicio, se abandonaba durante horas a las aventuras y desventuras de los protagonistas de sus lecturas. Así, un hueco en el tronco a la sombra de algún viejo árbol o un prado de hierba caliente por el sol al lado del río, se convirtieron en los mejores refugios para ella.

Aquella mañana, Mary y Sara habían trabajado hasta más

tarde. Antes de que Mary se retirara al baño, le dijo que estaba muy cansada y que prefería no almorzar con ella en su salita como hacía a diario.

Sara la miró preocupada.

—Pero, Mary, tienes que comer. Si no, no resistirás el ritmo que llevas.

—Mandaré que me preparen unos sándwiches y me los tomaré en la cama —contestó sonriente—. Creo que voy a dormir durante dos días.

—Te despertaré antes de las cinco, como siempre.

Mary le dirigió una mirada de falso reproche.

—Oye, tirana, ¿sabes que pronto va a ser mi cumpleaños?

—preguntó divertida mientras empujaba su silla hasta el cuarto de baño—. Si sigues siendo tan déspota, no pienso invitarte.

—Falta más de un mes para eso —respondió Sara riendo—. Todavía puedo redimirme. Además, si va a venir Margaret Hindley, no debería asistir. Por lo del incendio, ya sabes...

Mary se paró y giró hacia su prima.

—Ni siquiera se te ocurra pensarlo —dijo amenazante.

Se acercó de nuevo a Sara y bajó la voz en tono confidente.

—Ahora es lady Chelsea, se casó con un viejo vizconde sin herederos. Creo que nuestra querida Margaret esperaba que su marido se muriera pronto y la dejara como única beneficiaria de su pequeña fortuna. Pero el vizconde duró más de lo esperado; ya tienen dos hijos y esperan pronto el tercero.

Una sonrisa perversa se dibujó en los labios de Mary.

—¿Justicia divina? —concluyó encogiéndose de hombros.

Sara la contempló con la boca abierta y los ojos como platos.

—¡Mary! —la reprendió—. Eres una bruja.

Mary no pudo evitar una carcajada al ver la cara de Sara.

—Pues si quieres evitar que te eche una maldición —murmuró señalándola con el dedo—, ni se te ocurra volver a decir que no asistirás a la celebración de mi cumpleaños. Y, además...

La observó de arriba abajo.

—¿Qué? —exclamó Sara

incómoda con el escrutinio.

—Quiero que me dejes regalarte un vestido para la fiesta.

—¿Por qué?

—Si no contamos un vestido marrón y otro gris, francamente horribles, todos tus demás trajes fueron míos, y tú eres más alta. No te quedan bien.

Si cualquier otra persona en el mundo le hubiese hablado de aquella forma, Sara se habría molestado enormemente. Pero Mary no pretendía ofenderla, solo se limitaba a constatar un

hecho: su guardarropa era un auténtico desastre. Todos los vestidos de Mary le quedaban mal, y el poco dinero que había podido invertir en ropa, lo había gastado en dos prácticos vestidos de viaje. Ambos con una tela decente y buen corte, pero totalmente sosos y carentes de adornos. Se acordó de que había traído un vestido negro que había pertenecido a su madre: el diseño era algo anticuado, pero podría servir para una fiesta.

—He traído un traje de noche —dijo Sara tajante—. Es sencillo, pero seguro que sirve. Y además

—concluyó triunfal—, es tu cumpleaños, se supone que tú debes ser la agasajada.

Mary la miró con una sonrisa radiante.

—Pues entonces me gustaría que me regalaras el placer de diseñarte un vestido y de que mi costurera te lo cosiera para lucirlo en mi fiesta.

—Creo que prefiero hacerte una tarta, ¿qué te parece?

Su prima negó con la cabeza.

—Bueno, pues ya se me ocurrirá algo más original —Sara la miró desafiante—. Pero nada

de vestidos.

Mary descartó sus palabras con un gesto de la mano. La doncella llegó en aquel momento y se dejó empujar por ella hasta el baño.

Sara sonrió, sabía que volvería a discutir aquel tema con ella. No solía darse por vencida tan fácilmente.

Los pensamientos de Sara volvieron a sus planes para aquella tarde. La idea de Mary de almorzar con un sándwich le pareció de lo más tentadora, y la posibilidad de comérselo mientras se tumbaba a leer en

algún rincón a la sombra terminó por conquistarla. Salió entusiasmada del cuarto de su amiga en dirección al suyo. Primero iría a arreglar un poco su aspecto y después le pediría a la cocinera que le preparase lo mismo que a Mary para, por último, salir a disfrutar de aquella bonita tarde de finales de mayo.

Cuando todavía faltaban horas para que amaneciera, Robert descendía de su carruaje y subía alicaído la escalinata de entrada de Sweet Brier Path. Su viaje a

Londres había resultado agotador. Por desgracia, una de las máquinas de su fábrica de locomotoras había estallado y se había llevado por delante a dos buenos trabajadores. Él y Lezcano acudieron a evaluar los daños en la cadena de producción y a hacer una estimación de los costes para la reparación. Iniciaron también los trámites para indemnizar a las familias de los dos trabajadores fallecidos.

Aunque en ninguno de sus negocios se contrataba a mujeres o a niños, y sus condiciones laborales eran las mejores del

Reino Unido, Robert no podía evitar cierto grado de culpabilidad cuando alguna fatalidad como aquella acontecía. Lezcano era mucho más práctico que él. "Responsables, sí; culpables, nunca", solía decir su amigo. Porque, a pesar de despreciar por igual a los empresarios que contrataban a mujeres y niños para explotarlos, Lezcano creía que proporcionar trabajo a los hombres a cambio de la posibilidad de alimentar a sus familias y tener un techo bajo el que vivir, enorgullecía y dignificaba su labor y la de su

socio al frente de la gran agrupación comercial que mantenían.

Abatido, Robert pidió al servicio que no se anunciara su llegada porque pensaba dormir durante buena parte del día. Subió a su habitación y se dio un largo baño caliente para relajar los músculos doloridos por el fatigoso viaje. Se acostó en su gran cama de madera labrada disfrutando del tacto de las sábanas de lino.

Pero no se durmió enseguida como esperaba, sino que

permaneció largo rato mirando fijamente el dosel de terciopelo morado. La imagen de una mujer venía una y otra vez a su mente, manteniéndolo despierto durante bastante tiempo. Estaba contento de regresar a casa después de un tiempo fuera. Tenía ganas de ver a su madre y a Mary, pero sobre todo, se moría por volver a ver a Sara. Le gustaría contarle cómo le había ido en el viaje, lo que había pasado y abrazarla mientras ella le susurraba palabras de consuelo al oído.

Pero Robert quería más.

Un beso no era suficiente. Quería contemplarla a la luz de las velas y recorrer cada curva de su figura mientras degustaba su piel a grandes bocados. Inquieto, se revolvió de nuevo bajo las sábanas y se colocó boca arriba.

Aquellos pensamientos siempre habían estado allí, aunque durante años consiguió mantenerlos a raya; bien bajo su fachada de excesiva formalidad, o bien a fuerza de guardar las distancias.

Pero desde que la besó en la biblioteca, solamente podía

pensar en una cosa: volver a hacerlo.

Durante su viaje a Londres no acudió ni una sola noche a buscar la compañía de alguna de sus amigas, ni siquiera se había dejado ver por los salones de juego para beber, fumar, o dejarse seducir por las bellas cortesanas. Simplemente, no pudo.

Profundamente frustrado, suspiró tapándose los ojos con el antebrazo. "Y todavía tengo que disculparme por lo ocurrido, pensaba mortificado; debo

pedirle perdón por besarla y no sé cuánto tiempo más podré mantenerme lejos de ella".

Robert abrió los párpados y advirtió que debía haberse quedado dormido, puesto que un hilo de brillante luz se colaba entre las gruesas cortinas de la ventana y la casa bullía ya con la actividad frenética de los criados.

Se levantó y se vistió impaciente por volver a sus rutinas.

Su madre lo recibió en su salita privada. Pero solo lo acompañó durante unos minutos pues,

como le explicó, sus jaquecas habían empezado de nuevo y permanecía en la cama buena parte del día.

Después fue a ver a Mary, quien también dormía la siesta. Así que se marchó a su estudio con la intención de poner al día su trabajo.

Wallace, el viejo y huesudo mayordomo, llamó a la puerta.

—¿Puedo ofrecerle algo, milord?

—Sí, Wallace. Hoy almorzaré aquí.

—Muy bien, señor.

El mayordomo hizo una reverencia y se dispuso a salir.

—¿Wallace?

—Sí, milord —dijo girándose de nuevo hacia él.

—¿Cómo ha ido todo durante mi ausencia?

Una sonrisa ligera se dibujó en la cara de bonachón del sirviente.

—Todo ha ido bien, señor.

Robert tomó un folleto que había sobre la mesa y lo observó distraídamente.

—¿Y la señorita Brown? —preguntó con tono indiferente.

—Oh, ella ha salido, milord.

Robert clavó los ojos en el criado.

—¿Cómo que ha salido?
¿Adónde?

—Creo que ha ido a dar un paseo, señor.

—¿A la hora de almorzar? —
exclamó bruscamente.

El mayordomo se movió inquieto.

—Bueno, ella bajó hace unos momentos y le pidió a la cocinera que le preparase unos bocadillos. Creo que su intención era comérselos fuera, señor —

concluyó sonriente.

—Muy bien, Wallace. Puede retirarse.

El mayordomo asintió.

—Y... Wallace. No ordene mi comida —dijo pensativo—. No almorzaré aquí.

—Muy bien, señor.

Cuando el mayordomo cerró la puerta, Robert se volvió hacia el gran ventanal con las manos entrelazadas a la espalda. Con gesto pensativo hizo girar rápidamente sus pulgares. ¿Adónde habría ido?

Se volvió y partió del estudio a

grandes zancadas con una amplia
sonrisa dibujada en los labios.
"Da igual. La encontraré".

CAPÍTULO 12

SARA DECIDIÓ SEGUIR SU RUTA HABITUAL. PRIMERO RECORRIÓ EL CAMINO DE TIERRA que atravesaba la verde campiña hasta el bosque más próximo a la mansión, luego siguió el curso del río entre los árboles hasta llegar a un pequeño claro donde la corriente hacía un remanso y formaba una pequeña laguna. Aunque el día era soleado, el calor aún no era tan excesivo como para refugiarse a la sombra.

Sara observó la fina hierba

plagada de margaritas, tenía un aspecto tan mullido y tentador que decidió enseguida que aquel sería el lugar ideal para comerse un bocadillo mientras leía.

Dejó la bolsa que cargaba al hombro en el suelo. Se sentó a unos pasos del agua y suspirando, se abrazó a las piernas con aire soñador. Miró al cielo azul, disfrutando de la suave y fresca brisa que jugueteaba con sus rizos. Había decidido no recogerse el pelo ya que casi siempre resultaba de lo más inútil. Así que con la ayuda de dos pequeñas peinetas se lo

retiró de la cara prendiendo dos ligeros mechones en la coronilla. El esplendor del inminente verano eclosionaba por todas partes: la tierra fértil, el aire cálido, el agua plagada de actividad... Todo formaba un maravilloso conjunto bajo una misma razón de ser: la celebración de la vida.

Se dejó caer hacia atrás emocionada, y la envolvió enseguida la calidez y el frescor de la hierba. Suspirando, Sara observó cómo pasaban las nubes arrastradas por la suave brisa, y cerró los ojos arrullada por el

sonido próximo del agua y el trinar alegre de los pájaros en los árboles.

Robert la localizó enseguida.

Sabía que le gustaba caminar por el bosque. Así que allí fue a donde se dirigió en primer lugar.

Sara caminaba despacio y con aire distraído.

Divertido, Robert decidió ocultarse y comprobar a dónde se dirigía.

Los rayos de sol penetraban a través de las hojas de los árboles y resplandecían sobre la oscura melena que flotaba con libertad a

lo largo de la espalda.

Robert la observaba deseoso de formar parte de su aparente felicidad y bienestar.

La siguió hasta que llegó a un claro del bosque y decidió hacer un alto en el camino. La contempló sentarse y mirar al cielo para luego acostarse en la hierba. Un ligero espasmo de deseo lo recorrió de arriba abajo. Tenía ganas de ir hasta ella, tumbarse a su lado y hundir suavemente su cabeza en la blanca curva de su cuello y dejarse embriagar por el sabor de

su piel.

Temiendo asustarla y romper aquel hechizo en el que parecía haber caído, Robert se acercó sigilosamente. Era tan hermosa, que parecía una ninfa. Tenía el pelo esparcido alrededor de la cara, sus párpados estaban cerrados y su pecho subía y bajaba lentamente. Su respiración era constante y ligera. ¿Estaría dormida?

Una punzada de excitación le quemó las entrañas.

Una gran nube se interpuso entre ella y el sol. Asustada, se

incorporó con rapidez. No era ninguna nube la que la privaba de la luz del sol, sino la sombra de lord Luton que se cernía sobre ella mientras la miraba desde arriba.

Sara se llevó una mano al pecho.

—Me ha dado un susto de muerte, milord —exclamó disgustada por la interrupción—. No sabía que hubiera regresado de Londres.

—Llegué durante la madrugada —dijo, y su voz sonó más ronca de lo habitual. Ambos se

observaron en silencio.

—Lo siento, no pretendía asustarla.

—Pues entonces no debería haberse acercado tan sigilosamente. Maldita se^[^]. No sabía qué decir. Así que decidió sentarse en la hierba y hacerle un gesto para que ella lo acompañara.

Sara lo contempló con desconfianza. Pero cuando comprobó que sus gestos no denotaban ningún signo de amenaza, decidió aceptar la invitación y se acomodó a su lado

manteniendo una distancia prudencial.

Sara observó su perfil. Unas pequeñas sombras bajo los ojos indicaban un cansancio que, con probabilidad, se debía al largo viaje desde la capital. Llevaba una chaqueta de montar azul marino algo desgastada, pero de un corte perfecto que se ajustaba asombrosamente bien a sus fuertes hombros. Una camisa blanca de lino y una corbata del mismo color y material destacaban la bronceada piel de su cuello. Había decidido prescindir del chaleco, quizás por

el calor que hacía aquella tarde. Sus largas piernas iban enfundadas en un pantalón de color beige que en aquella posición revelaba todos los músculos de las extremidades.

La mirada de Sara vagó de nuevo hasta su rostro. La brisa le revolvía los mechones castaños. Los altos pómulos y la fuerte mandíbula revelaban un carácter vigoroso y contundente. Y su boca... aquellos labios la habían besado y explorado, y habían comenzado a colarse en sus sueños, para torturarla e incitarla de mil formas distintas.

Sara se mojó los labios con la lengua en un acto reflejo.

Robert notó que lo estudiaba. Una sacudida de excitación recorrió su piel. Giró velozmente la cabeza para verle la cara.

Cuando sus miradas se encontraron, ella se ruborizó al instante y apartó la vista rápidamente.

Sara arrancó una hierba y decidió terminar con aquel incómodo silencio.

—Lamento mucho lo que pasó en su fábrica. Mary me lo contó.

—Gracias. Pero por desgracia

es una situación bastante frecuente.

Sara lo observó y la conmovió que realmente le afectara lo que les sucedía a sus subordinados.

—¿Qué fue lo que ocurrió? — preguntó con voz suave.

—Un exceso de presión en una de las calderas la hizo reventar. La explosión mató a dos hombres.

—¿Eran jóvenes?

Robert la miró a los ojos. Su interés parecía auténtico.

—Leo tenía treinta años, mujer y dos hijos de diez y cuatro. —

Hizo una pequeña pausa y suspiró—. Harry tenía diecinueve; se acababa de casar y su esposa espera su primer hijo.

Sara se llevó la mano al pecho afectada.

—Es terrible. ¿Y qué va a ser ahora de ellos?

—La compañía ha dispuesto una pequeña renta vitalicia para las viudas y otra para los huérfanos, que se suspenderá cuando alcancen la mayoría de edad u obtengan su primer empleo.

—Pero eso está muy bien. Esas

familias ya no se quedarán desamparadas. —El genuino entusiasmo de Sara lo hizo sonreír.

—Por eso pensamos en esta medida. La única salida que les quedaba a esas mujeres y niños era ponerse a trabajar para ser explotados y malvivir el resto de sus vidas. Nuestros obreros son leales. En nuestras fábricas no hay revueltas, y la gente trabaja honestamente. ¿Qué mensaje daríamos a nuestros trabajadores si abandonásemos a sus mujeres e hijos cuando ellos ya no pueden cuidarlos, solo por haber

acudido responsablemente a su trabajo?

Miró a Sara, que sonreía con un extraño brillo en los ojos.

Mary le había contado que en las fábricas de su hermano y Lezcano no contrataban a niños y a mujeres. Pero aquella manifestación de lealtad con sus empleados sorprendió a Sara muy gratamente. Tal vez, y solo tal vez, bajo toda aquella arrogancia aristocrática de lord inglés, latiera el corazón de un hombre cariñoso y amable sensibilizado con las penurias de

los menos afortunados que él.

Volvió a observarlo, pero esta vez de forma distinta.

—Yo... me siento muy orgullosa.

Cuando lo pensó, ya lo había dicho.

Miró a Luton turbada. Él la observaba con una sonrisa de oreja a oreja que dejaba al descubierto una magnífica hilera de dientes blancos. Sus ojos azules parecieron brillar y unas pequeñas arruguitas se le formaron alrededor; y Sara pudo constatar, por fin, que eran

realmente preciosos cuando sonreía.

Se alegraba de tenerlo de vuelta. Mary la mantenía ocupada durante el día, pero lo cierto era que lo había echado de menos: sus debates a la hora de la cena, las veladas familiares, o la hormigueante anticipación que la recorría ante la posibilidad de encontrárselo en cualquier parte de la mansión. Sí, era un hecho: lo había extrañado, y mucho.

—Gracias —dijo él con una sonrisa—. Pero al fin y al cabo la riqueza que ahora invirtamos nos

será restituida tarde o temprano.
¿Era así?

Que hiciera tuyas sus palabras la hizo volar de placer.

—Estoy segura de que en este caso la actuación de su compañía va mucho más allá del dinero y los beneficios.

—No, en realidad no.

El tono de broma de su respuesta hizo sonreír a Sara. Robert tomó una pequeña piedra y la lanzó al río. Tenía algo que decirle y no podía retrasarlo más tiempo.

—Yo... siento mucho lo que

pasó antes de marcharme.

Giró la cabeza y la contempló completamente azorada. Sara bajó la mirada hasta la hierba y arrancó un puñado.

—Está olvidado —murmuró.

¿Olvidado? ¿Cómo que olvidado? Porque él no lo había olvidado ni por un segundo. De hecho, lo recordaba muy bien: la suavidad de sus labios, la calidez de su lengua, cada suspiro, cada maldito gemido había quedado condenadamente inmortalizado en su mente.

Robert abrió la boca para decir

algo y luego la cerró. Volvió a abrirla a continuación, pero no sabía qué demonios iba a decirle. Así que la cerró de nuevo.

Sara observó su confusión.

—Quiero decir que... acepto sus disculpas —explicó resuelta y visiblemente ruborizada—. Al fin y al cabo, yo también debería pedirle perdón por la bofetada.

"Ah, de modo que es eso, pensó aliviado; no lo ha olvidado".

Él se llevó la mano a la mejilla instintivamente.

—Bueno, me lo merecía.

Además, también me gustaría darle las gracias.

Sara lo observó interrogante.

—Me ayudó con Mary —explicó—, y lo que me dijo me hizo pensar.

Se miraron a los ojos y los dos sonrieron.

—Me alegra haberlo ayudado —declaró Sara solemne.

Un sonido de protesta proveniente de alguno de sus estómagos los distrajo.

Sara se llevó la mano a la tripa y se ruborizó.

—Oh, no he comido desde el

desayuno. He traído unos bocadillos, ¿tiene hambre?

Él asintió con una sonrisa. Aquella mujer era encantadora.

Ella desató la bolsa y le pasó un bocadillo de jamón.

—¿Ha traído suficientes? — preguntó Robert apartando la servilleta de lino en la que estaba envuelto. No quería quitarle el almuerzo.

Ella dio un mordisco a su emparedado y asintió.

—He traído muchos —contestó con la boca llena—. Coma.

CAPÍTULO 13

COMER CON AQUELLA MUJER ERA UN AUTÉNTICO MARTIRIO. ROBERT SE CONCENTRÓ en el río, en el viento, los cantos rodados, un pájaro... cualquier cosa. Porque sabía que si la miraba, se lanzaría sobre ella y la devoraría con el mismo interés escandaloso que ella mostraba por los bocadillos.

Inquieto, intentó apartar aquellos pensamientos de su mente.

—¿Qué lee? —preguntó.

Sara observó el libro que descansaba sobre la hierba y lo tomó entre las manos.

—Es un ensayo del señor Babbage sobre una máquina capaz de almacenar conocimiento, ¿no le parece fascinante? Mi padre me dijo que la verdadera autora era la hija del mismísimo Lord Byron; al parecer, una mujer de grandísima inteligencia y belleza.

Robert la miró con una sonrisa sarcástica.

—¿Y esa máquina existe, o solo es fantasía?

—Milord, no debería usted mostrarse tan escéptico. Imagínese lo que un mecanismo así podría representar para el mundo industrial.

—La única máquina capaz de almacenar conocimiento es el cerebro humano —dijo él ufano.

—Puede que solo de momento.

—De lo que estoy completamente seguro es de que, si existe, es sin duda obra de una mujer.

Sara le lanzó una mirada suspicaz.

—Explíquese.

—Un hombre nunca vería la necesidad de algo así. Todo está claro en nuestras cabezas —dijo señalándose la frente con el dedo índice—. Las mujeres, en cambio, presentan una forma de pensar completamente caótica. Lo que se manifiesta en su carácter imprevisible y absolutamente carente de lógica.

—¡Es la cosa más ridícula y machista que he oído jamás!

Robert contempló divertido su ceño fruncido y los hoyuelos que se formaban alrededor de sus labios cuando se irritaba. Tenía

que reconocer que le encantaba provocarla.

Sara se levantó y se sacudió las pequeñas migas que se le habían pegado a la falda.

Él se incorporó al mismo tiempo.

—¿Adónde va?

—Lo siento, milord. Pero creo que mi caótica forma de pensar me ha dado sed, y mi imprevisible carácter me va a llevar a la fuente en busca de agua. —Sara hizo una reverencia—. Si me disculpa.

Se dio vuelta, recogió el libro y

la bolsa y se alejó de él caminando lo más rápido que pudo.

No había conseguido dar dos pasos, y él ya estaba a su lado.

—Discúlpeme —dijo con aire contrito.

Sara le lanzó una mirada irreverente y siguió andando como si nada.

—No me siga.

—Tengo sed —masculló quejumbroso.

"¡Hombres!", pensó ella con fastidio poniendo los ojos en blanco.

El pequeño manantial brotaba casi oculto tras una pared de musgo y líquenes.

Sara se agachó, formó un improvisado recipiente con las manos, tomó agua y bebió.

Satisfecha, se incorporó y vio que la mirada de Luton bajaba hasta su boca. Sara comprobó confundida cómo sus ojos se volvían de un azul tan oscuro como el de las profundidades marinas.

Robert la contemplaba aturdido. Un hilillo de líquido se le había escapado de sus frescos

labios cayéndole por la barbilla. ¡Dios mío! ¿Es que aquella mujer no sabía lo tentadora que podía llegar a ser?

—¿No tenía sed? —exclamó ella impaciente.

Su mirada vagó de nuevo hasta aquellos labios húmedos. "Sí, de ti", pensó disoluto.

Robert se agachó inmediatamente e intentó imitar el gesto de Sara con las manos. Pero en cuanto llegaba a la boca, todo el líquido se le había escurrido entre sus largos dedos. Completamente frustrado

después de intentarlo una veintena de veces, Robert se incorporó y se secó las manos en el pantalón.

—¿No tiene un vaso? — preguntó contrariado.

Sara negó con la cabeza mientras lo contemplaba divertida con los brazos cruzados bajo el pecho.

—Pues yo no sé hacer eso con las manos. Se me cae toda —se quejó—. ¿Cómo demonios lo consigue?

Sara no pudo evitar sonreír ante su expresión derrotada.

Parecía un niño al que no le salía bien una tarea y se enfurruñaba al ver cómo sus compañeros la resolvían.

—Utilice su claridad mental masculina —contestó ella maliciosamente.

Él achicó los ojos y le lanzó una mirada de profundo reproche.

—Rencorosa.

Sara negó con la cabeza, aburrida.

—Apártese —dijo mientras le hacía un gesto impaciente.

Se agachó y tomó agua con sus manos. Muy despacio para no

derramarla, se puso de pie y extendió los brazos hacia él, y se la ofreció para que bebiese.

Sorprendido, Robert se inclinó hacia delante y rozó suavemente su piel con los labios. Sus ojos no se apartaron ni un instante de la cara de Sara, mientras el fresco líquido descendía por su garganta.

—¿Más? —preguntó ella cuando él terminó.

Él asintió con la cabeza mirándola intensamente.

El roce de los labios del conde en sus dedos la puso muy

nerviosa. Todavía no sabía por qué había hecho aquella estupidez. Bueno, sí lo sabía: por orgullo. Por culpa de su inoportuno y tonto orgullo ahora estaba pasando uno de los peores ratos de su vida. Y él no parecía para nada incómodo con aquella situación; de hecho, se lo veía de lo más satisfecho repitiendo hasta en diez ocasiones.

—¿Más? —preguntó Sara con asombro.

Él meneó la cabeza de un lado a otro en gesto negativo. Había

permanecido todo el tiempo mirándola en silencio.

Sara intentó bajar las manos para secárselas en el vestido, pero él se lo impidió y las tomó rápidamente entre las suyas. Dio un paso hacia delante y posó las manos mojadas de ella sobre su pecho. Lentamente, fue empujando las palmas de Sara hacia su cintura para que el lino de la camisa absorbiera la humedad.

Sara abrió los ojos de par en par. El corazón comenzó a latirle violentamente contra el pecho.

Podía sentir en la yema de los dedos la calidez que irradiaba el torso de Luton a través de la tela. Parecía que todo su cuerpo reaccionaba cuando él la tocaba.

El lino húmedo se pegó a la piel transparentando parte del vello castaño que lo cubría. Su pecho firme se elevaba en rápidas y profundas respiraciones, como el de un guerrero después de librar una larga batalla. Los pequeños pezones pronto respondieron a la frescura del agua elevándose bajo la camisa.

Aquello era demasiado. Sara sintió como si una cuerda le oprimiera el pecho ahogándola de deseo. El anhelo de abrazarlo y estampar la mejilla contra su cuerpo se estaba volviendo insoportable. Intentó apartar las manos sin éxito, porque él se las retuvo de nuevo.

—¿Qué... qué está haciendo?

La voz le salió en un susurro tembloroso.

Él no había dejado de mirarla a la cara ni por un segundo.

—Es lo menos que puedo hacer
—su tono también parecía

afectado—. Usted ha hecho algo por mí, y ahora yo quiero devolverle el favor.

Sus manos llegaron hasta la cintura y él contuvo la respiración.

Abrumada por la sensualidad del momento, Sara dio un fuerte tirón y consiguió liberarse.

—¡No me debe nada, señor! —respondió enfurecida—. Que no me hayan besado más de dos veces no le da derecho a creer que estoy necesitada de atención y caricias masculinas. No las deseo; y, si así fuera, no tendría

ningún problema para conseguirlas. Buenas tardes.

Se giró y salió de allí lo más rápido que pudo. .

Robert la observó alejarse atónito y paralizado de deseo. Aquella mujer iba a volverlo loco. Primero le proporcionaba agua de la mano en lo que le había parecido uno de los gestos más sensuales de su vida, y luego se enfadaba con él. Sabía que todo había sido fruto de un malentendido, y no tendría ningún inconveniente en aclarárselo en cuanto sus piernas

volviesen a obedecerle.

Sara no pretendía que pensara que aquello era una escapada, por eso hacía todo lo posible por no correr. Pero la sola sensación de la mirada de él clavada en su espalda, la hacía temblar y querer huir como alma que lleva el diablo.

"No me extraña que crea que estás necesitada si cada vez que te toca pareces derretirte como mantequilla al sol", cavilaba mientras se reprendía a sí misma.

Dos cuestiones fundamentales asaltaban una y otra vez sus

frenéticos pensamientos: ¿qué quería de ella?; y, lo que era aún peor, ¿qué quería ella de él? "Es tu primo, Sara; tu distante, frío y siempre displicente primo. Por el amor de Dios, si ni siquiera te cae bien".

Él la alcanzó enseguida y se colocó a su lado.

—Hola de nuevo —dijo animadamente.

Sara le lanzó una mirada asesina.

—No quería ofenderla.

Ella continuó andando como si nada.

Molesto por su indiferencia, Robert la tomó por el brazo y la hizo detenerse.

—Por favor, deténgase.

Sara se revolvió y lo encaró con las mejillas coloradas por la caminata.

—Lord Luton —dijo con una falsa sonrisa—. ¿Acaso no sabe usted interpretar un buen silencio?

Él suspiró impaciente.

—Lo siento.

—¿Por qué no deja usted de intentar ofenderme? Así no tendría que estar disculpándose

constantemente. —Todo fue un malentendido.

—¿Ah, sí? —Sara se llevó una mano a la cintura en un gesto de impaciencia—. ¿Y me puede decir de qué forma puedo interpretar correctamente que diga que me acaricia para hacerme un favor?

Que pensara que la había acariciado lo llenaba de una extraña alegría y ternura.

—Bueno, técnicamente... —murmuró él mirándola con picardía—, era usted la que me acariciaba a mí.

"¡Oh, qué hombre más

presumido y molesto!"

Sara se giró otra vez y se dispuso a salir de allí.

Pero Robert la detuvo al agarrarla firmemente de los brazos.

—Yo no quería hacerle el "favor" de acariciarla. —Su voz era profunda y toda señal de mofa había desaparecido—. Lo que pretendía era secarle las manos para que usted no se estropease su...

Robert la miró de arriba abajo y comprobó que llevaba uno de aquellos vestidos suyos tan

espantosos. ¡Cómo le gustaría verla alguna vez vestida con algo que le quedara bien, alguna prenda que hiciera realmente justicia a su espectacular figura!

—¿Por qué siempre viste así?

—¿Así, cómo? —preguntó Sara mirando hacia abajo por si había algo raro en su vestimenta.

—Como si la costurera nunca tomase bien las medidas.

Aquello era humillante. Profundamente insultada, Sara tuvo ganas de gritarle a la cara que no tenía tanto dinero como él para gozar de un amplio

guardarropa; que aquel vestido ni siquiera era suyo, sino de su hermana. Quería chillarle a todo pulmón que la dejase en paz si tanto lo ofendía su aspecto, y que se largara con alguna de las emperifolladas damas de alto estatus que los hombres como él frecuentaban.

Pero, pese a toda su rabia, Sara se limitó a soltarse lentamente los brazos y a seguir andando. Con la cabeza alta, caminó lo más tranquila y dignamente que pudo.

Él volvió a colocarse a su lado.

—Creo que he vuelto a ofenderla, ¿verdad? —preguntó arrepentido.

Sara se paró y lo miró directamente.

—Lo perdono —condescendió—. Y, ahora, ¡déjeme en paz! Ella siguió caminando hasta que él volvió a alcanzarla. —No creo que vaya mal vestida, solo que a veces...

Sara se paró en seco y lo fulminó con la mirada poniendo los brazos en jarras.

Él se pasó la mano por el pelo y la contempló con aire cansado.

—...a veces soy un auténtico estúpido.

—Bueno, por fin empezamos a estar de acuerdo —dijo sarcástica—. Y, ahora, déjeme en paz o volveré a abofetearlo.

Robert la contempló alejarse contrariado. La vulnerabilidad que atravesó la mirada de Sara antes de irse solo podía significar una cosa: había herido su orgullo. Y lo que era aún peor, probablemente le había hecho daño. Absolutamente disgustado consigo mismo, Robert sintió ganas de atizarse un buen

puñetazo.

Impotente, continuó observándola mientras se perdía de vista. Un extraño y ominoso sentimiento de placer le nubló la mente por unos instantes al advertir el poder que ejercía sobre ella. Al mismo tiempo, una alarmante duda comenzó a materializarse en su conciencia: ¿a qué se debía aquella angustia porque ella se marchara enfadada con él?

CAPÍTULO 14

TODO PARECÍA ESTAR YA PREPARADO PARA LA FIESTA DE CUMPLEAÑOS QUE SE celebraría en un par de días. Sweet Brier Path se había engalanado para recibir a lo más selecto de la sociedad inglesa.

El gran salón de baile de la planta baja había sido aireado y fregado. Las gruesas cortinas de terciopelo, lavadas y perfumadas; los brocados de las tapicerías, limpiados en profundidad; los miles de cristalitos de las enormes arañas que colgaban del

techo se abrigantaron uno a uno; y el travertino de las paredes, columnas y suelos fue pulido a conciencia para la ocasión.

Asimismo, el trajín de cacerolas y cuchillos en la cocina también había comenzado días antes de la llegada de los primeros invitados: carnes de todo tipo, pescado, y las más selectas frutas y verduras, se incorporaron a la ya bien surtida despensa de la mansión.

Sara observaba la entrada de la casa desde la ventana de su habitación. El ajetreo de baúles, lacayos y doncellas ataviados con

diferentes uniformes había sido constante desde hacía días. Los lujosos carruajes de los asistentes a la fiesta de Mary habían comenzado a llegar hacía semanas.

Las invitaciones para la propiedad de Sweet Brier Path eran de lo más codiciadas entre los miembros de la alta sociedad. Las familias aristócratas ansiaban que alguna de sus hijas atrapara al conde de Rohard, y por tanto, a una de las mayores fortunas de Inglaterra. Los ricos burgueses, además de verse obligados a mantener algún tipo de relación

comercial con el propietario de la mayor compañía del país, también ansiaban emparentar con uno de los linajes de más abolengo del reino.

Científicos, abogados, políticos, arquitectos, pintores, e incluso algún actor shakesperiano, terminaban de configurar la variopinta lista de asistentes a la multitudinaria celebración del vigésimo sexto cumpleaños de lady Luton, única hermana del conde.

—Me encantan tus vestidos.

La jovial voz de Mary desde la

puerta devolvió a Sara a la realidad. Se apartó del cristal y le hizo una seña a su prima para que entrase.

—Gracias por dejarme regalártelos —dijo con una sonrisa orgullosa.

Mary se acercó hasta la cama y acarició con devoción uno de los cinco vestidos que yacía allí tendido: dos refinados trajes de paseo compuestos por falda y chaqueta, dos atuendos sencillos y elegantes para cóctel, y un quinto y escandaloso vestido de fiesta. Todos ellos con sus

respectivos guantes, sombreros, cinturones, y demás complementos lujosísimos y absolutamente caros.

La voz de Sara sonó con un dejo de culpa.

—No tenía que habértelo permitido.

—No empieces otra vez con eso —señaló Mary con aire amenazador apuntándola con el dedo índice.

Otra punzada de culpabilidad aguijoneó la conciencia de Sara. Con solo uno de aquellos vestidos podría pagar la renta de

su casa durante casi un año. Bueno, ya estaba hecho, ahora no era el momento para los remordimientos.

Sara se dijo que había aceptado por Mary y por su enorme insistencia en hacerle aquellos regalos; se la veía tan feliz que fue imposible resistirse. Y lo cierto era que las dos se habían divertido de lo lindo asistiendo juntas a cada prueba que la modista les realizaba. "Bla, bla, bla... ¡paparruchas! Los aceptaste por orgullo; y deberías estar avergonzada", gritaba otra vez la voz de su conciencia harta

de que intentara convencerla. Porque en realidad, Sara sabía que la opinión que Luton tenía de su aspecto le importaba, y la afectaba mucho más de lo que debía. Y esa era la auténtica razón para no haberse resistido con determinación a la insistencia de Mary en hacerle ropa nueva.

Lo ocurrido en la biblioteca y en la fuente había cambiado totalmente su visión del conde. La distancia que existía entre ellos desde hacía años parecía haberse evaporado en tan solo unos días. Y lo más sorprendente era que, en lo más profundo de

su alma, a Sara le parecía lo más natural. Como si algo completamente inevitable estuviese a punto de suceder. Aunque llevaba semanas intentando evitarlo durante el día, se descubría deseando que llegase la cena para verlo aparecer. En cuanto entraba en la misma habitación, el aire parecía cargarse de electricidad a su alrededor. Y un profundo sentimiento de desasosiego y decepción la embargaba cuando él no podía asistir a sus veladas familiares.

Sara desestimó todos aquellos

abrumadores pensamientos y decidió cambiar de tema.

—¿Quieres que practiquemos un poco antes de reunirte con tus invitados para almorzar?

—No —contestó Mary con hastío—, sus anodinas charlas ya me agotan suficiente.

—Pero, Mary, están aquí por ti. Para homenajearte.

—¡Bobadas! —descartó ella con la mano—. La mayoría asiste por negocios; y el resto, ha venido a intentar atrapar al escurridizo conde de Rohard.

La idea de Luton como una

indefensa pieza acechada por un montón de jóvenes casaderas hizo sonreír a Sara.

—De todas formas, va a ser un gran baile —exclamó—; ha venido mucha gente.

—He ahí la ironía —bromeó Mary—. ¿No te parece de mal gusto organizar un baile para homenajear a una paralítica?

Sara la miró disgustada.

—Sabes que no me gusta que bromees con ese tema.

Contrita, Mary se acercó hasta ella y le tomó las manos.

—De acuerdo, será una gran

fiesta —concedió—. Pero solo porque tú estás aquí.

Sara besó emocionada a su prima en la frente.

—Gracias. Por todo.

Mary se giró con una sonrisa para marcharse.

—Voy a descansar un rato antes de que llegue la hora del almuerzo, ¿qué harás tú?

Como siempre ocupaban las mañanas con los ejercicios de Mary, Sara no sabía qué hacer tan temprano en la mansión. Se volvió otra vez hacia la ventana y contempló el sol que comenzaba

a asomarse por el horizonte.

—Creo que saldré a dar un paseo.

Mary la miró con aire soñador.

—Cuando pueda andar, pienso pasear tanto como tú. Pero no lo haré despacio, sino corriendo como una loca. ¿Y sabes qué más pienso hacer?

Sara negó con la cabeza.

Entonces, una hermosa sonrisa acudió a los labios de Mary.

—Bailar... bailaré hasta desmayarme de agotamiento.

Robert se encerró en su estudio desde antes del amanecer para ultimar todos los detalles para la presentación de su propuesta de ley. Aquella fiesta era muy importante para conseguir su propósito. La aprobación o no en el Parlamento del proyecto en el que había empleado tanto tiempo dependía de los apoyos que lograrse atraer durante aquellos días en los que las personas más influyentes del país ocuparían su casa para comer y beber a su costa. Robert volvió a mirar su reloj de bolsillo; Lezcano

ya tendría que haber llegado hacia horas. Con el ceño fruncido recordó la última conversación mantenida con su amigo en las oficinas londinenses de Bond Street.

—Al cumpleaños de mi hermana no solo asistirán los miembros de la Cámara Alta y sus distinguidas familias —explicó Robert con ironía—, sino también los grandes industriales, amigo mío. La cúpula del poder completa. La reina no podrá asistir, una lástima.

—No me gustan las fiestas —

gruñó Lezcano impaciente.

Robert continuó sin hacerle el menor caso.

—Si queremos que nuestra propuesta tenga alguna posibilidad, debemos esmerarnos al máximo. Hay que aprovechar el tiempo para hacer un sondeo entre nuestros semejantes y conocer cuál es la tendencia general.

Diego parecía exasperado.

—No son mis semejantes; son los tuyos —exclamó.

Sin dejarse impresionar por el mal humor de su amigo, Robert

continuó como si nada.

—De eso, nada. ¿Es que no me escuchas? Muchos de ellos no son nobles, sino ricos empresarios como tú. Por cierto, algunos te deben dinero, ¿no? — Robert rió maliciosamente—. Eso podría venirnos muy bien.

—Luton —dijo Diego con aire cansino—, ¿de verdad estabas tan loco cuando nos conocimos?

—Como una cabra —contestó sonriente—. Decidí hacer negocios contigo.

—Mi presencia en la fiesta no te ayudará. Esa gente no me

puede ni ver.

—Tienes mucho más dinero del que soñarían jamás. Te respetan.

—Me toleran —contestó Diego empecinado.

—Es igual —concluyó Robert con un gesto de impaciencia.

Diego no estaba dispuesto a volver a Sweet Brier Path, y mucho menos para asistir a la fiesta de cumpleaños de Mary Luton. Todavía recordaba el inquietante incidente del rosal y su, todavía más inquietante, reacción posterior al colarse en su habitación y contemplarla

dormir. No comprendía lo que le ocurría con la hermana del conde desde que su pequeña figura había aparecido en lo alto de las escaleras la noche en que llevó a Luton desde el muelle. Pero fuera lo que fuera lo que le sucedía, Diego sabía a ciencia cierta que no tenía ninguna intención de averiguarlo y, para ello, mantenerse alejado de Mary era de vital importancia.

Diego se levantó del enorme sillón de cuero de su escritorio y atravesó la estancia a grandes zancadas.

Robert lo observó salir por la puerta con aire obstinado.

— ¡Lezcano, irás a la fiesta! Y lo harás con tu mejor sonrisa.

Oyó que el conde le gritaba desde el interior del despacho. Pero

Diego no se detuvo.

— ¡Vete a la mierda!

Aquel hombre malhumorado apareció en su vida una fría noche de 1843 en el puerto de Londres.

Las deudas del antiguo conde de Rohard eran tan elevadas y tantos los acreedores, que tres

años después de heredar el título, Robert todavía no terminaba de sanear todas las obligaciones de su difunto padre.

Aquella noche de enero había quedado para pagar a un contrabandista que había ido a visitarlo días antes para enseñarle algunos recibos firmados por el viejo conde. No quería que nadie lo reconociera, así que decidió alquilar un coche y prescindir de su carruaje y del personal de servicio. El nombre de Luton ya estaba bastante involucrado en asuntos turbios gracias al irresponsable de su

padre.

Envuelto en su abrigo negro y una gruesa capa del mismo color, Robert caminaba inquieto de un lado a otro por el húmedo empedrado. Pensaba en qué clase de mercancías había comprado su padre a aquel ser nauseabundo más parecido a una rata que a un humano. La sola idea de pagar por sustancias como opio, aquel horror deshumanizador, le revolvió el estómago y hacía que maldijera más todavía la disoluta vida de su progenitor. Aunque dudaba que un hipocondríaco como él

hubiera consumido drogas, las grandes juergas que organizaba eran conocidas en toda la capital por sus desmedidos excesos y total depravación.

La niebla se había hecho más espesa con el paso de las horas y ya no se distinguía la otra orilla del Támesis. La única iluminación era la opaca luz de los faroles y el leve resplandor de algunas velas desde las ventanas de los destartalados edificios del puerto. Aquella calle estaba repleta de pequeñas construcciones de ladrillo pensadas en un principio para

almacén de mercancías, y que habían sido tomadas poco a poco por familias indigentes que vivían allí.

Robert observó el apedreado farol de la esquina y se giró al oír un ruido a sus espaldas. De repente, un agudo dolor resquebrajó su cabeza. La botella se rompió con el golpe y decenas de cristales cayeron a sus pies. Robert se tambaleó. Conmocionado, se llevó la mano a la frente y pudo palpar la cálida humedad de su sangre chorreante. Se giró despacio y distinguió al hombrecillo que lo

había visitado acompañado de dos enormes matones calvos y con la cabeza llena de tatuajes.

Uno de aquellos gigantes tomó a Robert por detrás. Intentó forcejear, pero miles de estrellitas se dibujaron en sus ojos y un ligero pitido comenzó a crecer en sus oídos.

El acreedor estrelló el puño en su estómago.

—Tu padre era un auténtico cabrón —siseó con un hediondo resuello—. Pero, si pensó que con morirse podría librarse de nosotros, conmigo se equivocaba.

A Robert le habría gustado decirle que estaba completamente de acuerdo con aquella opinión, pero otro puñetazo lo hizo encogerse de dolor.

Su corazón comenzó a martillar violentamente contra las doloridas costillas cuando vio brillar un objeto en las manos del otro gigante. "¡Una navaja!", pensó frenético. Intentó revolvearse con todas sus fuerzas y patear a sus atacantes, pero otro fuerte golpe en la espalda lo hizo caer de rodillas sobre los cristales rotos que se le incrustaron en las

piernas y las palmas de las manos haciéndolo aullar de dolor.

Y allí, postrado de rodillas como un reo en su ejecución, más muerto que vivo y sintiendo el gélido aliento de la muerte en la cara, pareció elevarse de su propio cuerpo contemplando como un espectador impasible su propio e inevitable final.

Fue entonces cuando una profunda voz con acento extranjero llegó desde el fondo del callejón y pareció devolverlo de nuevo a la realidad.

—¡Eh, hijos de puta! ¿Por qué

no igualamos un poco la pelea?

Una figura alta y poderosa apareció por entre las sombras armada con una gruesa barra de hierro y en menos de un minuto derrumbó a los tres agresores.

Robert no podía moverse, todavía arrodillado era incapaz siquiera de levantar la cabeza para verle la cara a su salvador.

—Vamos, levántate —dijo el hombre—. Estos dormirán durante algunas horas, pero no eternamente.

Robert notaba el sabor almizclado de su sangre en la

boca. Intentó incorporarse, pero un intenso dolor pareció hacer pedazos su cuerpo. Sintió que una fuerte mano lo asía por la capa y lo levantaba del suelo. El extraño le tomó el brazo y se lo pasó alrededor del cuello para levantarlo. Robert gruñó de sufrimiento al ponerse de pie.

—Vaya, vaya. ¿Pero qué tenemos aquí? —murmuró el desconocido sarcásticamente—. Si es todo un caballero. ¿Dónde está su carruaje, excelencia?

Robert se agarró fuertemente las costillas y con la otra mano

señaló en la dirección en la que había dejado el coche de alquiler.

—Muy bien, vamos. Y la próxima vez que vaya en busca de diversión no lo haga por estos parajes. No sea avaro y contrate una ramera de calidad.

Cuando el conductor vio llegar a los dos hombres, fustigó los caballos con violencia y escapó a toda velocidad. Pese a los gritos e insultos del hombre que lo había salvado, el cochero no se detuvo, ni tan siquiera miró atrás. Seguramente no quería problemas.

El desconocido murmuró algunas blasfemias más por lo bajo, y luego lo aferró fuertemente para que no se le escurriera.

—Y ahora tendré que llevarlo a casa. Esto le va a costar unas cuantas monedas, amigo.

Robert, que ya se había recuperado lo suficiente como para levantar la cabeza, lo miró directamente. Era más o menos de su misma edad y, aunque un poco más bajo, parecía fuerte como un toro. Escupió la sangre que se le acumulaba en la boca

para poder hablar.

—S... soy Robert Luton. Y vine a pagar las deudas de mi padre, no a buscar f... fulanas —dijo con dificultad y con aire ofendido.

El hombre echó la cabeza hacia atrás con una carcajada.

—Muy bien señor Luton. Siento haberlo ofendido —dijo todavía sonriendo—. Espero que la deuda haya quedado saldada.

—¿Cómo se llama? M... me gustaría saber a quién debo mi vida.

El hombre volvió a sonreír, pero esta vez sin ironía.

Extendiéndole la mano que tenía libre, observó su maltrecha cara y le habló amigablemente.

—Me llamo Diego Lezcano.

Unos golpes en la puerta devolvieron a Robert al presente.

—Milord, sus invitados lo esperan —anunció el mayordomo tras entrar en el estudio.

El día anterior se había comprometido con algunos hombres para salir a pescar.

—Gracias, Wallace. Iré enseguida.

El enjuto anciano asintió, haciendo una reverencia antes de

retirarse.

Robert volvió a mirar el reloj. Sabía que Diego asistiría; al fin y al cabo no desaprovecharía la oportunidad de reunirse con ciertos empresarios para cerrar algunos succulentos negocios pendientes.

A Diego no solo le debía la vida, sino también buena parte de su fortuna. Además de poseer un fuerte sentido del honor y la lealtad, su socio había demostrado a lo largo de los años ser un as para hacer dinero y un auténtico zorro de los negocios.

Confiaba plenamente en él y sabía que no lo dejaría solo con aquella ardua tarea.

Robert sonrió. Conocía bien a su amigo, llegaría tarde solo para aguijonearle el orgullo.

CAPÍTULO 15

FRUSTRADA, SARA LO INTENTÓ CON LA OTRA MANO. ESTABA DE RODILLAS EN EL suelo y probablemente su vestido ya se había ensuciado con el barro que había alrededor de aquella charca. Menos mal que esa mañana no se había puesto ninguno uno de los nuevos atuendos. Metió el brazo izquierdo hasta el codo en el agua estancada y notó esperanzada cómo sus dedos rozaban con suavidad el cuero del balón. "¡Maldita sea!", pensó

cuando volvió a resbalársele. "No sé cómo voy a sacarte de ahí".

Al salir de la casa, los rayos del sol todavía no molestaban, así que decidió tomar el camino de la campiña en lugar de ir al bosque. Cuando pasó al lado de un pequeño estanque natural cubierto por líquenes, una esfera rojiza en el fondo llamó su atención. Era el balón que Mary y ella habían perdido hacía tiempo. Comprendió entonces por qué nunca lo había encontrado: había ido rodando hasta quedar sumergido allí.

Después de varios intentos fallidos para recuperarlo con la mano, se levantó, miró a su alrededor y buscó otra alternativa. Fue hasta el borde del río donde había un gran árbol caído, apoyó el pie en la madera y rompió una de sus largas ramas. Intentaría arrastrarlo con la vara hasta más cerca de la orilla para poder atraparlo más fácilmente.

—Luton, usted es propietario de fábricas ¿y quiere que los obreros no vayan a la cárcel cuando falten al trabajo? — exclamó incrédulo Stuart Weybridge, marqués de Hull.

Robert andaba despacio para adaptar sus largas zancadas a los pasos de sus compañeros, mucho mayores y más bajos que él. Lo hacía con las manos entrelazadas a la espalda para simular serenidad e indiferencia. Los cuatro hombres intercambiaban impresiones de camino al río, donde podrían encontrar las mejores truchas del este de Inglaterra. Unos pasos detrás de ellos varios lacayos cargaban con los equipos de pesca.

Robert miró al regordete anciano e intentó que su voz sonara de lo más eficiente.

—No cuando es por una razón justificada como la enfermedad, señor. Muchas epidemias comienzan así. Y luego, en lugar de perder a un trabajador, perdemos cientos.

—Es usted muy original, hijo —dijo el marqués con aire paternalista—, nada que ver con su padre. Lo que sobra en este país son vagos y delincuentes.

Al oír la comparación con su padre, a Robert comenzó a hervirle la sangre. Respiró hondo durante unos segundos antes de volver a hablar. "Oh", pensó con

sarcasmo. "Desde luego que el anterior conde de Rohard jamás se preocuparía por mejorar cualquier vida que no fuese la suya".

Un ligero movimiento más allá del sendero llamó su atención. Algo se agitaba tras los arbustos. A través de la maleza pudo distinguir una familiar figura femenina: Sara Brown, provista de una rama, caminaba con aire resuelto hacia algún punto de la campiña.

Robert aguzó la vista y dejó de prestar atención al parloteo que

en aquellos momentos mantenían sus acompañantes. Con la curiosidad aguijoneada y sin perder de vista a Sara, se excusó con los tres ancianos indicándoles que había olvidado un asunto que requería su presencia, y que su lacayo los acompañaría hasta el mejor lugar del río donde se reuniría con ellos más tarde.

—No hace falta que nos dé ventaja, Luton —protestó el marqués de Hull—. Pescaremos más que usted, igualmente.

Robert asintió con una sonrisa

ausente y se alejó de ellos con una única cuestión ocupando su mente: ¿qué estaría haciendo allí aquella imprevisible mujer, y adonde iría con un palo?

Intentó acercarlo a la orilla con la rama, pero pesaba demasiado; así que el balón no se movió ni un ápice. Tirando el palo con violencia,

Sara pensó fastidiada que la única forma de recuperarlo sería entrando a buscarlo.

Miró a ambos lados para asegurarse de que nadie podría verla. Se sentó en la hierba, se

quitó los zapatos y las medias. Probó primero el agua con el dedo gordo del pie e hizo un gesto de sufrimiento al comprobar lo fría que estaba. Se remangó el vestido hasta la mitad del muslo y lentamente penetró en la charca. Pronto se acostumbró al vigorizante frescor del líquido en sus piernas. Debía moverse cautelosa porque el fondo estaba cubierto de moho y resbaladizo.

Con cuidado tomó el balón entre las manos. "¡Te tengo!", pensó triunfante.

De repente, una voz profunda y familiar sonó a su espalda.

—Me gustaría saber lo que está haciendo. Pero casi me da miedo preguntar.

Sara se giró veloz. Pero las piernas se le hicieron un nudo y el pie derecho se escurrió sobre el lodo. Perdió el equilibrio y cayó de espaldas en medio del estanque.

—¡Ah! —gritó cuando sintió que el agua fría empapaba su piel. Sorprendido, Robert estiró los brazos en un intento infructuoso por ayudarla. Pero

era demasiado tarde; Sara se cayó sentada dentro del estanque.

La había observado cuando intentaba rescatar algo del fondo de la charca con la rama. Divertido, vio cómo fracasaba en sus intentos y la lanzaba lejos. Y, aun más muerto de curiosidad, se escondió tras un arbusto cuando Sara miró a su alrededor. Pero cuando contempló cómo se sacaba lentamente las medias y se arremangaba la falda hasta los muslos, casi perdió el sentido. Tenía las piernas al aire y ¡menudas piernas! Robert inspiró

lentamente cuando sus ojos fueron ascendiendo por el cuerpo femenino. Tenía los muslos más deliciosos y tentadores que hubiera contemplado jamás; su piel allí parecía más cremosa y suave, y la sola idea de saborearlos le hizo la boca agua. El cuerpo de Robert reaccionó con vehemencia. Tenía los músculos rígidos como el granito y la mandíbula tan apretada que podría habersele saltado algún esmalte.

Hipnotizado por aquella sensual visión decidió acercarse. No podía permitir que alguien la

sorprendiera en semejante situación. Y además... le encantaría verla abochornada al ser descubierta. Con una sonrisa maliciosa dibujada en los labios salió de su escondite con la idea de torturar un rato a la orgullosa señorita Brown.

Robert volvió a la realidad cuando contempló a Sara incorporarse chorreando.

—Mire lo que ha hecho — exclamó sofocada apartándose el pelo mojado de la cara.

Y Robert miró. Observó encantado cómo el empapado

vestido se le pegaba a sus esbeltas y deliciosas formas. Y, sin conseguir apenas disimular la sonrisa, intentó que su tono sonase lo más severo posible.

—¿Y se puede saber qué hace ahí metida? —preguntó.

Sara se agachó y atrapó el pesado balón entre las manos.

—Estaba aquí. Bajó rodando y se cayó al agua, por eso nunca lo encontré —exclamó triunfante como si hubiese develado un gran misterio.

—Ya, ¿y?

Sara lanzó la pelota que

aterrizó pesadamente en la orilla.

—Se trata del balón de Mary —gruñó por el esfuerzo—. Es importante.

Robert la contempló fascinado con los brazos cruzados bajo el pecho.

—Debería salir de ahí antes de que alguien la vea. O, peor aún, antes de que pesque una pulmonía.

Sara le lanzó una mirada irónica.

—Creo que ya me han visto, ¿no? —dijo señalándolo con el dedo.

—Sí, pero yo no tengo intención de arruinar su reputación por esta tendencia suya a los accidentes.

—¿Accidente? —exclamó incrédula—. Me he caído por su culpa. Pienso coser un cascabel como el de *Smokie* a todos sus trajes para oírlo acercarse.

Él la miró divertido. Sabía que podía terminar enseguida con aquella conversación absurda, pero disfrutaba demasiado con sus duelos verbales.

—Bueno, cuando yo llegué ya estaba ahí metida. ¡Particular

comportamiento para una dama!
Si la llega a ver algún invitado...
—exclamó con aire sancionador meneando la cabeza.

Sara apretó los puños a ambos lados del cuerpo, enojada. Abrió la boca para volver a cerrarla después. Quería decirle unas cuantas cosas a aquel estúpido arrogante que no hacía más que fastidiarla. Pero, de repente, una idea maliciosa cruzó su mente.

—¿Y usted se atreve a darme clases de etiqueta? —murmuró con tono ofendido—. Lleva ahí más de diez minutos y ni siquiera

me ha ayudado. ¿Cree que ese es el comportamiento de un caballero?

Robert le extendió la mano y Sara caminó con dificultad hasta la orilla ocultando una sonrisa triunfante. Tomó la mano del conde y tiró fuertemente de ella.

Robert cayó hacia delante sorprendido. El agua no llegó a cubrirle las botas de pescar que le llegaban hasta las rodillas. Se tambaleó varias veces para recuperar el equilibrio, pero el suelo estaba tan resbaladizo que terminó cayéndose de espaldas

en el fangoso charco.

Sara dio un salto hacia la orilla y se volvió sonriente con los brazos cruzados bajo el pecho.

—Milord, ¿qué pensarán sus invitados si lo ven ahí?

Robert trató de levantarse rápidamente, enfurecido. Pero con la inercia se resbaló de nuevo y terminó sentado otra vez en medio del estanque.

Sara se sujetaba el estómago de risa. El perfecto conde ofrecía un aspecto de lo más desastroso. Tenía la cara manchada y el pelo mojado se le pegaba a la frente

chorreando. Su impecable traje de pesca estaba completamente empapado y lleno de barro.

Resoplando, Robert la contempló embobado. Al verla reír, una extraña calidez fue envolviendo su corazón; calidez que fue sustituida casi de inmediato por un arrebató de deseo por ella.

Se puso de pie lentamente sin apartar los ojos de ella.

Todavía sonriendo, Sara le extendió la mano en un gesto pacificador.

—Permítame rescatarlo,

milord.

Poderoso y con aire amenazante, Robert caminó despacio hasta el borde del estanque. Acercó su cara a la de ella hasta casi tocarla.

—¡Corra! —siseó.

Sara abrió los ojos con sorpresa y comprendió inmediatamente. Se giró veloz y salió corriendo.

Él dio un salto fuera del agua para atraparla, pero ella consiguió escapársele. Se despojó de la pesada chaqueta y se apartó el pelo que le chorreaba hasta los ojos. Con una sonrisa

diabólica dibujada en los labios, la observó correr por el campo.

Sara intentaba ir deprisa pero el peso del empapado vestido ralentizaba sus movimientos. Pese a la agónica huida, se sorprendió a sí misma riendo a carcajadas. Miró por encima del hombro y lo vio justo detrás. No tenía escapatoria.

Su gran estatura y velocidad le permitieron cazarla en menos de un minuto. Robert se lanzó a sus piernas, la derribó y cayó sobre ella.

Una pequeña pendiente en el

terreno provocó que ambos rodaran por el campo gritando y riendo como dos chiquillos; primero uno encima y luego el otro.

Cuando la pendiente terminó él quedó sobre Sara. Los dos jadeaban por el esfuerzo y la risa. El pequeño cuerpo de Sara se amoldó perfectamente bajo el suyo. Su pecho bajaba y subía excitado aplastándosele deliciosamente contra el dorso. Su sonrisa se congeló al contemplarla: tenía los labios plenos y húmedos, y las mejillas sonrosadas por la carrera.

Anheló envolverla con su cuerpo y enterrarse dentro de ella. Que el cielo se apiadara de él, pero estaba agotado de pelear con el deseo que le hacía arder por aquella mujer. Luchar contra algo tan abrasador consumía todas sus energías.

CAPÍTULO 16

SARA DEJÓ DE SONREÍR CUANDO SE DIO CUENTA DE LA ÍNTIMA POSTURA EN LA QUE estaban. Notaba con vivida consciencia el poderoso cuerpo de Luton tendido sobre ella. Aquella sensual presión la hizo estallar de deleite. A pesar de la humedad de las ropas notó el calor del cuerpo de él y sus fuertes latidos. Bueno, creía que eran de él, porque estaban tan apretados que no podría distinguir si el corazón acelerado era el de él o el suyo.

Sara contempló su cara y un estremecimiento la recorrió al descubrir el extraño brillo que ardía en su mirada. Un músculo se tensó en su poderosa mandíbula y lo observó tragar saliva con dificultad. Asustada por el violento anhelo de pegarse todavía más a él, de sentirlo aun más cerca, se revolvió en un intento por apartarlo.

—¡Estese quieta, por el amor de Dios! —protestó él.

Conmocionado, Robert levantó despacio la cabeza para mirarle la cara. ¡Qué bonita era! Con un

dedo apartó una guedeja de pelo mojado pegada a su frente para contemplarla mejor.

Sara se mordió el labio inferior en un gesto de nerviosismo, un cándido gesto que a él le pareció de lo más provocativo.

Robert no pudo resistirlo más. Cansado de luchar, aplastó su boca contra la de ella con un gemido de desesperación.

Sara suspiró y arqueó instintivamente la espalda. El peso de su cuerpo sobre ella era delicioso. La asaltó una intensa sensación de falta de equilibrio y

se aferró a sus fuertes hombros.

La lengua de Robert penetró en su boca explorándola y torturándola con cada acometida. Sara abrió los labios y le dio la bienvenida respondiendo con ardiente pasión al beso. ¡Y qué beso! El pulso latía con violencia contra su cuello, todo su cuerpo se incendió en respuesta a la maravillosa caricia de él.

Robert tomó su cara con una mano mientras bajó la otra y la exploró de arriba abajo. Descendió y recorrió su costado con la palma abierta atrapando

con pasión la plena redondez de sus senos. Deseaba abarcarla, tentarla, poseerla entera. Se movió sobre ella abriéndole las piernas y colocándose entre ellas.

Despegó sus labios y la atravesó con una intensa y profunda mirada.

—Sara... Oh, Sara —susurró con voz rasposa, acariciándole con un dedo la inflamada boca.

Extasiada al oírlo pronunciar por primera vez su nombre, Sara le rodeó el cuello con los brazos y pegó su mejilla contra la de él.

—¿Robert? —murmuró

indecisa contra su oreja.

Su nombre sonaba a gloria en sus labios. Robert volvió a bajar la cabeza y a apoderarse de su boca. El beso pronto se convirtió en una caricia mucho más intensa e íntima.

Una nueva urgencia pareció brotar entre ellos y los besos se hicieron más profundos, exigentes, hasta que una repentina y agónica necesidad dejó sus cuerpos doloridos y palpitantes en un gozoso tormento.

Robert dejó la boca y le

acarició el cuello besándolo y mordisqueándolo. Tironeó hacia abajo del escote del vestido hasta que sus pechos quedaron libres de su prisión de tela.

Sara miró abajo y contempló la sedosa blancura de sus senos expuesta al hambriento escrutinio del conde. ¡Esto debe de ser un sueño! "Por favor, rogó cerrando fuertemente los ojos, que no me despierte ahora".

Robert la contempló con devoción. Acarició suavemente los generosos pechos de Sara abarcando toda su plenitud con

la mano. Bajó la boca y se apoderó del excitado y sonrosado pezón.

Sara gritó ante la intimidad del contacto y se convulsionó debajo de él. Arrojada a una espiral delirante tiró del nudo de su corbata e intentó torpemente desabotonarle la camisa. Deseaba besarlo allí, acariciarlo, olerlo... Quería restregar su mejilla contra el áspero vello de su pecho e impregnarse de su dulce aroma.

Sonriendo por la repentina urgencia de Sara, Robert se incorporó ligeramente y se

desabotonó la camisa. Sara posó la mano en su estómago y él la atrapó con la suya guiándola hacia abajo. La respiración se le atascó en la garganta cuando sintió el contacto de ella en la cintura de sus pantalones.

Sara se mordió el labio inferior y lo miró a los ojos interrogante. "¿Te gusta esto?", pareció preguntar mientras recorría su erección con torturadoras caricias. Había leído lo suficiente sobre anatomía humana como para saber lo que estaba haciéndole y lo que significaba aquella magnífica dureza.

Robert se colocó sobre ella con un ronco gruñido. Iba a poseerla, iba a poseerla allí y en ese mismo momento. Todo desapareció a su alrededor, todo... excepto Sara. Se estiró de nuevo junto a ella, introdujo la rodilla entre sus piernas y se las separó lentamente.

Un angustioso anhelo pugnaba por liberarse del cuerpo de Sara. Sin conocer el motivo, comenzó a elevar la pelvis con un sensual movimiento cimbreado. Quería estar más cerca de él, ansiaba sentirlo todavía más. Lo quería todo.

Los roncos gruñidos que se escapaban de la garganta de Sara lo estaban volviendo loco. Robert se elevó otra vez sobre ella y se acomodó entre sus piernas.

Sara dobló las rodillas y lo acogió complacida. Sentía la dureza de su larga erección aplastándosele contra el vientre.

Las inquietas manos de Robert la exploraban por todas partes. Le rodeó la rodilla con la mano y con un lento y torturador movimiento ascendente recorrió la suavidad de su muslo.

Atrapó la barbilla de Sara y le

observó la cara con los ojos nublados de pasión.

—Dime que pare y lo haré — dijo con voz áspera.

Como única respuesta, ella le acarició la barbilla, elevó la cabeza y aplastó los labios contra los de él.

Robert tomó la boca de Sara con renovada urgencia. Se apoderó de su pecho y comenzó a empujarla contra la hierba con pequeñas embestidas. Introdujo una temblorosa mano entre sus cuerpos buscando la pretina de sus pantalones. Iba a pasar, por

fin iba a pasar.

El sonido de unas voces lejanas atravesó sus ofuscadas consciencias.

Robert se quedó muy quieto encima de Sara y despegó poco a poco su boca de la de ella.

—Shh —susurró colocándole el dedo índice sobre los labios.

Dos hombres charlaban y se aproximaban más allá de los arbustos que bordeaban el sendero.

La realidad golpeó con violencia a Sara en la cara. "¡Oh, Dios! ¿Qué he estado a punto de

hacer?", pensó. No solo se habría entregado sin reparos a Luton, sino que ahora también iba a ser descubierta por dos invitados revolcándose por la hierba con su anfitrión.

Se revolvió debajo de él intentando zafarse de su peso y huir de allí como último intento reparar su quebrantada dignidad.

Robert la tomó por los hombros y la inmovilizó contra el césped. Respiraba con dificultad tomando grandes bocanadas de aire.

—Sara, no hagas ruido —

musicó.

—Nos van a descubrir —
exclamó ella en voz baja—.
¡Quítate de encima!

Robert rodó de lado. Tomó a Sara entre los brazos y la arrastró hasta que volvió a estar atrapada bajo su cuerpo. Ambos rodaron entrelazados hasta quedar ocultos tras los espesos matorrales.

Los dos hombres cruzaron el sendero enzarzados en una animada discusión. Ninguno de ellos se percató de la presencia a menos de dos metros del conde y

su prima. Cuando ya estaban suficientemente lejos, Sara empujó los puños contra su pecho.

Robert se incorporó y se sentó en la hierba.

Sara se arregló la ropa, se levantó y lo miró directamente a los ojos.

—Esto no ha pasado —dijo con voz temblorosa. Se giró y salió corriendo sin esperar respuesta. Robert apoyó un codo en la rodilla flexionada y permaneció sentado durante un buen rato mientras la observaba alejarse.

—Oh, sí. Sí ha pasado —
murmuró todavía aturdido de
deseo—Y no permitiré que lo
olvides.

De camino al estudio de su
socio, Diego Lezcano se coló por
una puerta del servicio que había
quedado entreabierta. Trataba
de evitar a un grupo de damas
que en aquellos momentos
recorrían el pasillo contemplando
satisfechas algunos retratos
familiares que colgaban de la
pared.

Al ver entrar a un caballero en

la cocina, los criados lo miraron con sorpresa y cierta reserva.

—¿Desea algo, señor? — preguntó uno de los sirvientes con librea.

—No, no se preocupen — contestó Diego sonriendo y haciendo un gesto con la mano—. Sigam en lo suyo.

En aquel mismo instante, la puerta de la cocina que daba al exterior se abrió y apareció Luton con un extraño atavío.

Las cabezas de los sirvientes se giraron al mismo tiempo hacia él.

Diego lo contempló pasmado.

Estaba empapado y cubierto de barro de pies a cabeza. La corbata de lino le colgaba desatada a ambos lados del cuello. Llevaba la camisa abierta y pegada al cuerpo, y con una mano agarraba la maltrecha chaqueta que iba arrastrando por el suelo.

Todos comprendieron que nadie debía preguntar nada, e inmediatamente la cocina recuperó otra vez toda su actividad.

Robert cruzó la estancia a grandes zancadas y pasó por delante de su socio. Le lanzó una

furiosa mirada de advertencia cuando percibió el brillo de diversión en sus ojos.

—Llegas tarde —gruñó.

Diego lo observó de arriba abajo sin disimular la sonrisa.

—No, por lo visto llego justo a tiempo. ¿Dónde es la fiesta?

—Necesito una copa —refunfuñó Robert pasándose la mano por el pelo con aire cansado.

—Yo, si fuera tú, no iría por ahí —explicó Diego cuando vio que tomaba el camino del estudio—. Unas ancianas damas te

contemplantas extasiadas al imaginar cómo les gustaría que los ojos de sus futuros nietos sean los tuyos.

Sin comprender nada, Robert decidió seguir los corredores del servicio hasta su habitación y cambiarse de ropa.

Diego lo contempló alejarse abatido. "Vaya, vaya. Y yo que no quería venir", caviló mientras negaba con la cabeza en un gesto de incredulidad.

Robert se dio un baño caliente y se cambió de ropa. Pero todavía sentía el frío en todos sus

miembros. Bajó al primer piso con la única intención de tomarse una copa a solas y poner un poco de orden en su asolada mente.

Cuando entró en el estudio, vio a Diego sentado tras su escritorio leyendo el diario. Bajó el periódico y lo observó de arriba abajo con una sonrisa.

—Antes estabas mejor.

Robert no le hizo el menor caso y se sirvió una copa. El ardiente licor le bajó por la garganta y pareció derretir parte del hielo que se le había formado en el estómago.

—¿Se puede saber qué está pasando? —preguntó Diego.

—Nada —contestó malhumorado—, me caí en un charco. Eso es todo.

Diego dejó de sonreír y lo miró inquisitivo.

—Claro, es lo que suele pasar —exclamó con ironía.

Robert comenzó a caminar de un lado a otro de la habitación como un león enjaulado.

—Sar... la señorita Brown, se cayó dentro. Intentaba ayudarla, pero el suelo estaba fangoso y...

Diego soltó una sonora

carcajada.

—La señorita Brown. ¡Ya!

Robert se giró hacia él molesto.

—¿Qué quieres decir?

—Nada. Es inútil hablar de estas cosas hasta que uno mismo empieza a asumirlas.

El ceño del conde se hizo todavía más profundo.

—¿Estas cosas? ¿Qué cosas? — Robert alzó la voz enfadado—. ¿De qué demonios estás hablando?

—¡Oye, a mí no me grites!

Robert lo miró con fingida

calma y creciente curiosidad.

—¿Qué quieres decir con esas cosas?

—Pues que cuando uno se enamora, suele ser siempre el último en enterarse. Todo el mundo parece saberlo menos tú, que luchas contra la idea hasta volverte completamente loco. Es como... —La mente de Diego buscó un símil que le sirviera para explicarse—. Es como un rosal.

Diego pasó por alto la mirada interrogante del conde y continuó con su exposición.

—Cuando caes en él, te engancha para no soltarte jamás. Y puedes luchar todo lo que quieras porque cuanto más lo haces, más te enredas, y mayor será la probabilidad de hacerte mucho daño en el intento.

Robert contempló atónito a su amigo, que parecía muy satisfecho de sí mismo después de su discurso. Pero él no estaba enamorado. Si lo estuviera, lo sabría. No se le escaparía algo tan importante. "No", descartó mentalmente. "Sé perfectamente que no lo estoy".

—Diego, ¿de qué estás hablando? —dijo esbozando una sonrisa.

Su amigo le lanzó una mirada ofendida.

—De amor, zoquete.

—¿Y qué sabes tú sobre el amor? En todos estos años jamás te he conocido a una amante.

Diego se levantó enfadado y pasó junto a él lanzándole una mirada amenazadora.

— ¡Nunca me habías parecido tan inglés! —exclamó despectivo mientras salía por la puerta.

Robert se volvió malhumorado.

— ¡Y tú nunca me habías resultado tan condenadamente extranjero! —gritó antes de que la puerta se estrellara en un portazo.

CAPÍTULO 17

—¡SARA, ESTAS PRECIOSA!

La excitada voz de Mary llegó desde la puerta. Sara llevaba más de una hora observándose indecisa en el espejo de su habitación. No reconocía la imagen que veía reflejada: el color rojo sangre de su escotado vestido de noche contrastaba con la blancura de su piel y se ceñía a la perfección a sus femeninas curvas. El cinturón de piedras de azabache marcaba su estrecha cintura y hacía juego con el color de su pelo peinado esa noche en

un tirante y sofisticado recogido en la coronilla del que colgaba una cascada de rizos de ébano. Aquel aspecto le había costado varios tirones por parte de la peluquera de Mary y más de dos cajas de horquillas.

De manga corta y ligeramente abullonada, el vestido tenía un amplio escote cuadrado del que surgían prietas las curvas de sus senos aprisionados en el estrecho corpiño. Dada la suntuosidad del atuendo, había renunciado a llevar joyas. El único adorno era el cinturón de encaje negro que relucía por el brillo de las piedras

de azabache ensartadas. El contraste del negro con el profundo rojo, daba al conjunto una fuerza seductora.

Mary la miró complacida. Estaba segura de que aquella noche su prima sería la reina de la fiesta, y de que a la mañana siguiente tendría varias propuestas de matrimonio encima de la mesa. Sus "nobles amigos" no serían capaces de resistirse a la exótica belleza de Sara. Pero ¿y su hermano? Últimamente lo había notado algo distraído y distante. Robert necesitaba un buen incentivo, y

desde luego que aquel vestido lo era. Si aquella noche no se enamoraba perdidamente de Sara, es que era un tonto.

Mary le dedicó una cálida sonrisa a su prima.

—Esta noche vas a arrasar.

—No digas eso —protestó Sara incómoda.

No quería nada de aquello. Su cabeza ardía de confusión con todo lo que estaba sucediendo. Sentía la presencia de Luton por todas partes. Eso la mantenía siempre alerta, como un ratoncillo atrapado en la guarida

de su depredador. No había podido mirarlo a la cara desde que... Sara se llevó las manos a las mejillas, que se tiñeron del mismo color del vestido al recordar su revolcón por la hierba.

Llevaba dos noches sin dormir. Su reacción a los besos del conde la atormentaba; y pensar en lo que habría sucedido si no hubiesen sido interrumpidos la torturaba día y noche. No comprendía nada de lo que hacía. Sus sentimientos estaban descontrolados.

Una vocecilla en su interior la alertaba de que iba a pasar otra vez. Y, si eso ocurría, ella volvería a actuar exactamente igual.

Luton la atraía con la fuerza de un imán al que era imposible resistirse. Si quería evitar lo inevitable, tendría que alejarse de Sweet Brier Path. Pero la idea de volver a la aburrida y solitaria vida de Ravenille no la tentaba en absoluto. Además, miró a su amiga con devoción, tendría que separarse de Mary y eso le rompía el corazón.

No podía dejarla todavía, y

menos durante los festejos de su cumpleaños. Intentaría mantenerse alejada de su hermano y... bueno, luego ya lo pensaría. Ahora era el momento de celebrar que su mejor amiga cumplía años, y eso era lo más importante.

—Ten —dijo Mary tendiéndole un pequeño estuche—. Esto te sentará muy bien.

Sara se volvió hacia ella y observó el objeto.

—¿Qué es?

—Es carmín —susurró mirándola con picardía—. Lo hice

traer de Francia.

—Pero yo nunca... no sé cómo...

Mary le hizo un gesto para que se agachara, abrió la cajita y le extendió el producto con los dedos.

—Te queda de maravilla — exclamó, orgullosa.

Sara se giró otra vez al espejo y abrió mucho los ojos sorprendida con el resultado. Ahora su boca hacía juego con el vestido, ofreciendo el aspecto de una rosa brillante por las húmedas gotas de rocío.

—¿Me pones un poquito? — preguntó Mary.

Sara la miró y asintió. Tomó el frasquito y le aplicó el color en su bonita boca.

Mary se acercó al espejo y contempló satisfecha el resultado.

—Si pudiera caminar... — suspiró, al ver su reflejo.

Sara la contempló detenidamente. Había estado tan ensimismada en sus problemas que no se había dado cuenta de lo hermosa que estaba Mary: llevaba un vestido color verde

oscuro que contrastaba con la blancura de su piel y el cabello rubio. El marcado escote estaba decorado con un sencillo estampado bordado con hilo de oro. Llevaba el pelo recogido en un peinado parecido al suyo, adornado con una fina cinta dorada en forma de diadema de la que se escapaban algunos rizos que enmarcaban deliciosamente su cara.

—No podrías estar más hermosa —exclamó Sara con sinceridad.

Mary la miró con una sonrisa

jovial y le tomó la mano.

—Debemos irnos, mis invitados me esperan.

Diego Lezcano volvió a tirar hacia abajo de su corbata de seda. Aquel complemento de su traje de etiqueta le resultaba de lo más molesto. Además, no sabía por qué se esforzaba por parecer elegante, el esmoquin jamás le quedaría igual que a su amigo el conde. Él no había nacido con porte distinguido. Su aspecto se parecía más al de una rata que se había colado en una fiesta para gatos.

"Completamente fuera de lugar", pensó mientras volvía a tirar del fastidioso lazo.

Continuó de pie al lado de las escaleras y observó a Robert pasear distraídamente por el vestíbulo de entrada. El conde había permanecido allí de pie con una sonrisa pintada en la cara durante más de una hora ejerciendo de anfitrión, en una agotadora sesión de saludos a los cientos de invitados que esperaban en el salón de baile.

La orquesta afinaba los instrumentos preparándose para

tocar cuando Mary hiciese su esperada aparición, y dar así comienzo al baile.

Una aguda sensación de ansiedad atravesó el cuerpo de Diego al pensar en la encantadora Mary. Desde su llegada apenas la había visto.

Siempre parecía estar rodeada de viejas cotorras y cargantes petimetres continuamente dispuestos a agrandar a la belleza rubia. Molesto, se revolvió incómodo al recordar la sonrisa de Mary al ser agasajada por los jóvenes de su clase.

Un movimiento en el piso de arriba llamó la atención de los dos hombres. Mary y Sara hicieron su aparición en lo alto de las escaleras.

Al primero que vio Sara fue al señor Lezcano, que esperaba al lado de la puerta tremendamente apuesto con su traje negro. Pero su mirada voló buscando a la otra figura oscura. Cuando sus ojos se encontraron con los de él, inmóvil en medio del gran vestíbulo, el corazón casi se le salta del pecho. Llevaba un traje negro cuyo corte se adaptaba perfectamente a sus fuertes

hombros. La nívea blancura de su chaleco y corbata contrastaban con la bronceada piel de su cuello. Se había peinado con fijador y su cabello oscuro brillaba bajo el resplandor de las velas.

Sara se alisó la falda de su vestido en un gesto inconsciente.

Estupefacto, Robert se acercó a las escaleras con las piernas temblorosas y sin apartar los ojos de ella. La siempre mal vestida Sara Brown, ahora parecía envuelta en fuego. Pero ¿qué se había puesto?

Sara comenzó a descender los escalones muy despacio balanceando ligeramente las caderas y sin apartar la mirada de la de él. Cuando llegó al último peldaño se detuvo justo a la altura de la cara del conde.

Robert se agarró al pasamanos de caoba para no caerse de espaldas. Bajó los ojos en una torturadora exploración del atuendo de Sara: el escote dejaba a la vista la suave curva de su clavícula, los invitadores montículos de sus senos asomaban en una angustiosa invitación a poner los dedos

sobre ellos, y a dejarse llevar para siempre.

Era el vestido más bonito y más provocativo que había visto jamás. O a lo mejor no era el vestido, sino la mujer que iba dentro. Robert volvió a mirar la cara de Sara y entonces reparó en sus labios rojos que se abrieron ardientes e invitadores bajo su escrutinio. La boca se le secó al instante y pensó que iba a explotarle el pecho.

Los ojos azules del conde se oscurecieron hasta casi volverse negros. Sara percibió el olor de su

loción; olía maravillosamente. Y su mejilla presentaba un aspecto tan suave que tuvo que reprimirse para no acariciarlo.

Un carraspeo llamó la atención desde arriba. Mary esperaba todavía en lo alto de las escaleras a que la bajaran.

—Ya sé que Sara está guapísima esta noche, pero, Robert, te importaría... —exclamó divertida.

Sara se sonrojó ante la indiscreción de su amiga. ¡Era incorregible!

Robert, incapaz de moverse

todavía, hizo un gesto para que un lacayo ayudara a su hermana.

De lo que nadie pareció percatarse fue de la intensidad con la que Diego contemplaba a Mary. Su intensa y oscura mirada había permanecido fija en lady Luton desde que la vio aparecer arrebatadoramente hermosa y seductora. Metió las manos en los bolsillos con enfado. ¿Es que Luton se había vuelto completamente loco? La exótica belleza de su prima le había barrido el cerebro y no había reparado en el escandaloso vestido verde de su hermana. Y

aquellos sensuales y tentadores labios pintados... ¡por el amor de Dios!

Sin poder creerse tanta necedad, Diego volvió a mirar a Robert, después a la señorita Brown, y luego su mirada voló de nuevo a la escalera. Contempló cómo el lacayo echaba una ojeada al escote de Mary y tuvo que reprimir las ganas de subir y darle un puñetazo. "Esto va a ser mucho peor de lo que pensaba", rumió huraño para sus adentros.

El salón de baile resplandecía bajo la brillante luz de las arañas

de cristal colgadas del techo. Las joyas de las damas refulgían en deslumbrantes destellos bajo las radiantes luces artificiales. El centro del gran salón lo ocupaban las parejas que danzaban al ritmo de la dulce melodía de la orquesta. Había grupos de personas que hablaban animadamente alrededor de las mesas de refrigerio dispuestas a un lado de la enorme estancia. En el lado opuesto, las puertas de los balcones permanecían abiertas permitiendo al suave aire de la noche veraniega penetrar con un reconfortante

soplo. Algunos invitados se aventuraban a los jardines exteriores escapando de la cargada atmósfera o simplemente para celebrar alguna reunión secreta, ocultos de las miradas curiosas.

La condesa de Rohard permanecía acomodada en un gran sillón junto a otras veteranas matronas comentando en susurros lo que sucedía a su alrededor. Con orgullo había visto a sus dos hijos entrar en la fiesta. Esa noche se había reunido allí lo mejor de la sociedad.

Aquella era una oportunidad estupenda para intentar que su hijo se fijase en una muchacha adecuada y sentase cabeza de una buena vez. Helen Luton no podía siquiera pensar en que a Robert le ocurriese algo sin haber tenido descendencia. Eso significaría perder todo por lo que había luchado durante su vida entera: orgullo, privilegios, título, supremacía...

Su hijo debía decidirse aquella noche por alguna de las candidatas que ella había seleccionado cuidadosamente, y cumplir con su deber. Al igual que

lo había hecho ella, y al igual que había sido siempre.

Sara permanecía sentada junto a Mary en un extremo del enorme salón. Unas cuantas jovencitas se habían aproximado a ellas para charlar acerca de sus atuendos. Todas envueltas en muselinas blancas, comentaban agitadas los magníficos y atrevidos vestidos de lady Luton y su prima.

Mary las observaba con aire de superioridad. Tomó a Sara por el brazo para que se acercara.

—Míralas —le dijo al oído en

tono confidencial—, parecen cacatúas. Les encantaría ser atrevidas, pero son demasiado débiles para desafiar a sus destinos.

Sara sonrió ante el comentario de Mary y contempló a las chicas reunidas en coros lanzándoles miradas envidiosas y reprobatorias. Pero otra mirada atrapó la suya desde la punta opuesta del salón. El conde la observaba fijamente mientras escuchaba distraído la conversación de un grupo de caballeros. Sara le sonrió vacilante y tímidamente. La

expresión de él se relajó y, en respuesta, un amago de cómplice sonrisa asomó también a sus labios. Sara bajó los ojos y notó que se ruborizaba cuando un escalofrío la atravesó bajo el escrutinio de Luton.

—Sara, ¿tienes calor? — preguntó Mary.

Sara la miró sorprendida y negó con la cabeza.

—Pues parece sofocada. Quizás necesitemos un refresco —comentó mientras se daba aire con su abanico de encaje—, ¿te importaría ir a buscar algo para

beber?

Sara asintió y se levantó para ir a buscar las bebidas.

Cuando atravesó la estancia, un grupo de hombres la asaltó sin darle tiempo siquiera a llegar a la mesa. Sara era consciente de que su vestido había acaparado la atención de muchos jóvenes caballeros asistentes a la fiesta.

—Por favor, déjeme servirle — dijo uno.

—Una mujer de su belleza no debería mover ni un solo dedo. Permítame ponerme a su disposición —exclamó otro,

solícito.

Uno de ellos se presentó como vizconde de Wembley. Besó su mano tras una leve reverencia y sin darle tiempo a reaccionar tomó su brazo y la empujó a la pista de baile.

—Concédame este baile — murmuró muy cerca de su cara— y me hará el hombre más feliz de Inglaterra.

Sara percibió el fuerte olor a alcohol de su aliento y tuvo que echarse hacia atrás. Tiró ligeramente de su brazo en un intento por soltarse.

—Milord, no quiero bailar. Por favor, suélteme.

El hombre no le hizo el menor caso.

Sara percibió las miradas curiosas de algunos asistentes. Resignada, decidió dejarse arrastrar a la pista para no hacer ningún escándalo. Cuando la pieza de baile terminase, se libraría de lord Wembley y no permitiría que se le acercara más en toda la velada.

Pero ni siquiera tuvo tiempo de llegar a la pista porque una enorme y oscura figura se

interpuso en su camino. Lord Wembley miró hacia arriba molesto por la interrupción y en su rostro se dibujó un gesto de desasosiego y fastidio. Solo la inquietante presencia de un hombre podía provocar aquella reacción en el decidido y borracho vizconde.

Robert Luton, con una seriedad y una estatura realmente soberbias, se alzaba ante ellos con la mirada más amenazadora que Sara había visto nunca.

—Mi prima me prometió este baile —exclamó con brusquedad

sin apartar los ojos del hombre.

—Oh, vamos, Luton. No seas impaciente —balbuceó Wembley—. Espera tu turno.

El conde parecía tranquilo, pero la contracción de un pequeño músculo en su barbilla reveló su irritación. Agarró a Sara posesivamente por el codo y la liberó y alejó de Wembley.

—Sí pero una promesa es una promesa —sentenció, lanzándole una fulminante mirada al desconcertado vizconde por encima del hombro.

CAPÍTULO 18

SARA SE DEJÓ CONDUCIR AL CENTRO DE LA PISTA DE BAILE EXTRAÑAMENTE conmovida por el arretrato con el que Luton la había alejado del desagradable aristócrata. Caminaba pegada a él con su mano alrededor de su fuerte antebrazo, poderosamente consciente de su presencia a escasos centímetros de ella.

Se colocaron uno frente al otro mientras las melodiosas notas de un vals comenzaron a flotar por el salón. Él le tomó la mano

derecha y pasó la suya por su cintura acercándola a su cuerpo. Sara contuvo la respiración cuando comenzó a girar por la pista entre sus brazos. Alzó la vista para verle la cara y el corazón le dio un vuelco cuando se encontró con sus ojos azules, cuyas profundidades la contemplaban con calidez.

Era la primera vez que bailaba con él. No sabía cuál era el motivo por el que nunca lo habían hecho antes. Sin embargo, la sensación de estar entre sus brazos le resultaba tan familiar y perfecta como si llevaran

haciéndolo toda la vida.

Sara intentó alejar de su mente aquellos pensamientos.

—He invitado a su querido señor Babbage —dijo él de repente.

—¿Mi querido señor Babbage?

Robert sonrió ante su cara de desconcierto.

—Sí, ¿no lo conoce personalmente? —Ella negó con la cabeza—. Luego se lo presentaré. He tenido oportunidad de conversar con él y estoy de lo más fascinado. Mañana vamos a reunimos para

hablar acerca de esa máquina
suya que almacena conocimiento.

Sara comprendió que había
invitado al científico por la charla
que habían mantenido junto al
río. Que un hombre como él
valorase tanto su opinión la
conmovió en lo más hondo. Le
habría gustado agradecerle
aquella atención y hablar de los
inventos del ilustre científico,
pero la sensación de estar entre
sus brazos dificultaba su
capacidad para dialogar con
normalidad.

Levantó sus ojos hasta toparse

con la mirada azul de él y todo pensamiento racional se evaporó de su mente. Poco a poco notó que comenzaba a ruborizarse y rápidamente buscó algo que decir.

—Gracias por rescatarme — exclamó—. No sé lo que le ocurría a ese hombre. Le dije que no quería bailar con él.

Él la observó en silencio durante unos segundos más.

—Tal vez su vestido tenga mucho que ver con lo que le pasa a Wembley y al resto de hombres presentes —dijo aclarándose la

garganta.

—¿A qué se refiere? —
preguntó molesta.

Robert bajó la vista hasta el provocador escote y estuvo a punto de confundirse en un giro.

—Pues a que si no se hubiera vestido así —contestó enfadado consigo mismo—, no la molestarían los moscones como Wembley.

¿Cómo se atrevía a insinuar que aquel acoso era culpa suya? Profundamente disgustada, Sara intentó zafarse y apartarse de él. Pero el conde se lo impidió

apretando más su abrazo y pegándola todavía más contra su cuerpo. Sara le lanzó una furiosa mirada.

—¿Se puede saber lo que le ocurre con mi forma de vestir? Primero critica mi ropa vieja y ahora... —dijo apretando los dientes—, ahora esto. ¡Póngase de acuerdo, señor!

Descubrir que Sara se había puesto aquel vestido para él casi lo hizo explotar de placer. Aspiró fuertemente por la nariz y la contempló con verdadero deleite. Sus mejillas se habían sonrojado

y sus ojos negros centelleaban de enfado; del cual, como casi siempre, él era responsable.

Robert tragó con dificultad e inclinó la cabeza.

—Estás preciosa —susurró junto a su oreja—. Nunca en mi vida había visto una mujer más bonita.

Aquellas suaves palabras atravesaron dulcemente su alma. Sara separó la cabeza hacia atrás y lo miró a los ojos buscando cualquier señal de broma. Pero con lo único que se topó fue con la intensidad de su mirada azul.

Su corazón se saltó un latido y las piernas le flaquearon; menos mal que se encontraba entre sus fuertes brazos, porque no estaba segura de que fueran capaces de sostenerla.

Querría haberle dicho que lo encontraba arrebatadoramente atractivo con su traje de etiqueta. Querría haberle dicho que él era el hombre más apuesto que había visto nunca. Querría haberle dicho tantas cosas... Pero las palabras parecían atascársele en la garganta y un tímido y solitario "gracias", fue lo único que consiguió escaparse por sus

labios.

Prendida en su mirada y envuelta en sus brazos, el tiempo pareció volverse líquido y el resto del salón comenzó a evaporarse a su alrededor. Un poderoso hechizo los elevó del suelo y los arrastró a una extraordinaria fantasía en la que todo era posible; incluso que ellos dos pudieran vencer los desgastados convencionalismos y estar juntos para siempre.

El vals se terminó; pero él no la soltó. La gente aplaudió y algunas parejas abandonaron la pista

charlando animadamente mientras otras nuevas se incorporaron. Pero Sara y Robert parecían estar muy lejos de allí, ajenos a toda aquella actividad. Los dos permanecieron abrazados mirándose intensamente hasta que la siguiente pieza comenzó a sonar y reanudaron el baile.

Helen Luton se revolvió incómoda al contemplar el bochornoso espectáculo que el imprudente de su hijo estaba ofreciendo frente al resto de los invitados. Elizabeth Keating, duquesa de Devon, llevaba un buen rato sentada a su lado sin

decir una palabra. Helen sintió que la mujer ponía la mano enguantada sobre su brazo y se agachaba para hablarle en confidencia.

—Querida Helen, ¿quién es la muchacha que baila con el conde?

Lady Luton esbozó una fingida sonrisa.

—Oh, es su prima, excelencia —dijo restándole importancia—. La quiere como a una hermana.

Lady Keating la miró suspicaz con una sonrisa maliciosa dibujada en su arrugada cara.

—Pues si todos los hermanos se miraran así, Inglaterra sería un país de pecadores.

Helen inspiró profundamente, molesta por el perverso comentario de la anciana.

—Es la hija de mi primo, y yo misma respondo por su inocencia —exclamó.

—Desde luego ese vestido no es muy apropiado para una joven tan inocente, ¿no te parece, querida? Creo que debes asesorarla mejor la próxima vez. Siempre hemos confiado en tu buen gusto.

Helen apretó los dientes y volvió a mirar a la pareja.

—Lo único que está claro es que tu hijo ha bailado toda la noche con esa jovencita —continuó la duquesa de Devon visiblemente molesta—. Mi nieta y otras jóvenes respetables no han venido aquí para ser despreciadas tan descaradamente en público.

La duquesa se levantó apoyándose en el puño de plata de su bastón y, antes de retirarse, le lanzó una airada mirada desde arriba.

—Si tu hijo no puede controlar sus pantalones, quizás no es tan buen partido después de todo.

Helen miró a su alrededor esperando que nadie hubiese escuchado las escandalosas palabras de la duquesa. Pero, gracias a Dios, todo el mundo parecía distraído al observar la pista de baile o con alguna animada conversación.

La furiosa mirada de lady Luton vagó de nuevo hasta Robert y Sara. Cuando los contempló, un escalofrío le recorrió la espalda y su mente comenzó a funcionar a

toda velocidad. ¿Cómo no se había dado cuenta antes, cuando todo había estado sucediendo bajo su propio techo? El objetivo de aquella desvergonzada era atrapar un buen partido y, por todos los diablos que había apuntado alto: al conde de Rohard, nada menos. Aquella mosquita muerta no era tan ingenua como su padre después de todo. Pero no iba a permitir que estropeará lo que llevaba años construyendo, que tantas lágrimas le había costado. Por mucho de la familia que fuese, se la sacaría de encima sin el menor

remordimiento.

Mary se llevó la mano al pecho y exhaló un profundo suspiro cuando observó bailar a Robert y a Sara. Si alguna vez había tenido dudas acerca de lo perfectos que eran el uno para el otro, la forma en que su hermano la miraba las disipó todas. Una ligera punzada de envidia atravesó su corazón. Ella también habría querido que la contemplaran con aquella devoción.

Pero eso no era posible, y nunca lo sería.

Invadida por una profunda

tristeza, las lágrimas acudieron a sus ojos. Comenzó a respirar entrecortadamente, sentía como si un lazo invisible la ahogase apretándole las costillas. Tenía que salir de allí antes de que alguien se diera cuenta de su lamentable estado. Rápidamente llevó las manos a las ruedas de su silla y se encaminó hacia la puerta abierta de uno de los balcones.

Robert podía sentir contra sus muslos las esbeltas piernas de Sara. La tela de su vestido se le

envolvía en cada giro y el contacto íntimo con su cuerpo lo volvía loco. Aquella mujer se amoldaba a él con suma perfección. Contempló la cara sonriente y sonrojada de Sara, y una contundente certeza comenzó poco a poco a formarse en su mente: nadie, nunca, podría interesarle más.

Ninguna de las insulsas muchachas que su madre llevaba años presentándole le había provocado un ápice de interés: los ojos de Sara, sus labios, su sonrisa y ese cuerpo de escándalo; pero, además, su

independencia, sencillez, obstinadas y espontáneas opiniones, su sinceridad, su rebeldía y tozudez. Era inevitable, a partir de ese momento las compararía a todas con ella y ninguna tendría nada que hacer. Aquellos pensamientos lo hicieron sonreír. No, desde luego que no había podido hacer una elección menos adecuada para lo que se esperaba de él. Pero lo cierto era que le importaban un comino las expectativas ajenas.

Robert recordó las palabras de Lezcano y comprendió que podía seguir luchando contra aquellos

sentimientos, algo en lo que no había obtenido ningún éxito hasta el momento, o podía rendirse a la evidencia y reconocer de una buena vez lo que llevaba años negándose a sí mismo: amaba a Sara Brown.

Pese a todo, sabía que si se casaba con ella no podía esperar un matrimonio cómodo y convencional. La idea de que Sara se convirtiera en su esposa lo hizo suspirar de anhelo. Estaba claro que nunca sería una esposa sumisa y complaciente. Pero, aun así, le resultaba insoportable imaginarse un futuro en el que

ella no estuviera. Al observar de nuevo la sonriente cara de Sara, se preguntó si era aquello lo que deseaba en realidad, y la resuelta voz de su conciencia respondió al instante: "Absolutamente".

Diego paseaba entre los setos disfrutando de la soledad y de la brisa nocturna. No tenía ninguna intención de volver a la fiesta. Las conversaciones ebrias de la mayoría de caballeros lo disgustaban hasta conseguir enfurecerlo. No entendía por qué Robert intentaba introducir algo

de sentido común en aquellas cabezas huecas, preocupadas únicamente por recibir rentas y no hacer absolutamente nada más en la vida que gastar dinero. Y, si los insulsos caballeros lo disgustaban, sus esposas, viejas cotorras maliciosas, conseguían sacarlo de quicio. Y nada que decir de las jovencitas de buena cuna; dignas herederas de sus madres.

Enfadado, volvió a tirar del nudo de su corbata. Excepto la homenajeadá, todo en aquella reunión lo fastidiaba. Al recordar a Mary Luton un sentimiento de

ansiedad le aguijoneó el corazón. Estaba tan hermosa: sus increíbles ojos brillando de emoción, la línea de su suave mejilla, su precioso cabello, las curvas de sus pequeños pechos asomando a su escote... "Ya basta Diego, se dijo atormentado; tienes que dejar de pensar en ella de una buena vez. No es para ti".

Al volver la esquina un sonido llamó su atención. Un ligero gemido llegaba desde el otro lado del seto. Creyendo que se trataba de alguna pareja buscando un rato de intimidad, se dispuso a alejarse. Pero un nuevo sollozo

llegó hasta sus oídos. Escuchó con atención: no se trataba de ningún devaneo amoroso; aquello era un llanto, un llanto femenino.

Diego rodeó el seto dispuesto a echar un vistazo y lo que descubrió lo hizo paralizarse al instante. Mary Luton miraba al cielo y la luz de las estrellas brillaba en las lágrimas que en aquellos momentos resbalaban por sus mejillas.

Ella se sobresaltó cuando la gran sombra apareció de detrás del arbusto.

—Oh, es usted...

—¿Qué le pasa? —quiso saber Diego.

Mary suspiró y bajó la cabeza.

—Señor Lezcano, le estoy muy agradecida por todo lo que hace por mí —contestó suspirando—. Pero ahora váyase, por favor; quiero estar sola.

Diego tragó con dificultad. Deseaba complacerla y largarse de allí a toda velocidad, pero una poderosa fuerza mantenía sus pies pegados al suelo.

—¿Por qué llora? —preguntó con más brusquedad de la que le

habría gustado.

Mary se secó las lágrimas con el dorso la mano y le lanzó una mirada severa y empañada.

—Porque me apetece. Si le incomoda, puede irse.

Diego buscó en los bolsillos de su chaqueta y le tendió su pañuelo blanco.

—Tenga —dijo mientras se acercaba a ella.

Mary tomó el pañuelo y se sonó con un gesto poco femenino que a Diego le pareció de lo más encantador.

—Eso es. Límpiense esas

lágrimas, y dígame por qué estaba llorando. Quizás alguien le dijo algo...

La rudeza con la que él sugirió aquello la hizo sonreír.

—No, señor Lezcano, no lloro por eso. Llevo años insensibilizada contra los comentarios ofensivos.

Diego guardó de nuevo el pañuelo que ella le devolvió, y una creciente y punzante desazón comenzó a oprimirle el pecho. Él no se dio cuenta, pero había estado tironeando de su corbata durante todo el tiempo.

—¿Entonces por qué llora?

Mary lo observó, tiró de la manga de su chaqueta para que se inclinara hasta su altura.

Diego creyó que iba a revelarle alguna confidencia y se dejó arrastrar. Pero ella no dijo nada. Todavía sorbiendo por la nariz, apartó sus manos bruscamente de su corbata.

—Pues lloro por lo que llora todo el mundo —dijo por fin, mientras se concentraba en arreglarle el desastroso nudo—. Porque estoy triste.

Diego la contempló en silencio

mientras sus pequeñas manos jugueteaban contra su pecho. Aquel sencillo acto íntimo hizo que su respiración se volviese más profunda y pesada.

—Ya está —exclamó satisfecha—. Y deje de tirar de él.

Mary lo miró a la cara. Tenía el ceño fruncido y su cara estaba contraída en un gesto grave. Su pecho subía y bajaba con profundas bocanadas como si hubiese estado haciendo ejercicio.

—¿Por qué está triste? —preguntó Diego con aspereza.

Ella observó sus ojos y descubrió la genuina preocupación que se ocultaba tras su tosquedad. Exhaló un profundo suspiro y le abrió el corazón.

—Porque no puedo bailar.

Diego contempló la vulnerabilidad de su mirada y sintió que un puño se estrellaba contra su estómago desgarrándolo de dolor. Angustiado, tuvo que sujetarse a los apoyabrazos de la silla para no caerse de espaldas. Examinó su bonita cara humedecida

todavía por el llanto y una absurda idea comenzó a formarse en su cabeza. Tomó aire profundamente, mientras su mente le advertía a gritos que estaba cometiendo un grave error.

Por supuesto, Diego desoyó todas las advertencias de su sentido común. Se incorporó y tomó la pequeña mano de Mary entre las suyas.

—Lady Luton —dijo con delicadeza—, ¿me haría el honor de concederme este baile?

CAPÍTULO 19

MARY LO MIRÓ PERPLEJA.

—¿Intenta burlarse? Porque aunque esté impedida todavía puedo propinarle un buen puñetazo.

Aquel arretrato hizo sonreír a Diego. Allí estaba otra vez aquel carácter del demonio.

—Nada es imposible —dijo él con suavidad—. ¿Confía en mí?

Mary le lanzó una mirada de soslayo. No podía negar que sentía curiosidad por lo que pretendía. Además podía confiar

en él, su hermano le debía la vida y también la había salvado del rosal. Una chispa de temeridad prendió en su interior y decidió dejarse llevar por una vez en la vida. Contempló aquellos profundos ojos negros y una emoción desconocida le atrapó el corazón.

—Confío en usted.

Diego no podía creer que aquellas tiernas palabras de Mary Luton fueran dirigidas a él. Creyendo que se trataba de un sueño, parpadeó varias veces hasta que confirmó que todo

ocurría de verdad.

La música de la orquesta llegaba desde el interior del salón amortiguada por los sonidos de la noche veraniega. Diego se agachó, se pasó el brazo de Mary alrededor del cuello y la levantó de la silla mientras la abrazaba con fuerza alrededor de su estrecha cintura. Era tan pequeña y ligera que apenas tuvo que esforzarse para alzarla.

Mary tomó aire con fuerza ante la sorpresa. Se agarró de su voluminoso cuello y se acomodó sorprendentemente bien contra

el torso masculino. Él le rodeó la cintura con fuerza con el brazo derecho y extendiendo el izquierdo le tomó la mano en la posición perfecta para bailar. El señor Lezcano era mucho más alto que ella, lo que favorecía que sus pies colgasen a varios centímetros del suelo.

—Vamos allá —dijo Diego contra su oreja mientras comenzaba a girar con ella entre sus brazos.

Desde luego no se podía decir que el señor Lezcano fuese un gran bailarín. Pero su torpeza le

pareció exquisita en aquellos momentos. Extasiada por los giros y por la maravillosa sensación de la brisa contra su cara, Mary se fue relajando suavemente entre los fuertes brazos de él. "Esto es delicioso", pensó echando la cabeza hacia atrás, fascinada por las emociones que recorrían su cuerpo.

Después de la sorpresa inicial, había comenzado poco a poco a tomar conciencia del cuerpo que se apretaba contra el suyo. Contempló con interés sus familiares rasgos. La luz de la luna

resplandecía reflejada en su cabello negro peinado hacia atrás, lo que le aportaba un aspecto de lo más distinguido y apuesto. Mary se agarró de la solapa de su traje para reprimir las enormes ganas de acariciarle el pelo.

Miró la cara de profunda concentración del señor Lezcano y sonrió.

—Creí que no sabía bailar.

Diego sentía los pequeños senos de ella aplastados contra su torso. La calidez del cuerpo de la muchacha traspasaba las capas

de tela de su provocativo vestido y se le introducía por los poros, lo que conseguía que su sangre hirviera de deseo.

Diego no se dio cuenta de lo apretados que tenía los dientes hasta que se dispuso a contestarle.

—¿Y por qué pensaba eso?

—Pues porque en las fiestas nunca lo he visto sacar a bailar a ninguna dama.

Diego la miró con renovado interés. Una fuerte emoción lo hizo respirar con dificultad al saberse observado por ella

durante todos aquellos años.

—Quizás —consiguió decir con voz rasposa—, nunca me interesó ninguna lo suficiente como para invitarla a bailar.

Los azules ojos de Mary centellearon al entrever lo que podía significar aquello. De repente, todos sus sentidos se aguzaron hasta el límite. Contempló el semblante serio de él, y sus miradas quedaron prendidas la una en las profundidades de la otra. Sobresaltada, Mary apartó los ojos que se fijaron en su cuello y

en la pequeña venita que latía allí aceleradamente. Un escalofrío la recorrió de arriba abajo y tuvo que emplear todas sus fuerzas para reprimir el impulso de bajar la cabeza y pegar su boca contra el latente pulso de él. Pero su mano, mucho menos obediente que sus labios, se deslizó por su cuello en una suave caricia hasta llegar a la nuca, donde sus dedos se enredaron en los rizos color ébano.

Diego contuvo el aliento y se detuvo al instante. La música de la orquesta pareció quedar lejos, al igual que el ruido del agua que

corría en la fuente de piedra al otro lado del seto, y que los grillos, que parecieron cejar en sus cánticos. Lo único que permaneció envolviéndolos a ambos fue el sonido de sus agitadas y acompasadas respiraciones.

Envuelta en su cálido abrazo, Mary le empujó delicadamente la cabeza hacia atrás.

—Señor Lezcano, yo... toda mi vida he deseado... quiero decir, me gustaría saber lo que se siente al ser besada. Así que... — Mary se humedeció los labios y,

poseída por la imprudencia de una temeraria, tomó aire obligándose a terminar su incoherente discurso—señor Lezcano, ¿tendría usted la amabilidad de... de besarme?

Diego cerró los ojos absorbiendo el significado de aquellas palabras. Los abrió de nuevo y observó su jugosa boca entreabierta, sus anhelantes ojos azules, sus mejillas, su delicada barbilla, la blancura de su cuello... Qué hermosa era.

Su autocontrol cayó a sus pies, hecho mil pedazos. Diego aferró

su cintura con violencia y su mano subió por la espalda de la joven hasta su cuello. Enterró los dedos entre sus cabellos hasta que todas las horquillas se soltaron. Contempló fascinado cómo la melena rubia caía en suaves ondas alrededor de su cara.

La mirada oscura de Diego quedó prendida en su boca. ¡Qué fácil sería dejarse llevar! Besarla hasta perder el sentido e invadirla entera con su lengua hasta robarle el aliento. Pero sabía que aquello no serviría para satisfacer su descomunal apetito

por ella. Si comenzaba, un simple beso no serviría de nada para aplacarlo. Probablemente terminaría tumbándola debajo de él, le arrancaría con los dientes aquel vestido que llevaba tentándolo toda la noche, y la poseería con la violencia y el arretrato de un animal. "¡Vamos, hombre, ella te lo está pidiendo!", gritó una endemoniada voz en su interior.

Pero aquella no era una mujer cualquiera. Se trataba de la virginal Mary Luton que, además de ser la hermana de su socio y mejor amigo, era la única que

había conseguido colarse en sus sueños y ablandarle el corazón. Por ella había maldecido hasta hartarse su vergonzoso pasado, por ella había deseado con todas sus fuerzas ser otra persona: un honorable y perfecto caballero merecedor de reclamarla para él. Pero no era así. No era más que un tramposo extranjero que había llegado a Inglaterra escondido en un barco escapando de la justicia de su país.

Aspirando con dificultad, Diego se obligó a sí mismo a dejarla otra vez en la silla. Cada dolorido

músculo de su cuerpo protestó a gritos al separarse de ella.

Mary soltó un pequeño gemido de protesta por la brusquedad del señor Lezcano al soltarla.

—Pero, ¿qué hace? Creí que...
—susurró—que iba a besarme.

Cuando Diego se dispuso a hablar, la mandíbula le escoció de dolor.

—Me gustaría hacer mucho más que besarla —dijo con una voz que no reconoció como propia—. Si comenzara, no podría detenerme en un beso. Créame, le estoy haciendo un favor.

Terriblemente afligida por su rechazo, las lágrimas volvieron a empañarle la mirada.

—¿Un favor? —exclamó mientras la ira comenzaba a hervir en su interior—. ¡No sea necio! No necesito que me proteja. Ya tengo un hermano para eso y no quiero otro. Solo deseo saber lo que se siente al ser besada como cualquier otra chica, eso es todo. Pero si no se considera capacitado para hacerlo, entraré y se lo pediré a otro.

—¿Cómo dice? —gruñó Diego.

Mary hizo girar la silla para esquivarlo y se dirigió a la casa.

—Hoy cumpla veintiséis años y quiero que me den un beso. Ya que usted no me desea, voy a pedírselo a otro. Buenas noches, señor.

En dos pasos, Diego se colocó delante interrumpiéndole el paso. Se inclinó sobre ella agarrando los apoyabrazos de la silla para detenerla.

—Tú no vas a ninguna parte — susurró frente a su cara.

Diego miró sus centelleantes ojos azules y se perdió en ellos.

—¡Por todos los demonios! —
rezongó impotente antes de
atrapar su cara entre las manos y
cubrir la boca femenina con la
suya.

Los labios de Mary eran suaves
y cálidos. El sabor de su dulzura
despertó en él un apetito que
estuvo a punto de hacerlo
estallar en pedazos. Diego movía
su cabeza contra su boca
explorándola cada vez más
profundamente. Ella jadeó
cuando notó cómo él acariciaba
su labio superior con la punta de
la lengua. Aquel sonido de placer
lo volvió loco. Desesperado,

introdujo la lengua e invadió por completo su exquisita boca. Mientras se concentraba en devorar sus labios, había comenzado a trazar ligeros círculos con los pulgares en sus mejillas mientras le sujetaba la mandíbula. Sus manos volaron hasta la parte posterior de su cabeza hundiéndose con deleite en su sedosa melena. Diego la agarró del pelo y profanó su boca con intensos y húmedos besos hasta perder el control.

Cuando notó que sus piernas apenas eran capaces de sostenerlo, Diego separó su boca

de la de ella y apoyó su frente contra la de la joven. Respiraba con dificultad, completamente extenuado de resistirse a hacerle el amor allí mismo.

—Espero —dijo con voz entrecortada— que su curiosidad haya quedado satisfecha.

Aspirando fuertemente por la nariz, se incorporó haciendo acopio de las pocas fuerzas que le quedaban. Se giró y se alejó de ella a grandes zancadas por el sendero que se adentraba en los jardines.

Ya a solas, bajo la indolente

mirada de las estatuas de piedra del jardín, Diego alzó la cara hacia la brillante luna, y un aullido de frustración surgió desde lo más profundo de su ser hasta quedar atrapado en su garganta para siempre.

Mary observó sus nudillos blancos por la fuerza con la que se sujetaba a los apoyabrazos, y se dio cuenta de que había permanecido todo el tiempo aferrada a su silla. De repente, su cuerpo comenzó a sacudirse en un llanto incontenible, traspasado por un arrollador estremecimiento que le oprimía

el pecho y que brotaba a través de sus ojos en forma de lágrimas. Pero esas lágrimas, que dejaban cálidos regueros por sus mejillas, ya no respondían a un sentimiento triste; ahora, su desconsuelo provenía de un lugar mucho más hondo y oscuro que la tristeza. No sabía lo que le ocurría, pero de lo que podía estar segura era de que nunca volvería a ser la misma después de aquella noche.

Con mucho esfuerzo consiguió recogerse el pelo con manos temblorosas. Con la respiración entrecortada, sus ojos

empañados vagaron hasta el oscuro sendero por el que el señor Lezcano había desaparecido. Al pensar en él y en... en aquel increíble beso, una desconocida energía sacudió su pecho.

—Ay, Dios mío... —susurró llevándose una mano al corazón.

CAPÍTULO 20

SARA PASEABA INQUIETA DE UN LADO A OTRO DE LA SALITA EN LA QUE COMPARTÍAN las veladas en familia. Después de darse cuenta de las miradas que habían atraído durante el baile, Luton se había separado de ella. Pero antes de abandonar la pista le había susurrado al oído que necesitaba hablarle a solas, y que lo esperase en aquella salita privada en donde nadie los molestaría.

Sara se frotaba las manos con

nerviosismo tratando de poner en orden sus pensamientos. No comprendía qué estaba sucediendo últimamente entre el conde y ella. Era como si de repente alguien hubiese despertado a un gigante dormido durante años y este, enfadado por la interrupción, hubiese desplegado un caos a su alrededor. Sara compuso un gesto quejumbroso. Sí, eso era exactamente lo que ella sentía: un completo y desastroso caos en su interior.

Recientemente nada tenía orden ni concierto en su vida. Sus

primos la estaban volviendo loca. Sobre todo Robert, que con cada mirada hacía que el corazón se le acelerase a una velocidad endemoniada. Sí, debían hablar. Aquello no era normal. No debían dilatarlo más; aquella noche sería perfecta para aclararlo todo. Seguro que encontrarían una forma de arreglarlo. Ella estaba dispuesta, aunque la única solución fuese marcharse de Sweet Brier Path. Una exaltada voz en su interior protestó con vehemencia cuando la idea de alejarse de él se formó en su mente.

Un ruido en la puerta llamó su atención. Había llegado el momento de ser valiente y aclararlo todo. Sara se giró dispuesta a encarar su destino. Pero los ojos azules que la miraban con dureza desde la entrada de la salita no eran los de Robert. En su lugar, la condesa de Rohard cerró la puerta con suavidad y entró en la estancia con gesto severo.

La condesa se acercó hasta Sara y una fingida sonrisa asomó a sus labios.

—Buenas noches, querida.

Supongo que tu presencia aquí no se debe a que la fiesta te resultara aburrida.

Aún paralizada por la sorpresa, a Sara se le atragantaron las palabras. No podía contarle a lady Luton que estaba esperando a su hijo. No hubiera servido de nada que le jurase que solo quería hablar con él, porque no le creería. Reunirse con un caballero a solas; contravenía todas las normas de decoro y prudencia que una dama debía seguir. Y Sara sabía que la condesa no aprobaba casi ningún aspecto de su comportamiento,

pues su censura no le había pasado desapercibida durante todas las veladas en familia.

Podía decirle que estaba allí intentando alejarse del bullicio del baile para descansar un momento; pero eso era una mentira y ella no sabía mentir, siempre se le notaba.

Descartó todas las posibilidades de explicarse y se limitó a saludarla intentando que su voz sonase firme.

—Buenas noches, señora —dijo con un deje de temblor—. No, mi presencia aquí no se debe a que

no lo pasase bien en el baile. De hecho, me he divertido mucho.

La condesa aspiró incómoda.

—Sí, de eso no me cabe la menor duda —exclamó con sarcasmo—. El espectáculo que mi hijo y tú habéis dado ahí fuera tardará tiempo en olvidarse.

Sara sintió cómo un escalofrío recorría su espalda. De modo que aquel encuentro no era casual. La había buscado para echarle una reprimenda por... bueno, no estaba muy segura del motivo. Pero, por lo visto, lady Luton no tenía ninguna intención de

marcharse sin que antes se enterase.

Sara respiró hondo intentando calmarse y de que su tono sonase lo más conciliador posible.

—Disculpe, señora, pero no la entiendo.

La condesa, que había comenzado a caminar de un lado a otro, se giró bruscamente hacia ella.

— ¡No seas cínica, niña! — estalló—. Conmigo no tienes que disimular ni hacerte la mosquita muerta. Puedes sacarte la máscara. Sé muy bien a qué

juegas.

El corazón de Sara comenzó a latir deprisa.

—Le juro que no la entiendo.

Lady Luton se acercó a ella enfurecida. Sara dio un paso atrás ante el ímpetu de la dama.

—¿Juras? —siseó junto a su cara—. Tus juramentos no valen nada.

Sara no comprendía a qué venía aquel arretrato de furia si solo había bailado con el conde. Bueno, tal vez uno o dos bailes de más, pero aquella reacción era igualmente desproporcionada.

—Señora, quizás si nos sentáramos a hablar podríamos intentar aclarar...

— ¡Nada! No tenemos nada que aclarar. Quiero que descartes a mi hijo como uno de tus objetivos. Tú no eres para él. Alguien de su posición debe escoger entre las damas de su clase. Las que, por cierto, esperaban bailar con él hasta que tú apareciste esta noche.

Profundamente dolida con aquellas insinuaciones, Sara sintió como si le hubiesen arrojado un cubo de agua fría por

encima. De modo que la condesa creía que su intención era la de atrapar a su hijo.

—Desde el momento en que recibí la carta de tu madre — continuó lady Luton—, supe que era una mala idea. Pero luego Mary se empeñó, y ya no pude hacer nada por evitar el desastre.

Aquello llamó la atención de Sara, que la miró confusa.

—¿La carta de mi madre?

—Sí, la carta de tu madre.

La condesa fue hasta su pequeño escritorio y sacó un papel doblado que entregó a Sara

con desprecio.

Sara reconoció al instante la familiar letra de su madre y leyó. Según iba pasando las líneas, un nudo comenzó a formarse en su interior y a estrujarle el estómago.

Terminó de leer completamente abatida y avergonzada, y comprendió el enfado de lady Luton. ¿Cómo explicarle? ¿Cómo decirle que ella no sabía nada de todos aquellos planes, que también había sido engañada, y que su única intención desde que había

llegado allí había sido la de acompañar y ayudar a Mary?

Sara depositó la hoja en la mesita y miró a la condesa con desesperación e impotencia.

—Señora, le aseguro que yo no sabía nada de esto. —Tomó aire profundamente intentando serenarse—. Puedo jurarle que nunca he tenido la intención de...

—¡No jures, desvergonzada!

Helen Luton le lanzó una mirada cruel. Luego, una perversa sonrisa acudió a sus labios.

—Tú y tu madre lo tramasteis muy bien. Pero lo más ruin es que

has aprovechado el aprecio que la pobre Mary os tiene para entrar aquí, cuando tu única intención ha quedado clara con ese vestido y tu vergonzosa actuación de esta noche: pretendes colarte en la cama de mi hijo y casarte con él.

La condesa observó durante unos segundos la cara descompuesta de Sara, pero aquello no le hizo moderar ni un ápice su ataque.

—No contabas con que te descubriera, ¿verdad? ¿Cuál era tu plan? ¿Citarlo aquí y hacer que

alguien os descubriese para comprometerlo? No voy a permitirte, ¿te queda claro?

Sara comprendió que era inútil explicarse. La condesa ya se había formado una opinión y, equivocada o no, era imposible discutir con ella. Sus pensamientos volvieron a su madre y a la vergonzosa carta. Dios mío, y pensar que Mary y Robert la habían leído y creían que ella había ido allí a... —un gruñido de dolor escapó de su garganta— a pescar un marido. Recordó las mentiras que Lydia había empleado para embaucarla

y una ira irrefrenable comenzó a crecer dentro de ella. "En cuanto llegue a casa voy a matarla", se dijo a sí misma. Sin hacer caso a la expresión adusta de la condesa, pasó por su lado y salió de la habitación.

Sara recorrió precipitadamente el pasillo mientras notaba el escozor de las lágrimas. Se limpió los ojos enfurecida con el dorso de la mano, y se recogió las faldas para ir más deprisa. Tenía que salir de allí cuanto antes.

Mientras, Robert recorría a

grandes zancadas los interminables corredores en dirección a la sala. Llegaba tarde y temía que Sara se hubiese cansado de esperarlo. Recordó con disgusto la molesta charla del marqués de Hull. El anciano marqués lo atrapó cuando intentaba escabullirse del salón para darle un discurso interminable acerca de las enormes truchas que había capturado durante aquellos días. Sin contar con la interrupción, Robert había esperado unos minutos para que nadie lo viese abandonar la fiesta detrás de

Sara; ya habían suscitado suficientes chismorreos durante su baile. Aquello no estaba en sus planes, pero le daba igual. Todas aquellas personas se enterarían tarde o temprano de que se había enamorado de su prima, pues tenía la intención de convertirla en la próxima condesa de Rohard. Robert sonrió dichoso ante aquella idea y aceleró todavía más su marcha, deseoso de reunirse cuanto antes con Sara.

Sara no vio a la alta figura que se dirigía hacia ella por el pasillo hasta que chocó contra la dureza

de su pecho.

Robert la tomó entre sus brazos, contento de que hubiese salido a su encuentro. No se dio cuenta de que algo iba mal hasta que Sara se revolvió con violencia para soltarse de su abrazo.

— ¡Márchate! —exclamó introduciendo los puños entre sus cuerpos para intentar alejarlo.

Desconcertado, Robert contempló sus ojos llorosos.

—Pero, ¿qué te pasa? —preguntó preocupado.

— ¡Suéltame, por favor!

Sara intentó zafarse, pero él la tomó fuertemente por los brazos y la obligó a mirarlo.

—No pienso dejarte hasta que me digas qué te ocurre.

Las lágrimas descendían libremente por las mejillas de Sara.

Robert sacó su pañuelo y conmovido le limpió la cara sujetándola suavemente por el brazo.

Sara lo dejó hacer mientras lo miraba en silencio.

Robert volvió a abrazarla y ella se dejó arrastrar.

Desesperada, Sara enterró la cara en su pecho y aspiró el cálido aroma de su cuerpo. Dios, cómo iba a echarlo de menos.

—N... no deberías perder tu tiempo conmigo —dijo sorbiendo por la nariz sin poder mirarlo a los ojos—. Un montón de... de jovencitas apropiadas esperan a que bailes con ellas.

Completamente confundido, Robert la miró fijamente intentando extraer algún significado a sus incoherentes palabras.

—Sara, ¿qué ha pasado? —

preguntó suavemente mientras le acariciaba el pelo.

—Pasa que me voy. Me marcho de aquí.

Un gesto de alarma atravesó el semblante de Robert.

—¿Cómo? —dijo con aspereza—. De eso, nada.

—Sí, todo fue una mentira.

— ¡No entiendo nada! — exclamó frustrado. Robert la tomó de la mano y tiró de ella.

—Ven, iremos a la sala y hablaremos con más calma.

—¡No!

Sara dio un tirón y soltó su mano. Corrió escaleras arriba con él pisándole los talones. Alcanzó la puerta de su habitación y se escurrió en su interior.

Robert trató de alcanzarla, pero llegó tarde y la puerta se cerró en sus narices.

Sara comenzó a sacar todos sus vestidos y a arrojarlos desordenadamente sobre la cama. Miró a la puerta y permaneció impasible a los golpes que Robert le propinaba y que quedaban amortiguados por la música que subía desde el

salón.

— ¡Sara! —gritó enfadado
—. Abre la puerta.

—¡No, márchate!

La mente de Robert funcionaba a toda velocidad. Podía seguir aporreando la puerta y montar un buen escándalo; o bien podía recurrir a la única persona capaz de convencer a Sara: su hermana.

Impotente, Robert lanzó una última mirada a la puerta y se marchó a toda prisa a buscar a Mary.

Al bajar las escaleras vio que su hermana entraba al vestíbulo por

una de las puertas de la terraza. Robert fue hasta ella y observó que también estaba llorando.

—Pero ¿qué pasa esta noche?
—exclamó mirando al cielo.

Mary lo miró sin comprender y se secó las lágrimas con el dorso de la mano.

Robert suspiró desanimado y rebuscó en su chaqueta en busca de un pañuelo. Pero recordó que se lo había dado a Sara. Lo único que encontró fue un guante blanco de gala que le tendió a su hermana.

Mary lo miró confusa.

—Tendrás que disculparme — exclamó él con ironía—, pero el pañuelo se lo llevó otra fuente inagotable de lágrimas.

Mary lo miró con fastidio mientras se sonaba en el guante.

—¿De qué estás hablando, Robert?

—Pues de que nuestra querida prima salió corriendo de la fiesta llorando como una magdalena y se ha encerrado en su cuarto diciendo que se marcha.

—¿Cómo que se va? —exclamó Mary alarmada volviendo la vista hacia las escaleras.

Se giró bruscamente hacia su hermano y le dedicó una mirada asesina.

—¿Qué le has hecho?

—¿Yo? —dijo él impotente.

Mary empujó su silla hasta las escaleras y extendió los brazos hacia Robert.

—Deprisa, súbeme.

Robert la tomó en brazos y la llevó al piso de arriba.

CAPÍTULO 21

MENTIROSA, MANIPULADORA... ESTO NO TE LO VOY A PERDONAR EN LA VIDA, mamá. ¡Qué vergüenza!". Los pensamientos de Sara volaban frenéticos mientras terminaba de sacar su ropa del armario.

En aquel momento, unos ligeros golpecitos sonaron en su puerta, y la suave voz de Mary llegó desde el otro lado.

—Sara, querida, déjame entrar por favor.

—Déjame sola, Mary.

Robert miró a su hermana y señaló a puerta mientras con sus labios articulaba un "¿Qué te decía?".

Mary se giró sin hacerle caso y volvió a llamar a la puerta.

—Sara, cariño, necesito que me ayudes.

Robert achicó los ojos observando cómo la incorregible de su hermana desplegaba todas sus armas de manipulación.

Un sonido en el picaporte los hizo comprender a ambos que Sara había sacado el pestillo.

Sara se apartó de la puerta

justo en el momento en que los dos hermanos entraron en tromba.

Robert se llevó las manos a la cintura y observó con el ceño fruncido los arrugados vestidos sobre la cama.

—¿Adonde crees que vas? — preguntó en tono abrupto.

Sara pasó a su lado sin mirarle a la cara.

—Me voy a casa.

—Ah, no —dijo él mientras tomaba uno de sus vestidos y volvía a colgarlo torpemente en el armario—, de eso ni hablar.

Mary permanecía callada y observaba a Sara fijamente.

—Robert, déjanos solas —dijo por fin, sin apartar los ojos de su prima.

—No —contestó obstinado.

Mary fue hacia su hermano y lo contempló melosa.

—Robert, si no te marchas, no podré saber lo que ocurre ni cómo solucionarlo.

Observó a su hermana, luego a Sara, y su mirada volvió a Mary. Absolutamente a desgano, Robert se dio la vuelta y salió de la habitación.

Mary escuchó a Sara despotricar mientras se movía nerviosa por la habitación.

—Bueno, y ¿qué importa cómo fue?

—Me engañó, Mary, ¿no te das cuenta? Mi madre solo quería que viniese aquí para aprovecharse de vosotros. —Sara se cubrió la cara con las manos completamente avergonzada.

Sara le contó a Mary la sucia artimaña de Lydia. Pero omitió cómo había descubierto la carta ya que no le mencionó la discusión que había mantenido

con la condesa. No quería que lady Luton pensase que había intentado enfrentarla a sus hijos.

—Pero, Sara, es solo una cuestión de formas —replicó Mary.

Sara no la escuchaba y caminaba de un lado a otro del cuarto, intentando preparar su equipaje. Se agachó y sacó una maleta de debajo de la cama en la que comenzó a guardar desordenadamente su ropa.

Mary la contempló inquieta.

—Sara —dijo suavemente mientras sacaba los vestidos de la

maleta—, lo único que importa es que, al final, tú nos has ayudado más a nosotros que al revés.

Sara le quitó a su prima la prenda de las manos.

—Mary, ¡estate quieta!

— ¡No! —exclamó enfadada—. No puedes irte. Todavía tienes que ayudarme.

—¿Ayudarte? Mary, no digas tonterías.

— ¡¿Tonterías?! —gritó—. Ven a ver lo tontas que hemos sido.

Mary giró su silla con tanto ímpetu que a punto estuvo de

volcar. Abrió la puerta con tal arretrato que la se estrelló con estrépito contra la pared, mientras salía a toda velocidad de la habitación.

Preocupada, Sara fue tras ella.

Robert, que había permanecido en el pasillo paseando de un lado a otro, contempló desconcertado salir a su hermana.

Sara salió tras ella y se topó con la mirada interrogante de él. Los dos se giraron en la dirección que Mary había tomado y fueron tras ella.

Mary entró en su cuarto como

una exhalación y se dirigió hacia las barras paralelas.

Robert y Sara aparecieron al mismo tiempo en el vano de la puerta.

Mary les lanzó una mirada desafiante.

—¿De modo que tonterías, eh?

—Mary... —comenzó a decir Sara con aire cansado.

—¡Callad y sentaos los dos! — chilló impaciente. Ambos se miraron y se sentaron en el borde de un sillón al mismo tiempo.

Después de lo que le había pasado en el jardín, Mary

necesitaba a Sara más que nunca. Debía retenerla allí como fuera. Que ella se marchase no era una opción. Mary observó los dos extremos de las barras y tomó aire absolutamente decidida a intentarlo por última vez. Rezando, se agarró con firmeza a las barras e hizo un gran esfuerzo para ponerse de pie. Sus piernas parecieron oír sus ruegos porque la sostuvieron al primer intento.

Robert se puso de pie y contempló aquel milagro con el corazón martillándole en el pecho. Miró atónito a su hermana y luego a Sara, que

permanecía sentada como si aquello no la sorprendiera. ¿Es que no comprendía que Mary acababa de desafiar los pronósticos de los mejores médicos del mundo?

Sara tomó su brazo y tiró de él. Robert volvió a sentarse atónito, sin apartar los ojos de su hermana.

Logrando mantener el equilibrio con bastante perfección, Mary contempló la punta de sus pies hasta que, tras un esfuerzo titánico, el izquierdo se movió por sí solo hacia

delante. Mary respiró con dificultad, profundamente emocionada con su pequeño y torpe primer paso.

Deslizó sus manos por las barras y, con otro embate de energía, logró que el pie derecho se uniese al izquierdo.

Mary los miró sonriente con la cara empapada en sudor. Pero la imagen de su hermano y Sara comenzó a distorsionarse y a fundirse en negro. De repente, una profunda debilidad asaltó todo su cuerpo y sus brazos empezaron a temblar.

Cuando comprendió que su hermana iba a desmayarse, Robert se levantó y la tomó en brazos para llevarla a la cama.

Robert contempló preocupado la cara de Mary, pero ella le devolvió una tranquilizadora sonrisa.

—Estoy bien, Robert, déjame en la silla.

Robert la depositó con cuidado en la silla y la miró intensamente emocionado.

—¿De modo que para eso eran las barras?

Mary se rió cansada y abrazó a

su hermano.

Sara permaneció sentada y contempló la escena como si no estuviese en la habitación. Observó a aquel hombre poderoso llorar emocionado mientras abrazaba el cuerpo laxo de su hermana, y una profunda congoja se apoderó poco a poco de ella. Quería acercarse y fundirse con él. Anhelaba formar parte de todo su ser. Lentamente, una certeza irrefutable atravesó como un rayo de luz en su alma: se había enamorado de Robert Luton. No sabía desde cuándo, quizás desde siempre.

Sara exhaló un profundo suspiro y las lágrimas resbalaron con suavidad por sus mejillas: había encontrado al hombre de su vida.

Mary contempló a Sara, que permanecía en silencio con los ojos otra vez empañados en lágrimas.

—¿Todavía sigues pensando que no deberías haber venido?

Sara se levantó y salió corriendo hasta ellos. Se arrodilló a su lado y los abrazó estrechamente.

Los tres permanecieron

abrazados durante un buen rato hasta que el cuerpo de Mary comenzó a agitarse.

—Me estáis aplastando las piernas —exclamó con la voz rota de risa.

Robert y Sara la contemplaron sorprendidos, y los tres prorrumpieron en carcajadas.

Mary se secó las lágrimas.

—No te vas, ¿verdad? —murmuró ansiosa volviéndose hacia Sara.

La mirada de Robert voló ávida hasta ella. Sara contempló los dos pares de ojos azules

observándola expectantes y negó con la cabeza.

—No —susurró emocionada—.
Me quedo aquí.

CAPÍTULO 22

LOS FESTEJOS TODAVÍA DURARON VARIOS DÍAS MAS. DURANTE EL DÍA, LAS DAMAS se reunían para jugar al bridge o para dar bucólicos paseos por los jardines acompañadas por algún caballero. Sobre las cinco se comenzaba a servir el té en las salitas de la primera planta. Era el momento en el que se organizaban diferentes reuniones femeninas para ponerse al día de las posibles parejas y enlaces, que se establecían durante las cenas y bailes con las que los

invitados eran agasajados por el conde de Rohard.

Los caballeros organizaron jornadas de pesca de lo más productivas a lo largo de la semana. Luton y Lezcano no desaprovecharon ninguna oportunidad de ganarse los apoyos con los que sacar adelante su innovadora propuesta de ley. Diego, más atento siempre a la posibilidad de negocio que a las buenas obras, mostró gran interés en la máquina de Babbage, y le prometió visitarlo en la universidad para conocer más de

cerca su máquina analítica y su funcionamiento.

Sweet Brier Path no recuperó su normalidad hasta varias semanas después, cuando el último invitado se hubo marchado. Todo pareció regresar entonces a la feliz rutina de antes. Robert revisaba el estado de sus arrendatarios y ultimaba su presentación en el Parlamento, lo que lo mantenía ocupado durante todo el día. Diego Lezcano se quedó después de las fiestas para poner al día al conde acerca del estado de sus inversiones.

Sara volvió agradecida a la rutina. Mary y ella regresaron con renovadas energías a sus entrenamientos diarios. Después de la noche del baile vislumbraban la meta de aquellos ejercicios con una esperanza diferente, más real. Pero a Sara no le pasó por alto que algo había cambiado en su amiga. Su carácter se había vuelto más dócil, aunque desde el día del baile parecía que algo la inquietaba. En el transcurso de sus sesiones matinales perdía la concentración más de lo normal, permanecía largos instantes con

la mirada perdida, y durante sus charlas se distraía con bastante facilidad.

Fue a lo largo de aquellos días cuando llegó una carta de Ravenhill, pero, todavía molesta con las mentiras de su madre, Sara se negó a contestarle hasta serenarse y pensar con claridad lo que iba a decirle. En su lugar, le escribió a la buena de Rose para contarle lo mucho que avanzaba con Mary.

En lo que respectaba a la condesa, su trato no cambió de forma sustancial. Sus jaquecas la

mantenían encerrada en su cuarto durante la mayor parte del día y aparecía a la hora de la cena con aspecto cansado. Sara decidió no empeorar más aún su relación con lady Luton y no les contó a sus hijos el altercado que habían tenido la noche de la fiesta. No quería que Mary y Robert se enfadasen con ella y fomentar todavía más el odio que ya le tenía la dama.

Después de descubrir sus sentimientos por el conde, Sara intentó mantener una distancia prudente. Pero le fue imposible: lo amaba. Durante el día lo

echaba de menos y se descubría repasando su última conversación y sonriendo como una boba al recordar sus provocaciones y duelos verbales. Deseaba con desesperación que llegase la noche para verlo. Le encantaba comprobar el efecto que sus sutiles bromas provocaban en él, haciendo que un brillo particular acudiese a sus preciosos ojos azules.

Durante la cena, ambos se enzarzaban en acalorados debates acerca de cualquier cosa: moda, el voto femenino, Napoleón, la economía inglesa...

incluso el clima constituía un tema de sumo interés para ambos. La condesa permanecía alerta a todas esas animadas charlas y, sobre todo, a las intensas miradas que Robert y Sara se dedicaban. En lo que respectaba a Mary y al señor Lezcano, ambos guardaban silencio observando el combate dialéctico que se desarrollaba en la mesa. Pero a Sara no le había pasado desapercibido el hecho de que Mary estaba más tímida y cohibida de lo normal, sobre todo en presencia del socio de su hermano. Por su parte, había

descubierto al señor Lezcano en más de una ocasión observando a Mary con una intensidad que le hacía sospechar que algo había ocurrido entre ellos.

Después de unas semanas, Diego Lezcano se marchó a Londres y Mary pareció volver a ser la misma durante las cenas y las posteriores veladas. Sin embargo, durante el día parecía ensimismarse fácilmente, y Sara la había sorprendido alguna vez llorando a escondidas. No le preguntó nada. Mary se lo contaría cuando estuviese preparada, no quería presionarla.

El verano pronto dio paso al otoño y este al frío invierno. Sweet Brier Path se engalanó para las celebraciones navideñas y Mary, ayudada por Sara, se afanó en la organización de la subasta anual de recaudación de fondos para los más necesitados. La puja se organizaría en la iglesia el día antes de Navidad.

Las noches se hicieron largas y la familia pasaba mucho más tiempo al calor del fuego.

—Robert, pronto se va a celebrar la subasta navideña, ¿qué has pensado donar este

año? —preguntó Mary mirando a su hermano, que leía el diario al lado de la chimenea.

Sara levantó los ojos de su libro y contempló a Robert.

—¿Qué te parece una silla de montar? —contestó él.

Mary asintió satisfecha.

Robert fingió continuar con su lectura, pero sus ojos se prendieron en los de Sara. Su larga y salvaje melena se escapaba de su recogido y la luz del fuego bailaba en su rostro bañándolo de reflejos dorados.

La deseaba; cómo la deseaba.

Después de su intento de marcharse de Sweet Brier Path durante la fiesta de cumpleaños de Mary, Robert decidió no presionarla con la intención de darle espacio y que se acostumbrara a aquel lugar al que él pertenecía, y que tanto deseaba compartir con ella. Pero, por lo visto, cuando tomó aquella decisión no tenía ni idea del infierno al que se enfrentaba. Cada fibra de su cuerpo anhelaba su contacto. Cuando se metía en la cama debía aferrarse a la colcha para no salir en su busca en plena noche y hacerle el amor

de todas las formas imaginables. Sara se colaba en sus pensamientos en cada momento del día, e invadía sus sueños cada noche. Robert se despertaba empapado en sudor después de soñar que exploraba cada uno de sus encantos hasta enterrarse en su dulce cuerpo con sumo deleite.

Sara le sonrió con afecto y él le devolvió la sonrisa. Ella era la única que podía lograr que solo con aquel inocente gesto, su corazón latiese acelerado. Sí, decididamente tendría que hablarle un día de aquellos.

El ligero carraspeo de la condesa los arrancó a ambos de su trance.

—Sara, querida, supongo que tendrás ganas de reunirte con tu familia para celebrar estas fiestas —dijo Helen Luton esbozando una fingida sonrisa de comprensión.

Sara no había pensado en viajar a Ravenille para Navidad. Todavía seguía muy molesta con su madre. En las cartas, Rose le informaba que todo marchaba como siempre y eso la tranquilizaba.

Mary bajó enseguida su labor de costura.

—De eso, nada —exclamó alarmada girándose hacia Sara—. Tienes que quedarte. Cuento contigo para ayudarme a arreglar la subasta y tenía muchas ganas de que pasaras aquí la Nochebuena. Al fin y al cabo, esta también es tu familia.

Robert la contempló expectante.

Sara los miró a todos profundamente emocionada.

—Me encantaría compartir la Nochebuena con vosotros, ya que

yo también os considero mi familia.

Aquella declaración colmó el corazón de Robert.

—Pero —continuó Sara—usted tiene razón, señora, mi madre también deseará mi compañía. Durante las fiestas se pone muy triste, pues es cuando más echa de menos a mi padre. Si os parece bien, me quedaré para Navidad y me iré a Ravenville para celebrar el Año Nuevo.

Robert se revolvió incómodo en el sillón. Mientras, Mary la miraba con lágrimas en los ojos.

La única que permanecía impasible era la condesa que la observaba sin emoción.

—Sara, no me gustaría que te marcharas —susurró Mary intentando reprimir el llanto—. Pero comprendo que sería egoísta de mi parte intentar retenerte a mi lado mientras tu madre tiene que pasar sola estas fiestas.

—A menos que... — interrumpió Robert pensativamente.

La atención de las tres mujeres se centró en él.

—¿A menos que qué? — preguntó una impaciente Mary—. No entiendo por qué nunca terminas las frases, y más cuando se trata de algo tan importante. Robert, deberías...

Robert silenció a su nerviosa hermana con un gesto de la mano y una sonrisa afloró a sus labios al darse cuenta de que aquella idea podía servir, y mucho, a sus futuros planes con Sara.

—A menos que la señora Brown se traslade a Sweet Brier Path para pasar las fiestas con

nosotros. Así no tendríais que pasarlas separadas y ella no estaría tan triste.

Sara lo miró profundamente conmovida al darse cuenta de que él pensaba en el bienestar de su familia como si fuera la suya. Asintió lentamente, sin pasársele por alto la profunda mirada de advertencia que la condesa le lanzó. Pero Sara decidió obviarla. ¡Qué demonios! Estaba feliz.

—¿Podría invitar a Rose? Ella es nuestra criada y lleva con nosotros un montón de años. Es como de la familia.

—Por supuesto —contestaron Mary y Robert a la vez.

Sara les sonrió y se puso de pie al instante. Aunque era verdad que todavía seguía molesta por las mentiras de su madre, también era cierto que ya llevaba casi un año sin verlas y las echaba mucho de menos. Probablemente, la carta no llegaría a tiempo para que Rose y su madre pudieran ir en Navidad, pero seguro que podrían estar en Sweet Brier Path para festejar el Año Nuevo.

—Perfecto, entonces voy a

escribirles ahora mismo. Dios mío, mi madre va a saltar de alegría.

Fue hasta Mary y la besó en la mejilla. Al pasar por delante de la condesa se inclinó ante ella y le dio las gracias por su amabilidad.

Robert se había levantado al mismo tiempo que ella. Cuando Sara pasó por su lado, no pudo reprimir el deseo de agradecersele de forma especial. De modo que se puso de puntillas, apoyó sus manos en los hombros de él y le dio un ligero beso en la mejilla.

—Gracias, milord.

El gesto provocó una sacudida en el interior de Robert. Aturdido, se llevó la mano a la cara y contempló a Sara marcharse de la sala con paso ligero. Se sentó mecánicamente y no escuchó las palabras de reproche de su madre, ni la contestación de Mary; solo oía los fuertes latidos de su corazón que retumbaban en el pecho.

—Fantástico —refunfuñó la condesa en tono mordaz—. Ahora Sweet Brier Path recibe a sirvientes como invitados. ¿Y qué

será lo siguiente, Robert, hijo?
¿Vas a acoger a los mendigos con los honores de un rey?

Mary la miró molesta.

—Oh, madre, ¿dónde está su espíritu navideño? Siempre creí que los más afortunados debíamos ser especialmente generosos en esta época del año.

La condesa se levantó visiblemente contrariada.

—Me voy a la cama. Ya me vuelve a doler la cabeza.

—Buenas noches, madre.

CAPÍTULO 23

EL DÍA DE NOCHEBUENA AMANECIÓ MUY ENCAPOTADO Y ANORMALMENTE FRÍO. Envuelta en un grueso abrigo, Sara decidió ir hasta la parroquia para llevar personalmente las donaciones de los Luton: una mantelería bordada que cedían Mary y la condesa, y la bonita silla de montar del conde. En la iglesia se encontró con la pareja de ancianos que la había acompañado en su viaje a Rohardshire. Iban con un matrimonio joven y dos niños

encantadores que presentaron a Sara como su familia.

Todos trataron a Sara con mucha cortesía, pues se había corrido la voz de que era la prima del conde. Recibieron además los donativos con enorme felicidad. La esposa del vicario le aseguró que aquel año estaban seguros de lograr el dinero suficiente para la reforma de la abadía, en la que acogían a veinte huérfanos en aquel momento.

Después de agradecerles a todos su amabilidad, Sara emprendió el camino a casa

deseando llegar para contarles a Mary y a Robert la buena acogida que habían tenido sus donaciones. Cuando salió de la iglesia, percibió que la luz a esa hora del día era muy escasa, miró al cielo y comprobó que se había cubierto de oscuras nubes que amenazaban tormenta. Menos mal que su sombrero iba atado al cuello con una cinta pues, si no, se lo habría llevado el viento que soplabo ya con fuerza.

Sara se giró sonriendo al cochero que le abría la puerta del carruaje.

—Vayámonos pronto a casa, Charles. Esto no pinta nada bien —dijo elevando la voz para que el sirviente pudiese oírla.

El hombre le devolvió la sonrisa mientras se sujetaba el tricornio, que amenazaba con salir volando.

—Sí, señorita.

Cuando Sara llegó a la mansión y entró en el vestíbulo, el viento golpeaba fuertemente contra los cristales y el techo, inundando la casa con desapacibles silbidos. Aunque todavía no era hora de almorzar, la oscuridad en el

exterior era tal que todas las luces se habían encendido como si hubiera sido de noche.

Sara dejó su abrigo y el sombrero al mayordomo que llegó a la puerta para recibirla.

—Gracias, Wallace. ¡Menudo día! —exclamó Sara frotándose los brazos para darse calor.

—Y que lo diga, señorita. Es el día más frío que recuerdo, y tengo sesenta años.

Sara le sonrió ampliamente y se acercó a la chimenea del vestíbulo para calentarse un poco.

—¿Y lady Luton? ¿Se ha despertado ya?

—Sí, señorita. Está en la biblioteca y ha preguntado por usted. Creo que estaba bastante disgustada.

Sara se giró hacia el anciano con preocupación.

—¿Por qué? ¿Qué ha pasado, Wallace?

—Al parecer, el gato ha desaparecido.

Sara esbozó una sonrisa de incredulidad.

—¿*Smokie*? Pero eso es imposible. Es tan vago que ni

siquiera sale a tomar el sol, ¿adónde iba a ir con este clima?

El mayordomo se encogió de hombros y salió por una de las puertas llevándose consigo las prendas de Sara.

—¿Mary? —exclamó Sara mientras golpeaba la puerta de la biblioteca e introducía la cabeza sin esperar respuesta.

Mary estaba al lado del gran ventanal mirando afuera. Sara entró en la habitación y fue hasta ella.

—¿Mary?

Mary se giró hacia ella como si

no la hubiese escuchado hasta el momento. Tenía los ojos llorosos.

—Sara —sollozó—, *Smokie* ha desaparecido.

Sara se arrodilló frente a ella y la miró comprensivamente.

—Pero, ¿adónde puede haber ido con este tiempo? Seguro que está arriba, en alguno de los cuartos al calor del fuego o bajo alguna manta.

—No, Sara. Lo busqué por todas partes. Además llevo llamándolo horas, y él siempre viene cuando lo llamo. —Se cubrió la cara con las manos y

lloró desconsoladamente—. S... seguro que ha salido de casa y ahora no sabe volver y... estará por ahí perdido.

Mary miró a Sara completamente abatida.

—Es mi amigo, Sara, me ha acompañado en muchos momentos malos de mi vida. Él era el único al que no parecía importarle mi enfermedad. Simplemente, me quería por lo que era. Yo también lo quiero, y ahora... —volvió a estallar en sollozos—ahora v... voy a perderlo.

Sara contempló a Mary y sintió una profunda congoja al percibir su fragilidad. Además, durante el tiempo que ella llevaba allí, también había llegado a apreciar a aquella bola de pelo tierna y juguetona. Aunque, a diferencia de Mary, creía que *Smokie* no había salido de casa, y que probablemente estaba escondido esperando a que todo el mundo fuese en su busca.

Sara abrazó a Mary intentando tranquilizarla.

—Tranquila, cariño. Saldré a buscarlo y lo traeré a casa sano y

salvo, ya lo verás.

Mary se limpió las lágrimas y miró a su amiga.

—¿De verdad harías eso por mí? —preguntó sorbiendo por la nariz.

Sara asintió y le dio un tierno beso en la mejilla.

—No lo dudes ni por un momento. Estaré de vuelta antes de la hora de comer con *Smokie* bajo el brazo. Te lo prometo.

La condesa encontró a su hijo sentado en su escritorio con la

cabeza enterrada en un montón de libros. Como siempre desde la muerte de su padre, Robert no hacía otra cosa más que trabajar. No pensaba en casarse ni en tener hijos. No, él solo empleaba su tiempo en negocios y política. Lo miró desde la puerta y entró resuelta a que aquello empezara a cambiar.

—Hijo, necesito hablar contigo.

Robert levantó la cabeza muy despacio y contempló a su madre durante un minuto antes de contestar. No recordaba la última vez que la condesa había ido a

verlo para hablar. Se pasaba la mayor parte del día encerrada en su habitación aquejada de alguna dolencia.

—Pase, madre —dijo después de levantarse e indicarle que se sentara en un sillón frente a la chimenea. A ver, ¿qué es eso tan importante que no puede esperar a la cena?

Helen pasó por su lado y se acomodó agradeciendo el calor del fuego. Aquel era el día de diciembre más frío que recordaba. Robert se sirvió una copa y se sentó frente a su

madre, que lo observaba fijamente como si esperase encontrar algo en su aspecto.

—Robert, hijo —habló decidida—, llevo un tiempo preocupada. No quise decirte nada porque eres un hombre, y muy capaz, como todo el mundo dice.

Robert se movió incómodo. Su madre utilizaba la adulación como nadie para preparar el terreno y, cuando lo hacía, era porque lo que venía probablemente lo disgustaría.

—Madre...

La condesa lo interrumpió con

un gesto de la mano.

—Hijo, debes casarte.

"Allá vamos", pensó Robert con ironía. Ya hacía demasiado tiempo que su madre no le recordaba sus obligaciones para con el título de los Luton.

—No quiero pensar en que algo te pasara. Y créeme que si me preocupo, no lo hago por mí; yo ya soy una vieja y sé que pronto me moriré. Pero... ¿has pensado en tu hermana? —Helen sollozó y se llevó una mano al corazón—. ¿Qué sería de la pobre Mary si se quedara sola en este

mundo?

Robert miró a su madre enfadado. Estaba harto de ser manipulado.

—Madre, Mary tiene una dote que supera en mucho a la de cualquier joven de su clase. Además me aseguré de que recibiera una asignación anual solo para ella.

Robert se levantó para dar por finalizada aquella fútil conversación.

—Pero esta vez tengo que darle la razón en una cosa: debo casarme.

Helen también se había puesto de pie y miraba a su hijo de hito en hito. No podía creer que hubiese conseguido convencerlo. A menos que... Un horrible presentimiento cruzó por su mente.

—¿Y ya has escogido a la muchacha? Robert, esta es una decisión que debemos pensar muy bien. El buen nombre y el futuro de nuestro apellido están en juego.

Robert se acercó despacio hasta su madre y la miró circunspecto durante varios

segundos.

—Puede estar tranquila, madre, ya he elegido a la muchacha. Y créame —concluyó con ternura—, si me acepta, seré el hombre más afortunado.

Un gesto de alarma atravesó el semblante de su madre.

—¿Quién es? ¿Y cómo podría rechazarte? Robert, espero que hayas elegido correctamente. Esta es una decisión que no te debes tomar a la ligera. Por favor, dime quién es.

—Y así usted decidirá si es buena o no —replicó con

impaciencia—. Creí que era yo el que debía elegir.

Robert atravesó la estancia. No quería continuar con aquella conversación ni un minuto más. Abrió la puerta y a punto estuvo de chocar con su hermana que se dirigía a toda velocidad hacia él. Mary entró en el estudio como una exhalación. Tenía el pelo revuelto, como si se hubiese pasado las manos por él varias veces, y los ojos rojos e hinchados.

Robert la observó preocupado sujetando todavía el pomo de la

puerta.

—Mary, ¿qué te pasa?

Mary miró a su madre con ligera sorpresa. Pero no le concedió mayor importancia a su presencia allí. Tenía cosas más importantes en las que pensar.

—Sara ha desaparecido.

—¿Qué? —preguntaron su madre y Robert a la vez.

—Fue mi culpa. *Smokie* se perdió durante la noche y se lo dije a Sara. Todavía no había empezado a llover y le pedí que fuese a buscarlo. Y ella... ella me prometió que lo encontraría.

Robert fue hasta su hermana y se acuclilló frente a ella.

—¿Quieres decir que Sara está ahí afuera? —exclamó señalando hacia la ventana.

Un agujero negro se abría más allá del cristal regado por la lluvia. Fuera era imposible apreciar nada. El jardín y la campiña habían desaparecido en las penumbras: era la oscuridad total.

Mary se cubrió la cara con las manos y comenzó a llorar.

—Si algo le pasa, será culpa mía, y yo... —sollozó—jamás

podré perdonármelo.

—Mary, cálmate. Has dicho que todavía no había empezado a llover cuando salió de casa.

Mary asintió con la cabeza.

—¿Cuánto tiempo hace de eso?

—Robert intentó que su voz sonase lo más tranquila posible.

—Desde la mañana... hace horas. Robert, ¿crees que puede haberle ocurrido algo malo?

La sola idea de que Sara estuviera herida lo atormentaba de una manera espantosa. Robert apretó el puño contra la boca en un gesto desesperado y tomó aire

de forma energética. Se puso en pie de inmediato y partió veloz de la habitación.

Ya no escuchó los reclamos de su madre, ni el llanto de su hermana. Toda su mente se concentró ahora en un único objetivo: Sara.

"Dios, por favor, que no le pase nada malo", rogaba Robert una y otra vez mientras se envolvía en su gabardina y se enfrentaba a la terrible noche.

Sara contemplaba el destello

de los relámpagos a través del ventanuco del cobertizo en el que llevaba horas refugiada. Se agachó con una sonrisa y acarició la suave cabeza de *Smokie*, que descansaba enrollado sobre un montoncito de paja. Llevaba un rato tratando de calmarse. Esperaba que aquella cabaña hecha de madera resistiese los embates del viento y el granizo. Pero estaba lejos de casa y las tormentas nunca le habían gustado.

—No me mires así —le dijo al gato que la contemplaba meloso—. Si no fuera por ti, no

estaríamos en este lío.

Ya había recorrido varios lugares de la campiña buscando a *Smokie* cuando la tormenta se había desatado. Corrió en busca de refugio y casi se tropezó con aquel albergue. Cuando entró se dio cuenta enseguida de que varios animales habían elegido el mismo lugar para guarecerse del mal tiempo. Entre ellos, algunas ovejas y un malhumorado carnero al que no le hizo ninguna gracia la visita de Sara. En cuanto el animal entró por la desvencijada puerta, atravesó la estancia a toda velocidad

dispuesto a embestirla con su afilada cornamenta. Sara se agarró fuertemente a la escalera de madera que subía al segundo piso del cobertizo. Allí no pudo encontrar gran cosa: algunos montones de paja, un viejo farol que todavía daba luz y, para su sorpresa, una bonita gatita con su carnada de recién nacidos y a *Smokie*, que descansaba al lado de los gatitos con aire protector. Y uno de aquellos cachorritos, idéntico a él, delataba lo que había estado haciendo últimamente.

Enternecida, Sara acarició a

Smokie, que le dio la bienvenida con un suave ronroneo.

—Menudo sinvergüenza estás hecho, amiguito. Bueno, ¿no vas a presentarnos?

Sara se sentó en el suelo de madera al lado de la feliz familia. Primero acarició a la madre, que era tan dócil como su novio. Y, conmovida, tomó a uno de los tres cachorros, que se retorció protestando entre sus manos. Acarició su cabecita con un dedo y pensó que Mary iba a volverse loca cuando los viera.

CAPÍTULO 24

A MEDIDA QUE HABÍAN IDO PASANDO LAS HORAS, LA PREOCUPACIÓN DE SARA fue en aumento. Ya se había hecho de noche y no tenía ni idea de cuándo podría regresar a casa. Pensó varias veces en salir e intentar llegar, pero la fuerte lluvia y la falta de luz le harían imposible encontrar el camino de regreso. La idea de pasar allí la noche no le atraía en absoluto. ¿Qué pensarían en la mansión? Seguro que ya habían notado su falta. No obstante, el tiempo era

tan terrible que nadie podría salir en su busca hasta que escampara un poco.

Sara volvió al presente cuando un nuevo relámpago desgarró el cielo. Fue hasta los gatos y los cubrió con un poco de paja esperando que no se asustaran. Estremecida, se envolvió en su abrigo y se encogió en una esquina abrazada a las piernas. El viento azotaba con tanta fuerza el techo que parecía que iba a salir volando de un momento a otro. Sara enterró la cara en sus rodillas y rezó para que todo aquello terminase pronto. Y fue

entonces cuando un sonido llamó su atención. Por debajo de todo aquel estruendo, el viento pareció gritar su nombre. Sara se levantó y giró la cabeza para poder escuchar mejor. Se dice que en momentos de fuerte ansiedad la mente podía jugar malas pasadas. Pero entonces volvió a oírlo: alguien chillaba llamándola.

—¡Sara!

Robert volvió a gritar su nombre una vez más. Su voz ya comenzaba a quebrarse por el esfuerzo. Con el barro hasta las

rodillas y envuelto en su gabardina negra, llevaba horas buscándola y esperando oír una respuesta. Pero no había tenido suerte. La fuerte lluvia apenas le dejaba abrir la boca y el viento le azotaba la cara con violencia. Había pensado en regresar a la casa. A lo mejor alguno de los criados que lo acompañaban en la búsqueda había tenido más suerte que él. Pero la imagen de Sara perdida o, lo que era aún peor, herida, le encogía el corazón y se lo estrujaba con fuerza. No, no desistiría hasta comprobar personalmente hasta

el último rincón de la finca.

—¡Sara!

Gritó y aguardó. Pero el único que le contestó fue el viento. Aunque algo diferente sonó a lo lejos. Le pareció que una voz atravesaba el feroz aullido de la tempestad. Se detuvo al instante y giró la cabeza para poder oír mejor.

— ¡Sara! —volvió a gritar con fuerza. Y esperó expectante.

Efectivamente, el viento le devolvió una voz asustada.

—¡Aquí!

Robert salió corriendo a toda

velocidad en su dirección. Tal fue el ímpetu que a punto estuvo de caerse en el resbaladizo suelo.

—¡Sara! —El violento latido de su corazón apenas lo dejaba oír—. ¿Dónde estás?

Sara sujetaba con fuerza la ventana del cobertizo para que el viento no quebrase la frágil madera.

— ¡Por aquí!

Podía oír a la persona que gritaba su nombre cada vez más cerca. Aquella voz le resultaba tan familiar que su mente la reconoció enseguida.

— ¡Robert! —vociferó con todas sus fuerzas contra la oscura noche—. Por aquí.

Robert, que apenas podía ver lo que tenía delante de los pies, casi se da de bruces con la alta estructura de madera que apareció frente a él. Abrió la puerta del cobertizo con dificultad y penetró en su interior acompañado de una tromba de agua. Agotado, apoyó la espalda contra la puerta cuando la hubo cerrado.

—Hola.

Robert elevó la mirada y siguió

el sonido de la voz y un pujante consuelo sosegó su alma al contemplar a Sara: sonriente, sana y salva. Suspiró profundamente aliviado y cerró los ojos.

— ¡Cuidado!

El grito de advertencia de Sara le hizo abrir los ojos al momento. Miró a su alrededor y entonces vio a un enfadado carnero correr hacia él con intención de hacerlo irse por donde había venido.

—¡Robert, sube! —exclamó Sara señalándole la escalera—. ¡Rápido!

Robert esquivó al malhumorado animal y se agarró a la escalera. Ella lo ayudó a subir.

—Creo que no somos bienvenidos —dijo él sonriendo.

Robert se incorporó y Sara lo observó de pies a cabeza. Llevaba las botas cubiertas de barro, la gabardina impermeable colgaba chorreando de sus fuertes hombros y el pelo se le pegaba a la frente en empapados mechones. Él la observaba a través de las pequeñas gotitas de lluvia atrapadas en sus largas

pestañas. Sara se retorció las manos para no ir hasta él y tocarlo. Respirando con dificultad lo miró directamente a los ojos.

—Has venido a buscarme.

La sonrisa de Robert se le congeló en los labios cuando sus miradas se cruzaron.

—Llegabas tarde a cenar, y hoy es Nochebuena.

Sara negó con la cabeza y sus ojos se humedecieron.

—Cuando empezó a llover con tanta fuerza me perdí. No sabía volver, y yo...

Robert cubrió la distancia que

los separaba y la abrazó fuertemente. Sara le rodeó el cuello con los brazos embriagada por su fortaleza y los dos cayeron de rodillas entrelazados.

—Has venido —le susurró Sara al oído.

La calidez de su aliento contra la oreja hizo añicos el poco control que le quedaba. Robert la estrechó con fuerza por la cintura y buscó su boca con desesperación.

Los labios de él estaban húmedos, y Sara bebió de ellos con avidez, como si llevase

tiempo perdida en el desierto.

Con las palmas abiertas, Robert recorrió de arriba abajo su espalda. La respuesta ansiosa de Sara lo volvió loco. Con una mano agarró enérgicamente la tela de su vestido y con la otra le atrapó la nuca. Abrió la deliciosa boca de Sara y la invadió con la lengua. Deseaba devorarla entera. Iba a degustarla de pies a cabeza llegando hasta el centro mismo de su esencia. Obediente, Sara abrió los labios y buscó la lengua de él con la suya. Un ronco gruñido escapó de la garganta de Robert ante la apasionada

respuesta de ella.

La batalla de besos duró un buen rato más hasta que Robert levantó la cabeza y tomó su cara entre las manos.

—Sara... —susurró apoyando su frente en la de ella—, ¿qué me estás haciendo?

Sara sintió que un voraz apetito se despertaba en algún rincón de su interior y los besos ya no servían para aplacarlo. Agarró las solapas de la gabardina y la abrió dejando que se deslizara por sus hombros. Introdujo los brazos entre sus

cuerpos y comenzó a desabotonarle el chaleco y la camisa con manos temblorosas. Él la observó en silencio y la dejó hacer. Cuando terminó con los botones, Sara abrió la camisa y contempló maravillada su fuerte torso.

Robert contuvo la respiración. Aquella mirada lo excitó hasta el límite.

Debería estar dándole un buen sermón por salir de casa con aquel clima, debería hacerle pagar caro todo el miedo que le había hecho pasar. La mano de

Sara se posó suavemente en su pecho y todo pensamiento coherente se evaporó de la mente de Robert. Debería... debería... debería besarla hasta hacerle perder el conocimiento.

Sara levantó una mano y enredó los dedos en el sedoso vello del pecho de él. Notó que su corazón latía deprisa y se mordió el labio inferior con nerviosismo. No tenía ni idea de lo que debía hacer, así que se dejó guiar por el primitivo instinto que crecía dentro de ella. Amaba a aquel hombre; solo debía averiguar la forma de amar

su cuerpo.

El pecho de Robert subía y bajaba tomando aire con profundas y largas bocanadas. Sara bajó la mano despacio hasta la cintura de sus pantalones.

Robert murmuró algo ininteligible, atrapó su muñeca y tiró de ella hasta aprisionarla entre los brazos. Con un gruñido ronco volvió a reclamar su boca con apetencia. Sin apartar los labios de los de ella, la tumbó sobre un montón de paja y la cubrió con su cuerpo.

El cuerpo de Sara se retorció

bajo el suyo y trató de acercarse todavía más. Robert se incorporó inflamado de pasión y comenzó a desabrocharle los botones que bajaban desde el cuello de su vestido. Se deshizo de él tan rápido como pudo. Contempló con admiración a Sara en ropa interior e introdujo la mano en el hueco de su espalda para desatar el corsé. Se incorporó y lo aflojó con suaves tirones. Cuando hubo cedido, hizo la prenda a un lado y su mirada voló hasta los pechos de Sara y las sonrosadas cumbres que la camisola dejaba entrever.

—Eres tan hermosa —murmuró

con voz grave.

Sus manos subieron por las piernas de ella y le bajó las medias hasta quitárselas por completo. Cuando Sara sintió el contacto de la mano de él contra sus muslos, elevó la pelvis con un impulso. Él aprovechó aquel movimiento y tomó la redondez de sus nalgas acercándola a su entrepierna. Sara notó la pulsante erección contra su palpitante y húmeda feminidad.

Robert le levantó los brazos y le sacó la camisola por la cabeza. La contempló embelesado: sus

pechos redondos lo invitaban a acariciarlos con un suave balanceo. Con devoción, se inclinó y los tomó entre las manos. Bajó la cabeza y se llevó uno a la boca. Sara gimió y echó la cabeza hacia atrás cuando una descarga de placer electrizante le atravesó el cuerpo arracimándosele entre las piernas. Robert se deleitó con sus senos; pasaba de uno a otro con la lengua dejando un rastro de humedad sobre la sedosa piel de Sara.

Ella se unió a él en la ofensiva de caricias; también quería tocar,

besar y lamer. Se arrodilló junto a él y tiró de su camisa hacia atrás. Él la ayudó a deshacerse de la prenda con una sonrisa. Sara le desabrochó los pantalones y se los bajó poco a poco hasta que la longitud de su dureza quedó expuesta ante ella. Sara lo tomó entre las manos y acarició su suavidad de arriba abajo. Escuchó con satisfacción cómo él gemía de placer hasta rechinar los dientes.

Robert la tomó con brusquedad por la muñeca y la detuvo conteniendo la respiración.

—Para, Sara —gruñó con voz ronca—. O esto acabará mucho antes de empezar.

Sintiéndose poderosamente femenina, Sara lo abrazó deleitándose con el contacto de su pecho contra sus excitados senos.

Robert emitió un ronco gemido cuando sintió a Sara desnuda entre sus brazos. Bajó las manos por sus costados hasta las caderas, le desató los calzones y se deshizo de ellos lanzándolos a un lado. Separándole suavemente las piernas, subió

una mano a lo largo del muslo y buscó su caliente hendidura. Robert suspiró desesperado cuando la sintió palpitante y húmeda contra la palma de la mano. Abrió con delicadeza sus pliegues íntimos e introdujo el dedo corazón en su interior.

Sara gritó sorprendida y todo su cuerpo se estremeció ante aquella invasión. Se aferró a los fuertes brazos de él y enterró la cara en su hombro. Sara contuvo la respiración cuando él comenzó a mover el dedo. Aquel sensual roce avivó todavía más la feroz chispa de placer que crecía

dentro de ella.

—Robert, por favor... por favor.
—No estaba muy segura de lo que rogaba, lo único que tenía claro es que ya no podría detenerse.

El cuerpo de Sara comenzó a retorcerse con un suave balanceo contra su mano. Con un violento gruñido, Robert la alzó y la tumbó en el suelo debajo de él. Atrapó su cara entre las manos y la besó con desesperación. Sara se aferró a su cuello mientras pequeños gemidos de placer escapaban de su boca. Iba a

volverlo completamente loco. Se colocó entre sus piernas y la penetró con la punta de su inflamado miembro.

Robert se introdujo en su intimidad con suaves acometidas hasta que, con una última y vigorosa embestida, se hundió por completo en ella.

Sorprendidos por la invasión, los músculos de Sara se dilataron con rigidez. Gritó asombrada y notó cómo su interior se estiraba hasta amoldarse a su dureza. Se quedó inmóvil debajo de él, jadeando por el esfuerzo de

recibirlo dentro.

Robert le acarició el pelo y la miró a los ojos mientras le susurraba palabras tranquilizadoras.

—Sara, amor mío... ¿te hago daño? —le preguntó con dulzura.

Sara negó con la cabeza y elevó las piernas en respuesta. Robert la besó en la boca. Apoyó las manos a ambos lados de Sara para descansar parte de su peso y comenzó a moverse dentro de ella con movimientos lentos y profundos. La calidez de Sara lo envolvió por completo y lo

aprimó en su sedosa intimidad. Robert apretó la mandíbula y echó la cabeza hacia atrás. Escuchó vagamente sus propios gemidos al penetrarla más y más fuerte. No estaba seguro del tiempo que iba a aguantar.

—Dios mío... Sara —gimió contra su boca.

Sara se aferró a su cuello y se balanceó cimbreado contra él. Se sentía completamente expuesta, abierta y entregada y, por su reacción, él parecía igual de entregado a ella. La chispa que prendió en su interior pronto se

convirtió en una ardiente llamarada. Elevó las caderas y se abrió todavía más. La fricción del cuerpo de Robert dentro del suyo la condujo hasta el borde del abismo y, entonces, el cielo pareció abrirse sobre ella y una explosión de placer la consumió desde el centro mismo de su ser.

Robert se estremeció cuando notó las sacudidas del clímax de Sara. La sujetó con fuerza por las caderas y la embistió con rudeza. Gritó su nombre sumergiéndose en ella hasta que su propio éxtasis le nubló la mente y rebasó todos sus sentidos.

Él se derrumbó y Sara recibió con sumo deleite el peso del cuerpo sobre ella. Le acarició el pelo con suaves movimientos tranquilizadores, y Robert levantó la cabeza del hueco de su cuello para mirarla con dulzura.

—Bruja —ronroneó antes de darle un ligero beso en los labios —, mira lo que me has hecho.

Sara se vio reflejada en los ojos de él, que se habían oscurecido con la pasión. Se contempló en aquellas profundidades azules y reconoció la necesidad de Robert, tan intensa como la suya. Una

certeza se reveló claramente para ella en aquel mismo instante: era suya incluso desde antes de haberlo conocido. Aquella unión era absolutamente inevitable, porque ella había nacido para él.

Robert se deslizó hacia un lado y arrastró a Sara con él mientras la contenía en el hueco de su brazo y la envolvía con su calor.

Sara se acurrucó contra él somnolienta. La lluvia seguía golpeando contra el tejado del cobertizo y el monótono sonido avivó todavía más el feliz letargo en el que su cuerpo había caído.

—No te duermas —escuchó que le decía Robert—. Debes vestirte o tendrás frío.

—No tengo frío. —Sara se revolvió perezosa con los ojos cerrados y le besó el hombro—. Me gusta estar así.

Robert aspiró aire con fuerza. Tomó la gabardina que yacía enrollada en el suelo con el resto de su ropa, y cubrió a Sara con ella. La abrazó y la besó en la cabeza.

—Sara, amor mío, debemos hablar de esto.

—Sí, debemos —dijo Sara

bostezando—... hablar. Bla, bla...

Robert la besó en el cuello reprimiendo una sonrisa y contempló a Sara caer en un apacible y profundo sueño.

CAPÍTULO 25

LA CENA DE NOCHEBUENA EN LA MANSIÓN SE POSPUSO HASTA EL DÍA DE Navidad. Al amanecer, uno de los criados encontró el cobertizo. Afortunadamente, a Robert y a Sara les había dado tiempo a vestirse para cuando fueron descubiertos. Regresaron a casa cuando los primeros rayos de sol comenzaban a extenderse por la húmeda campiña.

Había dormido toda la noche en brazos de Robert y luego llegó el criado, así que no les había

dado tiempo a aclarar lo que había sucedido entre ellos. Cuando Sara llegó a su cuarto se dio un largo baño que desentumeció sus doloridos músculos. Echó la cabeza hacia atrás y su mente voló hasta la noche anterior. Recordaba lo que Robert le había dicho antes de dormirse y que repitió antes de despedirse en la puerta de su habitación.

—Sara, debemos hablar —le recordó impaciente—. Cámbiate de ropa y ve a la biblioteca.

—Está bien —respondió Sara.

Robert se agachó para besarla, pero Wallace se acercaba ya a ellos por el pasillo.

—Hasta luego —dijo y le dedicó una intensa mirada antes de seguir al mayordomo.

Sara entró en su acogedor dormitorio pensando en lo que Robert querría decirle. Lo que había sucedido entre ellos había sido inevitable y maravilloso. Solo esperaba que no se disculpara, porque ella no lo sentía en absoluto. Amaba a aquel hombre con todo su corazón y, aunque no pudiera pertenecerle, se alegraba

de haberse entregado a él por completo.

Sara volvió al presente al oír unos golpecitos en la puerta del baño.

—¿Quién es? —preguntó molesta por la interrupción.

—Soy Mary, ¿puedo entrar?

—Claro, pasa.

Después de decirle unas doce veces lo mucho que se había asustado cuando vio cómo anocheceía y ella no regresaba, Mary le dio las gracias por devolverle a *Smokie* y comenzó a parlotear sobre los gatitos. Sara

la escuchó con una sonrisa y continuó con su baño.

Mary no la dejó sola durante el resto de la mañana lo que truncó cualquier encuentro con Robert antes del almuerzo. Entonces llegó el señor Lezcano y ambos se recluyeron en el estudio el resto del día. Al parecer, los negocios no podían descansar en Navidad.

El comedor se vistió con las mejores galas para la cena: mantelería bordada con hilo de oro, una vajilla decorada con brillantes adornos y un bonito centro de flores secas con

motivos navideños refulgían con esplendor bajo la luz de las decenas de velas distribuidas por toda la mesa. Sara se puso uno de los vestidos que Mary le había regalado y se recogió el pelo en lo alto de la cabeza.

Robert entró en la estancia vestido con un oscuro esmoquin y Sara contuvo la respiración al verlo. Cuando recordó la noche anterior sintió que un intenso rubor le cubría el rostro. Robert le lanzó una dulce y tierna mirada mientras todos tomaban asiento.

Mary, que no había dejado de

hablar mientras estaban a solas, enmudeció cuando su hermano y el señor Lezcano entraron en la sala. El extranjero llevaba un atuendo semejante al de Robert, pero por la rudeza de sus gestos, a Sara le pareció un pirata de incógnito en una fiesta de alta sociedad.

La condesa, que se había mantenido en silencio durante todo el tiempo, se sentó al lado de su hijo y le lanzó a Sara una dura mirada. Mary ocupó el otro lado de la cabecera. El señor Lezcano se sentó en frente de Sara y le sonrió con desconcierto

cuando contempló todos los cubiertos que había sobre el mantel. Aquel gesto divirtió a Sara, que bajó la cabeza cuando la condesa volvió a dispararle otra de sus miradas.

Llegó el primer plato y luego el segundo, pero nadie hizo ningún comentario. La condesa estaba enfadada; Mary se había transformado de repente en una muchacha tímida; y el señor Lezcano jugueteaba con la comida mientras la contemplaba con asco. Más que una celebración, aquello parecía un entierro.

Robert se movió incómodo al darse cuenta del extraño ambiente de la mesa.

Carraspeó para centrar la atención de todos los comensales en él.

—Tengo algo importante que comunicar —anunció en tono solemne—. Voy a casarme.

Mary casi se atragantó, y Sara estuvo a punto de escupir el agua en la cara del señor Lezcano.

—¿Qué? ¿Cómo? Pero, ¿cuándo? —Las preguntas se amontonaron en los labios de Mary—. ¿Con quién?

El corazón de Sara había empezado a latir alocadamente. No podía creer que la hubiera engañado. Ya sabía que lo sucedido la noche anterior no le daba ningún derecho sobre él, pero no podía creer que la hubiera seducido si estaba prometido a otra mujer. Le habría gustado salir corriendo de allí, pero sabía que, si se ponía de pie, sus piernas no podrían sostenerla.

La condesa se enderezó y miró severamente a su hijo.

—¿Con quién? —preguntó con

voz gélida.

Robert los observó uno a uno.

—Con Sara.

La respuesta atravesó poco a poco la ofuscada mente de Sara. ¿Qué había dicho? Levantó la cabeza y se topó con la mirada de él.

—¿Qué? ¿Con Sara? —exclamó Mary eufórica—. ¿Nuestra Sara?

Robert asintió sin apartar sus ojos de la protagonista de la conversación.

La condesa se levantó enfadada y arrojó su servilleta sobre la mesa.

—¡Te has vuelto loco! —
increpó a su hijo antes de
abandonar el comedor.

—Pero, ¿cuándo...? —susurró
Mary volviendo la atención sobre
su hermano.

Sara se levantó de la mesa.

—Nunca, Mary —exclamó
antes de abandonar el comedor.

Robert se puso de pie y fue tras
ella.

—Sara, ¡espera!

Confusa, Mary los observó
hasta que ambos salieron de la
estancia. Seguro que se dirigían a
la biblioteca. Miró a Lezcano que

se había mantenido tranquilo durante toda la escena. Sus oscuros ojos se clavaron en ella con intensidad. Mary descartó con un gesto de la mano aquella zozobra que la invadía siempre que él estaba cerca y empujó su silla para dirigirse al vestíbulo.

Extrañado por la precipitación de Mary, Diego salió tras ella.

En cuanto llegó a las escaleras que subían al segundo piso, Mary se paró y miró a su alrededor.

—¡Rápido! —exclamó haciéndole un gesto al señor Lezcano—. Acérquese.

Diego fue hasta ella despacio, como un desconfiado y precavido domador en una jaula. Cuando llegó hasta su lado ella lo miró a la cara y elevó sus brazos hacia él.

—Súbame —dijo con urgencia.

Diego se apartó como si hubiese visto al mismísimo diablo.

—¿Qué? —bramó—. ¡Ni hablar!

—Le juro que subiré reptando si es preciso —declaró Mary levantando los brazos de nuevo—. ¡Súbame!

Diego se metió las manos en

los bolsillos y la miró incrédulo. Mary tomó aire, se aferró al pasamano y se levantó de la silla.

—¡Maldita sea! Está... bien.

Diego la tomó en brazos y la llevó escaleras arriba. Era tan ligera... su pequeño cuerpo se amoldaba tan bien en sus brazos. Aquella escena habría sido de lo más natural si ella fuera una novia en su noche de bodas. Él tendría que llevarla hasta su habitación para dejarla sobre la cama y después... Su cuerpo se agitó cuando pensó en el después. Solo que si aquella era

su noche de bodas, eso lo convertía a él... en el novio.

Diego sacudió la cabeza para aclararse la mente y se concentró en las puertas de las diferentes habitaciones.

—¿Adónde vamos? —preguntó sin mirarla.

—A mi salita —dijo Mary señalándole el camino.

Diego abrió la puerta sin dificultad y entraron en la sala.

—Déjeme al lado de la chimenea.

Él la depositó en el sofá que le indicaba y luego se alejó de ella.

Mary se acercó a la pared y pegó la cabeza contra el tabique. Diego la miró desconcertado.

—Pero... ¿qué está haciendo?

—Shh —chistó Mary llevándose un dedo a los labios.

Suspicaz, él acercó la oreja a la pared y entonces lo escuchó: el sonido de las voces de Sara y Robert llegaba claro desde la planta baja. Miró a Mary mientras ella escuchaba con atención, y una sonrisa asomó a sus labios. La cándida e inocente condesita no era tan ingenua, después de todo.

—Mi hermano es tonto —
declaró Mary.

Diego la miró irónico.

—En eso estoy de acuerdo.

Mary le propinó un golpe en el
brazo.

— ¡Oiga! No lo insulte.

— ¡Ay! —exclamó él
frotándose exageradamente la
manga—. Pero usted lo hizo
primero.

—Sí, pero es mi hermano. Estoy
en mi derecho.

Diego se apartó de la pared.

—Da igual, no deberíamos

escuchar. Es asunto suyo, no nuestro.

— ¡Qué sabrá usted! Al amor hay que ayudarlo de vez en cuando.

Él se dio la vuelta y se dirigió hacia la puerta.

—¿El amor? —preguntó sarcástico—. ¿Y qué sabrá usted del amor?

Mary le lanzó una mirada cargada de furia a su espalda. Cómo se atrevía...

—Pues lo único que sé sobre el amor es que... —murmuró desdeñosa—se parece mucho a

un rosal. Cuando caes en él estás perdido y, cuanto más luchas por soltarte, más te engancha y más duele.

Al escuchar sus propias palabras, Diego se detuvo al instante. ¿De modo que su afición por escuchar conversaciones ajenas no se ceñía únicamente a aquella noche? Diego sintió que ella había violado un asunto muy íntimo y trascendental. Cubrió la distancia que los separaba con dos zancadas y se cernió sobre ella.

—¿Y eso es todo? —siseó

contra su cara.

Mary pegó la espalda al respaldo del sofá intimidada por la fuerza que desprendía aquel hombre. Su pecho subía y bajaba agitado. Abrió la boca y volvió a cerrarla sin decir nada.

Diego sonrió sarcásticamente y sus ojos vagaron por su rostro descendiendo hasta la boca. Allí parecieron recrearse durante unos segundos. Instintivamente, Mary se pasó la punta de la lengua por los labios. Diego entornó las pestañas y su respiración se hizo más profunda.

Tragó con fuerza, se incorporó, y se alejó de allí tan irritado como un oso golpeado.

CAPÍTULO 26

—¡SARA! —ROBERT LA
ALCANZÓ TOMÁNDOLA POR EL
BRAZO—, DETENTE POR favor.

Ella se revolvió para liberarse
de su mano.

—Déjame, Robert.

Robert no hizo el menor caso y
la detuvo interponiéndose en su
camino.

—¿Es que no deseas casarte
conmigo? —dijo obligándola a
mirarlo a los ojos.

Sara apartó la mirada.

—¡No! —exclamó dolida—. Así,

no.

El semblante de Robert se volvió duro como el granito. Llevaba tanto tiempo planeando cómo pedirselo... Robert estaba seguro de que no le era indiferente, se había dado cuenta de cómo lo observaba cuando creía que no se daba cuenta. Pero después de lo que había pasado en el cobertizo, de la forma en que Sara había respondido a sus caricias, estaba convencido de que ella correspondía a su amor. Por eso aquella negativa lo desconcertaba y enfadaba. Se suponía que tendría que estar

eufórica pensando de qué maldito color serían los vestidos de las damas de honor. Pero no, la mujer a la que amaba, a la única a la que había querido desde siempre, se negaba a ser su esposa.

—¿Cómo que así no? —gruñó Robert—. Solo hay una forma de verlo: o te casas conmigo, o te casas conmigo.

Sara se retorció intentando inútilmente zafarse de él.

—¡No!

Robert la estrechó entre sus fuertes brazos para que dejara de

luchar, y su mente buscó apresuradamente algún argumento con el que convencerla.

—Sara —le susurró con ternura al oído—, ¿te das cuenta de que en estos momentos podríamos estar esperando un hijo?

Sara se detuvo paralizada como si le hubieran dado una tremenda bofetada. De modo que todo aquello se debía únicamente al hecho de que pudiera haber quedado embarazada. Pero, aunque la idea de esperar un hijo de Robert

la colmaba de dicha, no podía aceptar la vida sin amor que él le ofrecía. Pero... lo quería tanto que ella podría amarlo por los dos. "¡No!", gritó su rebelde subconsciente. "Él no te quiere, solo se sacrifica".

—Me quedaré aquí hasta asegurarnos de que no estoy encinta, y luego me iré.

Robert aspiró con fuerza y le tomó la cara entre las manos.

—No te irás nunca, ¿me has entendido? Te casarás conmigo y no se hable más —exclamó antes de besarla posesivamente—. No

dejaré que te alejes.

Sara levantó las pestañas y lo miró a los ojos.

—Robert —susurró con voz rendida—, no quiero una boda sin amor. Jamás podría ser feliz pensando que nuestro matrimonio se debe a un sacrificio caballeroso. Yo también quería que pasara. Ya no soy una niña, sabía muy bien lo que estaba haciendo.

Robert la escuchó muy serio y en silencio. Salvo por el cariño de su hermana y el afecto tosco de su socio y amigo, Robert,

acostumbrado a no recibir amor, tampoco estaba familiarizado con la sensación de necesitar tanto a alguien. Tan solo la idea de que Sara no quisiera estar a su lado, le hacía pedazos el corazón.

Sara tomó sus manos y las bajó persuasivamente hasta que él la soltó. Pasó por su lado y comenzó a alejarse.

—Espera, Sara, no te vayas — suplicó Robert sin volverse hacia ella.

Sara se detuvo junto a la puerta.

—Durante todos estos años,

me he dado cuenta de que he atesorado cada uno de los recuerdos que tengo de ti. Cuando sabía que ibas a venir, me pasaba noches enteras sin dormir; y cuando observaba cómo te relacionabas con mi hermana, me sentía un tonto celoso por no ser el que centraba toda tu atención. Me colocaba estratégicamente cerca de vosotras porque me encantaba escucharte. He memorizado cada una de tus palabras, de tus sonrisas, y de las miradas de las que he sido objeto. Sara —Robert se pasó una temblorosa mano

por el pelo—, lo que intento decirte, no sin cierta dificultad, es que te he amado todos los segundos de mi vida desde el mismo instante en que te conocí.

Atónita, Sara se giró despacio hacia él.

—Pero tú... —susurró—, tú siempre te mantuviste lejos.

Robert permaneció de espaldas a ella.

—No lo sabía, pero te necesitaba tanto... Si no lo hubiera hecho así, lo más probable habría sido que terminara completamente loco

de atar.

Sara le tocó suavemente en el brazo instándolo a que la mirara.

—¿Por qué dices eso?

Él se giró hacia ella.

—¿Bromeas? Estar tan cerca de ti y no poder tenerte... No —dijo negando con la cabeza—, no lo habría soportado.

—Me tenías —susurró Sara acariciándole la mejilla—, me tuviste siempre.

Robert suspiró y la observó vulnerable.

—¿Qué quieres decirme?

Sara inhaló aire muy despacio. Había llegado el momento de rendirse y de exponer su alma ante él.

—Robert, estoy enamorada de ti. Aunque no sabía que era amor, siempre sentí algo muy poderoso por ti. Tu presencia me abrumaba —Sara fingió amonestarlo—. Me era imposible ignorarte.

Los blancos dientes de él aparecieron en una deslumbrante sonrisa. La tomó por la cintura y comenzó a girar con ella entre los brazos.

—Te amo —susurró Robert
contra su oído.

Sara se abrazó a su cuello con
el corazón rebosante de felicidad.

—¿Me amas?

Robert se detuvo y permitió
que el cuerpo de ella resbalara a
lo largo del suyo hasta quedar
envueltos en un estrecho abrazo.

—Siempre, Sara —murmuró,
antes de bajar la cabeza y
apoderarse de su boca con un
hambriento beso que dejó
constancia de toda su necesidad.

Sara despegó sus labios, que al
instante se curvaron en un gesto

radiante. Luego, para su sorpresa, Robert hincó una rodilla en el suelo, le tomó la mano y la observó solemne.

—Sara Brown, todo lo que tengo te pertenece; mi vida es tuya. ¿Quieres casarte conmigo? Por favor —concluyó en tono de súplica.

Los ojos de Sara se humedecieron.

—Amor mío... —suspiró emocionada—. Sí, sí. Y mil veces sí.

Robert se incorporó, la tomó en brazos y se dirigió a la puerta.

—¿Adonde me llevas?

—Te quiero en mi cama esta y todas las noches del resto de nuestra vida.

—Pero... debemos esperar a casarnos. Robert, no me parece bien...

Cuando Sara comenzó a protestar, él le cerró la boca con un apasionado beso que la dejó temblando de pies a cabeza.

—Conseguiré un permiso especial y nos casaremos mañana mismo.

—Pero...

Robert la observó lleno de

adoración. Ya estaba discutiendo con él y aún no se había convertido en su esposa. Complacido y completamente enamorado, volvió a apoderarse de su boca y ya no hubo más objeciones en toda la noche.

CAPÍTULO 27

EN CUANTO SARA VIO LLEGAR EL CARRUAJE QUE TRAÍA A SU MADRE Y A ROSE, salió apresurada de la mansión. Aunque su madre se había portado mal y tenían que aclarar muchas cosas, lo cierto era que llevaba casi un año sin verla y la había echado de menos.

Rose bajó del vehículo en primer lugar, se sujetó la pequeña cofia blanca que cubría su cabello para que el viento no se la llevara y sonrió a Sara, que

ya las aguardaba en lo alto de la escalinata. Luego bajó su madre, que se quejaba por algo del viaje. Sara sonrió con resignación; su madre no cambiaría nunca. Sin embargo, al contemplar la familiaridad de sus rostros, se dio cuenta de lo mucho que las había extrañado. Descendió los peldaños y corrió para lanzarse a los brazos abiertos de Rose, que la recibió cubriéndole la cara a besos.

—La hemos echado tanto de menos, señorita Sara —dijo la criada con lágrimas de emoción en sus ojos.

—Y yo a vosotras, Rose —
correspondió Sara.

Su madre se giró hacia ellas
también con una sonrisa.

—¿Qué es eso que he oído en
la posada de que el conde se
casa? —preguntó, al tiempo que
tiraba del brazo de su hija para
que soltara a Rose y la abrazara a
ella.

Sara la correspondió y la
estrechó entre sus brazos.

—Pues eso, mamá, que el
conde se casa.

Lydia levantó la cabeza y miró a
su hija con curiosidad.

—Vaya, por fin se ha decidido. ¿Y quién es la afortunada? — preguntó como si intuyera la respuesta. Sara las observó a ambas.

—La afortunada soy yo — contestó feliz.

Rose soltó un grito de alegría y se abrazó a ellas, con sus regordetas mejillas, esta vez, sí, empapadas en lágrimas. La mandíbula de su madre se soltó por la sorpresa y Sara habría jurado que si no hubiese estado sujeta a sus brazos, se habría caído al suelo.

—¿Pero có... cómo es posible?
—balbuceó, completamente atónita con la noticia.

—Simplemente ocurrió, mamá —respondió concisa—. Luego te lo explicaré todo con más calma.

Horas después, Lydia deshacía el equipaje en la coqueta habitación que le habían asignado sin poder creer todavía la noticia; su hija iba a convertirse en la nueva condesa de Rohard. Desde luego, aquello había superado en mucho sus expectativas de que Sara lograra un buen partido durante su

estancia allí.

Lydia observó a su hija, que no le quitaba los ojos de encima.

—¿En qué estás pensando? — preguntó, en tanto colgaba uno de sus desgastados vestidos en el armario.

Sara suspiró largamente.

—Pienso en que me alegro de tenerte aquí.

Lydia asintió complacida.

—¿Y el ceño fruncido?

Sara hizo una mueca; su estado de ánimo siempre había sido de lo más evidente para su madre, con solo mirarla.

—Verás, mamá —comenzó, buscando mentalmente una forma de enfocar el asunto que aún tenían pendiente—, quiero hablar contigo acerca de la carta que enviaste a la condesa.

Lydia bajó la cabeza arrepentida; su hija había descubierto el engaño.

—Vaya —susurró—, lo sabes.

—Lo sé —respondió Sara, y suspiró.

—Hija, yo no pretendía herirte.

—Pero lo hiciste, mamá. —Sara no quería que su tono sonase con tanto reproche, pero todavía

estaba muy enfadada con ella.

Lydia dejó una prenda sobre la cama y fue hasta ella. Se sentó a su lado y le tomó las manos.

—En aquel momento sentí que tu orgullo no te permitía ver lo desesperada que era nuestra situación. Creí que enviar esa carta podía ser la última opción de salvar la casa.

—Pero lo que hiciste no estuvo bien. Y lo peor es que sé que, si no lo hubiera descubierto por mí misma, jamás me lo habrías dicho.

Lydia volvió a bajar la cabeza.

Parecía estar meditando sobre algo.

—Es posible —reconoció, y la miró de nuevo—. Pero no dudes ni por un momento de que mi intención siempre fue la mejor. Pensé en mí, eso es cierto, pero también en ti y en Rose; la pobre sólo nos tiene a nosotras.

Sara achicó los ojos. Su madre sabía que la mención de la anciana criada serviría para ablandarle el corazón y asegurarse su perdón.

—Eres incorregible, lo sabes, ¿verdad?

Su madre pestañeó exageradamente y una sonrisa fue creciendo paulatinamente en sus labios. Sara no pudo evitarlo y también sonrió.

—Prométeme que no volverás a hacerlo —se apresuró a decir cuando su madre se acercó a ella con la intención de abrazarla—. No me gustan las mentiras.

Lydia levantó la mano derecha y con gesto grave juró que nunca más volvería a faltar a la verdad. Aunque, antes de abrazar estrechamente a su hija, se aseguró de cruzar los dedos por

detrás de la espalda.

—Hay otra cosa que me gustaría pedirte, mamá —dijo Sara y volvió a mirarla a los ojos.

Aliviada por la indulgencia de su hija, Lydia la observó con atención.

—La condesa no puede ni verme —confesó Sara—, y creo que parte de su odio es porque piensa que, desde el principio, mi intención fue la de cazar a su hijo.

—Por mi carta.

—Por tu carta —corroboró Sara.

—Bueno, no te preocupes — respondió Lydia, dándole unas palmaditas tranquilizadoras en la mano—. Pediremos audiencia a su majestad —continuó en tono de broma—, hablaremos con ella y se lo aclararé todo.

Sara asintió y volvió a sonreír.

Dos días antes de la boda, la condesa las recibió en sus estancias privadas y, aunque apenas disimulaba su disgusto con la situación, intentó mantener una conversación lo más educada posible mientras las

tres tomaban el té.

—Te comprendo, querida Lydia. Y estoy segura de que en tu lugar, habría hecho lo mismo — afirmó lady Luton—. Pero debes entender que no cualquier muchacha está preparada para ser una condesa. Hay cientos de jóvenes que han sido educadas desde niñas únicamente para cumplir esa función, damas que proceden de los mejores linajes de Inglaterra.

Sara se revolvió incómoda en el sillón en el que estaba sentada. Su madre le había explicado a la

condesa todos los pormenores de la carta y, al parecer, la dama había aceptado que ella no había tenido nada que ver con aquello; que había ido engañada a Sweet Brier Path sólo porque pensaba que Mary la necesitaba, y no a la caza de un buen partido. Pero, a medida que avanzaba el diálogo con su futura suegra, Sara más se convencía de que esta jamás la aceptaría de buen grado como esposa de Robert.

—Mi hija ha recibido una excelente educación supervisada por tu primo —respondió Lydia, alzando ligeramente el mentón

con orgullo—. ¿Cuántas de esas muchachas pueden presumir de haber sido instruidas por uno de los mejores profesores de Oxford?

La condesa agitó la cabeza con un gesto impaciencia.

—No se trata de conocimientos, sino de prestigio. Gracias a mi hijo, el título de los Luton ha recuperado todo el esplendor del que gozaba antes de mi esposo. Por eso, ahora debe elegir una esposa digna de su posición. Una condesa no tiene que pensar ni tener ideas

propias, basta con que sea buena anfitriona y proporcione hijos varones al matrimonio.

—Discúlpeme señora — interrumpió Sara—, pero usted no procede de una familia de aristócratas y, sin embargo, ha desempeñado su cargo de forma más que satisfactoria.

Al escuchar la referencia a sus orígenes humildes, la condesa se puso rígida y su semblante se endureció.

—Por eso mismo, niña — respondió severa—, yo mejor que nadie sabe lo que es soportar los

desplantes y los menosprecios de esas damas, cuando lo único que intentas es integrarte y formar parte de su círculo. A mí me ha llevado años conseguir que me acepten, tú jamás lo lograrás: estás demasiado orgullosa de ser quien eres —sentenció la condesa, y miró a Sara de arriba abajo.

Visiblemente ofendida, Lydia se puso de pie enseguida. Sara aspiró con fuerza tratando de serenarse y se levantó del sillón, como su madre.

—Siento mucho que piense así,

milady. Espero que haya quedado claro que yo no planeé todo esto, simplemente surgió. Su hijo ha decidido que no quiere un matrimonio por conveniencia, sino por amor. Se me ha declarado y yo lo correspondo, señora; lo correspondo con todo mi corazón. Y me casaría con él bajo cualquier circunstancia; así fuera un mendigo, un campesino... o el mismísimo rey de Inglaterra.

Sara tomó a su madre por el brazo y las dos salieron de la salita privada de la condesa. Después de cerrar la puerta, Lydia

se volvió hacia su hija.

—No le hagas caso a esa vieja —declaró, mientras le sonreía y le acariciaba la mejilla—, solo está enfadada porque su hijo no le hace caso. Pero ya se le pasará. Yo sé que serás una gran condesa y, si tu padre estuviese aquí, te diría lo mismo.

Al oír aquello, Sara le devolvió una sonrisa radiante. Al final, y aunque hubiese sido a través de un engaño, debía reconocer que había conseguido lo que más deseaba en el mundo: enamorarse y ser amada. Su

madre, siempre con aquella manera especial de hacer las cosas, la había ayudado a encontrar a su alma gemela. ¿A quién le importaba que fuese un conde? A ella no, desde luego.

—Gracias, mamá —respondió Sara, y la estrechó entre sus brazos.

Sara se colocó nerviosa el liviano velo de su vestido de novia. Estiró las mangas de encaje y pensó agradecida en la simpática modista de Mary, que había cosido durante cuatro días

y cuatro noches para que el vestido estuviese listo a tiempo. Aunque al principio creía que Robert bromeaba cuando le había dicho que pediría un permiso especial para celebrar la boda el día siguiente a Navidad, lo cierto era que lo había conseguido. Después de mover algunos contactos, nadie planteó ningún impedimento para que el conde de Rohard se casara cuanto antes.

Pero ya que su madre y Rose no habían tenido tiempo suficiente para prepararse, Sara decidió, sin hacer el menor caso a

las protestas de su futuro marido, que esperarían hasta fin de año para celebrar la boda.

Al final, la condesa no había tenido más remedio que aceptar que su hijo se desposara con quien él deseaba. Y, aunque ella esperaba que Robert y Sara se casasen en una boda con toda la pompa y con sus aristocráticas amistades como testigos, los novios habían decidido que en un día tan especial para ellos lo que más deseaban era tener cerca de la gente que los conocía y los apreciaba realmente. Así, resolvieron que el enlace se

celebrara en la pequeña capilla de la finca, con la familia y algunos amigos como únicos invitados.

Las notas del órgano comenzaron a sonar y Sara inspiró con fuerza.

—Bueno, ha llegado el momento —anunció una familiar voz a su lado.

El comentario de Diego Lezcano arrancó a Sara de sus pensamientos.

—Sí, ha llegado el momento —

dijo ella devolviéndole una trémula sonrisa.

Diego miró a Sara, tomó la mano de la prometida de su mejor amigo y la colocó sobre su antebrazo para conducirla al altar.

—Todo va a salir bien — murmuró, dándole unas tranquilizadoras palmaditas en el dorso de la mano.

Sara lo miró sonriente, agradecida de haber tomado la decisión de que Lezcano la condujera al altar. Cuando le sugirió la idea a Robert, él le

aseguró que Diego jamás aceptaría.

Cuando le comunicaron que habían pensado en él para que acompañara a la novia, Diego se quedó muy serio. Sorprendido, miró a Sara y luego sus ojos vagaron hasta Robert. Jamás habría pensado que un par del reino le confiaría una tarea tan importante a un extranjero como él. Pero aquel no era un aristócrata cualquiera. Era Robert Luton: su amigo.

Diego bajó la cabeza sintió que algo le escocía en los ojos. Apretó

la mandíbula y tragó con fuerza. Cuando logró controlar su inoportuna sensiblería, miró de nuevo a su amigo y a su prometida.

—Será un honor —exclamó orgulloso.

Sara avanzó despacio por el pequeño corredor. Los bancos estaban ocupados por muchos de los criados de la mansión que habían pedido permiso a su señor para estar presentes en aquel acontecimiento tan especial. Sara miró al sonriente Wallace y le devolvió la sonrisa.

También sonrió a su madre que la observaba desde uno de los primeros bancos henchida de orgullo. A su lado, Rose se secaba las lágrimas con un pañuelo. Su mirada volvió a desviarse y terminó prendida en la del hombre que la esperaba ante el altar.

Vestido con traje de gala y peinado hacia atrás, Robert estaba arrebatadoramente guapo. Ella miró con los ojos azules más sorprendentes del mundo y una sonrisa de orgullo acudió a sus labios. Con el corazón rebosante de amor, Sara

le devolvió la sonrisa.

—Mírala, parece una novia pobre —susurró indignada la condesa al oído de Mary—. Tu hermano, el mismísimo conde de Rohard, se casa con una novia pobre, en una boda pobre, con un montón de sirvientes como invitados.

Mary descartó con un gesto de la mano las palabras de su madre, pues sabía que sólo eran fruto de su frustración por no lograr que Robert hiciese lo que ella quería. Se sentía inmensamente feliz de que su

hermano hubiese decidido casarse por amor. "Amor...", pensó, y observó sus piernas. Desde la noche en que había bailado y besado por primera vez, había estado segura de saber lo que era el amor; quizá gracias a ese amor había conseguido ponerse de pie y dar su primer paso, o quizá gracias a él deseaba cada mañana iniciar sus ejercicios y su corazón latía esperanzado con cada calambre que notaba en las piernas. Mientras, contemplaba con lágrimas de emoción a su mejor amiga, que avanzaba hacia el altar donde iba

a convertirse en su hermana. El vestido le sentaba de maravilla. El escote dejaba parte de sus hombros al descubierto y hacía que su cuello pareciera aun más largo. Llevaba el pelo recogido con una diadema de flores secas y el fino velo colgaba por su espalda arrastrándose en unos metros de cola.

Mary volvió a secarse las lágrimas. Sara estaba preciosa, definitivamente fabulosa. Todo era perfecto: las luces parpadeantes de las decenas de velas, las flores de invierno, los insólitos invitados... El corazón le

dio un vuelco cuando miró al acompañante de la novia, y se dio cuenta de que él también la observaba.

Perfecto, sencillamente perfecto.

Cuando Sara llegó hasta Robert, él le dio las gracias a su amigo con un apretón de manos sin apartar ni por un momento los ojos de su preciosa mujer.

Cuando pronunciaron los votos y se intercambiaron los anillos que los unirían eternamente, el vicario bendijo la unión. Había llegado el momento de sellar el

vínculo con un beso.

Sara lanzó una sutil mirada a Robert para que fuera comedido, pero él no hizo el menor caso a la advertencia. La tomó en brazos y le plantó un beso en los labios tan apasionado que todos los asistentes prorrumpieron en un espontáneo aplauso.

Resignada, Sara se abrazó a su cuello, y devolvió aquel beso que reafirmaba su amor con el mismo entusiasmo que su marido. "Mi marido", pensó desmayada de felicidad entre sus brazos.

EPÍLOGO

Londres, enero de 1850.

EL BARCO QUE TRASLADARÍA AL CONDE Y A LA CONDESA DE ROHARD HACIA SU luna de miel estaba a punto de zarpar desde el puerto. Robert observó a su esposa con una sonrisa mientras trataba de acomodar su equipaje en el camarote del vapor privado que los iba a conducir hasta Gillingham, en donde un barco de su compañía los aguardaba para llevarlos a Francia.

Antes de iniciar el viaje, Robert y Sara habían decidido que Sweet Brier Path era un lugar demasiado aislado para dejar sola a Mary durante el tiempo que ellos estuvieran de viaje, por lo que Robert pensó que lo mejor sería trasladarla junto con su madre a Londres, en donde Mary podría disfrutar del inicio de la temporada de primavera y adonde él pensaba regresar para presentar a su esposa en sociedad. Robert no dejó ningún cabo suelto: mandó construir unas barras paralelas como las que había en la habitación de

Mary para que fueran instaladas en la mansión londinense de Grosvenor Square; no dejaría que su hermana suspendiese la ejercitación diaria por nada del mundo.

Pese a haber tenido la invitación para viajar a Londres con el resto de la familia, Lydia decidió volver con su criada a la casa de Ravenhill. Sara se había sorprendido ante la decisión de su madre, pues creía que estaría encantada de vivir en una de las mejores zonas de Londres, sin embargo, Lydia deseaba regresar a su hogar; no deseaba vivir lejos

de los recuerdos de su esposo.

Helen Luton seguía muy enfadada con su hijo por su decisión de casarse con Sara y, desde incluso antes de la boda, había decidido aislarse voluntariamente del resto del mundo; se pasaba la mayor parte del día encerrada en su habitación y, frustrada por no haber conseguido lo que quería, había dejado de mostrar interés por lo que sucedía en la familia.

Robert advirtió una plácida sensación; algo que, con su habitual costumbre de

preocuparse por todo, jamás había percibido y se dio cuenta de que lo único que necesitaba de la vida estaba allí a su lado. Atravesó el camarote y fue hasta la responsable de aquel emocionante bienestar para abrazarla estrechamente.

—¿Cómo se siente, milady? — preguntó, mirando a su condesa con infinito amor.

Sara levantó la cara y lo observó sonriente.

—Feliz...

Robert empujó la puerta con el pie y, mientras la intimidad

acogía a los recién casados, el barco soltó amarras y zarpó.

FIN